



Orando...

Índice general

1. Padre nuestro del maestro	3	53. Servir	61
2. Padre nuestro	5	54. La plegaria más noble	62
3. Padre nuestro de la comunidad	6	55. Amor compartido	63
4. Padre nuestro	7	56. Oración de la donación	63
5. Padre nuestro de la paz	8	57. Nací para servirte	64
6. Padre nuestro	9	58. Ayúdanos a dar la vida, Señor	65
7. Padre nuestro	10	59. Nos envías, Señor, a nuestros hermanos	66
8. Padre nuestro	10	60. Ayúdanos a dar la vida, Señor	67
9. Padre nuestro, de todos	12	61. No tiene manos	67
10. Padre nuestro	13	62. Mira y haznos audaces	68
11. Padre nuestro	14	63. Oración de la rebeldía	69
12. Padre nuestro	15	64. Señor, quiero ser tu amigo	70
13. Padre nuestro	16	65. Tarde te amé	71
14. Padre de amor	17	66. La entrega definitiva	72
15. Padre nuestro	18	67. Creo en tu amor	73
16. Padre de todos los cristianos	21	68. «Tanto amor»	75
17. Padre nuestro por la paz	22	69. Mal de ausencia	77
18. Padre del amor	24	70. Amor contra amor	77
19. Padre nuestro de Dios	25	71. Entrega total	77
20. Padre nuestro	26	72. Estoy maduro	78
21. Hablando al Padre	27	73. Cristo vivo	78
22. Gracias, Padre, por tu Espíritu	29	74. Gastar la vida	79
23. ¡Ven, Espíritu de amor!	30	75. Ayúdanos a dar la vida, Señor	81
24. Envía tu Espíritu	31	76. Líbranos, Señor, de la violencia	81
25. Te invocamos, Espíritu Santo	32		
26. Ven, Espíritu creador	33	77. Constructores de paz	83
27. Ungidos por el Espíritu de Jesús	34	78. Vivimos a golpes	84
28. Envíanos tu Espíritu	36	79. Sembradores de vida	85
29. Espíritu divino	37	80. Oración contra la guerra	86
30. Reunidos en tu nombre	38	81. Dios de la paz	88
31. Oración por la comunidad	39	82. Dios de la paz	88
32. Bienaventuranzas de la comunidad	40	83. Oración por la paz	89
33. Oración por la comunidad	41	84. ¡Viva el perseguido por ser justo!	89
34. Una comunidad que convence y llena	42	85. ¡Viva el manso de corazón!	90
35. En la fiesta de nuestro hermano	44	86. ¡Viva el limpio de corazón!	91
36. Oración de la comunidad	45	87. ¡Viva el que ejerce la misericordia!	92
37. Oración por mi Comunidad	46	88. ¡Viva el que busca la justicia!	92
38. Gracias por nuestro Hermano	47	89. ¡Viva el amante de la paz!	93
39. Gracias, Señor	47	90. ¡Viva el que ha llorado!	94
40. Gracias, Padre	49	91. Dichosos los que se asombran del misterio	95
41. Danos la fraternidad	50	92. Bienaventurados	96
42. Colaborar en tu acción	51	93. Renueva mi vida, Señor	97
43. Comunidad abierta	52	94. Conviértenos a ti, Señor	98
44. Tú, Señor, nos bastas	53	95. Renuévanos por dentro	100
45. Nuestra fe y compromiso	53	96. Gracias, Padre	100
46. Credo de la paz	56	97. Acción de gracias	101
47. Pedir la fe	57	98. Hoy te damos gracias	102
48. Oración confiada	58	99. Gracias, Padre	103
49. Confianza en Dios	59	100. Gloria a Dios	104
50. Que llegue el día, Señor	59	101. Bendito seas, Señor	105
51. Como el niño que no sabe dormirse	60	102. Te alabo, Padre	106
52. Soneto de esperanza	61	103. Oración de alabanza	107
		104. «Corpus Christi»	108

105. Gracias, Señor, por la eucaristía	109	161. Te buscaré, Señor	156
106. Eucaristía	111	162. Tu palabra es vida	156
107. El pan y el vino	111	163. Encuentro	158
108. Oración de adviento	112	164. Atentos a tu palabra	159
109. ¡No tardes!	113	165. Oración del enviado	160
110. ¿No oíste sus pasos silenciosos?	114	166. Sin demora, sígueme	161
111. Oración de navidad	115	167. Tú habitas en el mundo	162
112. ¿La navidad sin Cristo?	116	168. Vosotros sois la luz del mundo	164
113. Credo de navidad	117	169. El reinado de Dios	165
114. Con mis manos haré, Niño, tu cuna	118	170. Sed de Dios	166
115. Un sitio en el corazón	119	171. Tu gloria es el hombre nuevo	167
116. Jesús, tú viniste...	120	172. Un día me miraste	169
117. Ante Jesús	120	173. ¿Dónde te buscaré?	170
118. Has pasado por mi vida, Señor	121	174. No es fácil seguirte, Señor	171
119. Tu amor ha sido derramado en mi corazón	122	175. Ayer te vi, Señor	172
120. En vela cada noche	124	176. Ofrecimiento	174
121. Al encuentro del Señor	124	177. Ofrecimiento	174
122. ¿Dónde está Dios?	126	178. Ofrecimiento	175
123. Estoy ante ti, Señor	128	179. Cada mañana	176
124. Camino contigo, Señor	129	180. Padre, me pongo en tus manos	176
125. Aquí estoy, Padre	130	181. Ofrecimiento del día	177
126. Me has llamado, Señor	132	182. Señor, aquí estoy	178
127. En tus manos, Señor	133	183. Al anochecer	180
128. Me has seducido, Señor	134	184. Al comenzar un año	181
129. A ti me vuelvo, Señor	135	185. Emaús: Encuentro en la fracción del pan	183
130. Pastor, que con tus silbos...	135	186. Buen pastor-mal rebaño	186
131. Pobreza evangélica	136	187. Pastor bueno	188
132. Te busco desde siempre	136	188. Ando por mi camino, pasajero	188
133. Como la hiedra	137	189. La Samaritana	189
134. ¿Dónde está, Señor, tu luz?	137	190. En la Ascensión	190
135. ¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte?	138	191. Sencillo cirineo	190
136. Todo eres lumbre	139	192. Yo he recibido una tradición	191
137. ¿Qué tengo yo...?	139	193. Oración del buen samaritano	193
138. Partícipes de la naturaleza divina	140	194. Al caer la tarde	194
139. Señor Jesús	140	195. Oración de la transfiguración	195
140. El Cristo de Velázquez	141	196. Cristo, Rey	196
141. A Cristo crucificado	142	197. El siervo de Yahveh	197
142. Ante la cruz	142	198. Oración del educador	199
143. Al Cristo de Bugobe	143	199. Oración de los educadores	200
144. Hazme una cruz sencilla	144	200. Oración del animador	202
145. Ante tus llagas, Jesús	144	201. Lo más importante no es...	204
146. Cristo mío	145	202. Cántico de San Francisco	205
147. Delante de la cruz	146	203. Epílogo abierto	206
148. Clavadme a vuestro leño	146	204. Hijo mío, pasa y entra	207
149. Pender de un leño	147	205. Pastor	207
150. Quisieron clavar los pies	147	206. Oración a María	208
151. Ante las llagas	148	207. María consagrada	209
152. A Cristo crucificado	149	208. Madre de los pobres	210
153. A Jesús crucificado	149	209. Madre nuestra, estamos junto a ti	211
154. Cristo resucitado	150	210. Gracias, Señor, por María	212
155. Jesús resucitado	152	211. María es magnificat	212
156. Está vivo	152	212. Oración a María	213
157. Somos de los tuyos	153	213. Gracias, Madre	215
158. Nuestro dolor te pertenece	153	214. María, Madre de la Iglesia	216
159. Guíanos, Señor	154	215. Magnificat	217
160. Mirar siempre hacia adelante	155	216. Madre de los pequeños	218
		217. Mirando a María	219
		218. Miro tus ojos, Madre	220

219. María, enséñame	222	226. Oración de la Familia Marista	230
220. Magnificat	223	227. Agrandar la puerta, Padre	230
221. Oración a Marcelino	227	228. Peticiones desoídas	231
224. Alabanza y agradecimiento	228	229. Oración por las vocaciones	232
225. Oración de alabanza	229	230. Me estoy haciendo mayor	233

1. Padre nuestro del maestro

Padre nuestro que estás en el cielo.
 Que te veamos en los ojos de los niños,
 en sus caras juguetonas siempre ingenuas
 y con ese mensaje de humanidad que gritan al mundo.
 Que te sintamos en nuestras escuelas.
 Padre de todos,
 ayúdanos a convertir los sueños infantiles en realidades.

Santificado sea tu nombre.
 Enséñanos, Señor,
 a hacer de nuestras vidas una continua alabanza a tu nombre.
 Que seamos fieles en todos los momentos de nuestra vida
 a las promesas que salieron de tus labios.
 Que tu nombre, por nuestros niños,
 sea pronunciado con respeto y veneración.

Venga a nosotros tu reino.
 Tu reino que es reino
 de los que se hacen niños por la simplicidad y sencillez.
 Reino donde los hombres pueden hacerse pequeños
 porque así tú nos lo enseñaste: «si no os hacéis como niños...»

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
 Quiero sentir tu mano y experimentarme niño en tus brazos,
 como el niño que se abandona confiado a su madre;
 así deseo yo perderme en ti: sin miedos ni desconfianzas.
 Sí, hágase tu voluntad porque, aunque no me guste,
 sé que será para mi bien
 pues tú estás a mi lado y eres mi Padre.

Danos hoy nuestro pan de cada día.
 Tengo en mi mente, Señor, a tantos niños
 que no han tenido en sus manos un trozo de pan,
 de ese pan que es símbolo de fraternidad y de unión.

Niños que mueren
por falta de medicamentos o de calor humano:
niños que jamás asistirán a una escuela,
ni tendrán un pupitre para estudiar.
Que tu palabra, Señor,
nos comprometa a construir un mundo más humano
donde reine la justicia y la paz.

Perdona nuestras ofensas
como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.
Sea nuestra vida, Señor, con tu fuerza,
un sí rotundo y definitivo a tu palabra
por todo y a pesar de todo,
desde todos los fracasos y por cada uno de los gozos.
Transforma nuestros corazones
para que te experimentemos Padre y amor,
perdón y reconciliación.
Que ese sí sincero se convierta en fe para la persona,
en lucha por su dignidad y su libertad,
en perdón para sus ofensas
y en amor tal como lo experimentamos de ti.

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.
Tú nos conoces, Señor, en lo más profundo de nuestro ser,
aún mejor de lo que nosotros podemos sospechar.
Tú llegas hasta las últimas fibras de nuestro corazón
y por ellas sabes que queremos seguirte,
ser un Cristo más entre los hombres.
Que deseamos hacer vida tu palabra.
No permitas, Señor, que el mundo nos aprisione
con sus cadenas fáciles y placenteras.
Vive, Señor, desde nuestra realidad,
siente y ama desde nuestros corazones,
acaricia a los débiles desde nuestras manos;
mira al mundo desde nuestros ojos
y vive de nuevo en el mundo desde nuestra vida.

2. Padre nuestro

Padre nuestro que estás en el mundo, en la vida.
Padre nuestro que estás en nuestras cosas
y en nuestras casas:
tan padre eres, tan nuestro
que estás, como en ninguna parte, en el hombre.
Padre nuestro que estás en lo cierto,
en lo hermoso, en lo bueno:
que todos los humanos pronuncien con amor tu nombre.
Venga a nosotros tu reino.
Venga la paz como un regalo tuyo.
Venga fresca y desnuda la verdad como un agua clara.

Vengan la risa del amor y el respiro de la justicia.
Entre la vida y salga al fin la muerte.
Salgan la guerra y el odio.
Vengan al fin la hermandad de quienes son tus hijos.
Hágase tu voluntad
para que el mundo gire en tu universo
y seamos por fin sencillamente buenos,
al lado de tu amor libres e iguales.
Danos el pan. Da pan a los hambrientos,
da la difícil generosidad e inteligencia
a los trabajadores, a los parados,
escuela y medicinas a los pobres del mundo.
Perdona nuestras maldades, nuestros errores
porque también nosotros queremos perdonar
a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

3. Padre nuestro de la comunidad

Padre nuestro, que estás en el corazón de mis hermanos,
únenos en ti, por la fuerza de tu Espíritu.
Padre nuestro, santificado sea tu nombre;
sé tú el centro de nuestras vidas,
la norma de nuestros comportamientos.
Padre nuestro, venga a nosotros,
reunidos en tu nombre, tu reino;
tu reino de amor, de paz, de cercanía.
Hágase tu voluntad, Padre nuestro,
en lo profundo de nuestros corazones.
Que sea tu voluntad
la pasión de nuestra vida y el lazo de unión.

Padre nuestro,
que en la tierra de nuestra comunidad te amemos,
te alabemos, te adoremos,
como lo hacen los santos en el reino de los cielos,
Padre nuestro, danos el pan cotidiano; dánosle hoy.
Danos el pan de tu palabra
para que nos encontremos en diálogo;
danos el Pan de Vida para que nos alimentemos juntos.
Padre nuestro, perdona nuestros fallos, nuestras debilidades,
y danos un corazón grande que perdone al hermano.
Danos ser hoy servidores de la paz,
de la reconciliación y del perdón.

Padre nuestro, no nos dejes caer como comunidad, en tentación.
Danos un corazón abierto a la prueba de cada hermano.
Danos un corazón sensible,
capaz de llegar a tiempo en su ayuda.
Y no nos dejes caer en las manos del Maligno,

del que divide y dispersa la comunidad.

4. Padre nuestro

PADRE NUESTRO DEL CIELO

te llamamos los hombres,
los que nos sentimos hermanos de tu Hijo,
a ti que estás en el cielo y en todas las partes
pero sobre todo en nuestro interior.

TU ERES SANTO,
y quieres que también nosotros lo seamos,
para que nos podamos llamar hijos tuyos.

QUE LLEGUE PRONTO TU REINADO,
un reinado de paz y de justicia, de verdad y de vida,
de amor y de libertad, donde todos nos amemos,
donde todos seamos iguales.

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.
Tú eres el más fuerte, pero nos has hecho libres, y nos dejas vencer.
Nosotros queremos ser tuyos, queremos cumplir tu palabra.
Que tu verdad sea fuerza en nosotros.

DANOS NUESTRO PAN DE CADA DIA
danos amor sobre todo, que sabe compartir lo que tenemos,
danos el Pan de tu Hijo, para que nos mantenga unidos.

PERDONA NUESTRAS OFENSAS
COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN
aunque con frecuencia nos cuesta olvidar,
aunque a veces no nos resistamos a la venganza.
Perdónanos para que aprendamos a perdonar.

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN.
Sobre todo, no dejes que nos cansemos de levantarnos,
no permitas que nos acostumbremos al pecado.

MAS LÍBRANOS DEL MAL.

5. Padre nuestro de la paz

PADRE que miras por igual a todos tus hijos
a quienes ves enfrentados.

NUESTRO, de todos.
De los millones de personas que poblamos la tierra,

sea cual sea nuestra edad, color o lugar de nacimiento.

QUE ESTÁS EN EL CIELO y en la tierra,
en cada hombre, en los humildes y en los que sufren.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE
pero no con el estruendo de las armas,
sino con el susurro del corazón.

VENGA A NOSOTROS TU REINO, el de la paz, el del amor.
Y aleja de nosotros los reinos de la tiranía y del odio.

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO,
siempre y en todas partes. En el cielo y en la tierra.
Que tus deseos no sean obstaculizados
por los que tienen el poder.

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA
que está amasado con paz, con justicia, con amor.
Aleja de nosotros el pan de cizaña
que siembra la envidia y la división.

PERDONA NUESTRAS OFENSAS
no como nosotros perdonamos,
sino como perdonas tú,
sin dar lugar al odio, sólo al perdón.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN
de almacenar lo que no nos diste,
de acumular lo que otros necesitan,
de mirar con recelo al de enfrente.

Y LÍBRANOS DEL MAL.
De todo el mal que nos amenaza:
de las armas, del poder, de la sociedad de consumo,
de vivir instalados en el gasto, porque somos muchos, Padre,
los que queremos vivir en la paz.

6. Padre nuestro

No digas Padre
si cada día no te portas como su hijo.
No digas nuestro
si vives aislado en tu egoísmo.
No digas que estás en los cielos
si sólo piensas en cosas terrenas.
No digas santificado sea tu nombre
si no lo honras.
No digas venga a nosotros tu reino
si lo confundes con el éxito material.
No digas hágase tu voluntad

si no la aceptas cuando es dolorosa.
No digas danos hoy el pan de cada día
si no te preocupas por la gente con hambre.
No digas perdona nuestras ofensas
si guardas rencor a tu hermano.
No digas no nos dejes caer en la tentación
si tienes intención de seguir pecando.
No digas líbranos del mal
si no tomas partido contra el mal.
No digas Amen
si no has tomado en serio las palabras de esta oración.

7. Padre nuestro

Padre nuestro,
tú estás con nosotros.
Tú nos revelas tu amor y nos colmas de él.
Ayúdanos a vivir de él plenamente
para llenar de vida con él todo cuanto nos rodea.
Tú has establecido en nosotros tu morada,
y nosotros queremos reconocerte en cada ser humano
para tributarle la dignidad y el respeto que merece.
A través de Jesús has revelado tu verdadera naturaleza.
A imitación suya, trataremos de hacer que reinen la justicia,
la igualdad y el amor sobre la tierra,
para que sea un lugar donde nos amemos los unos a los otros.
Tú has repartido tan bien tu pan
que nos haces desear repartir también el nuestro.
Tú nos has perdonado tan perfectamente
que presentimos con cuánto tacto
podríamos reconciliarnos con nuestros hermanos.
Tú nos acompañas en nuestras pruebas
y nos das la fuerza para superarlas.
Tú estás con nosotros en nuestras tentaciones
para proponernos que las vencamos contigo.
Y yo creo que contigo, en ti y por ti,
libraremos al mundo del mal.

8. Padre nuestro

PADRE NUESTRO,
el Dios siempre fiel en la tierra como en el cielo,
fortalece nuestra fidelidad,
para santificar siempre tu nombre
con nuestro ser y nuestro obrar aquí en la tierra.

PADRE NUESTRO,

el Dios fiel siempre en ofrecer
a tus hijos bienes y valores del reino,
alienta nuestra fidelidad,
para vivir incondicionalmente en nuestra vida
personal y comunitaria y en nuestra misión apostólica
los valores de la caridad y de la paz,
de la santidad y de la gracia, la justicia y la verdad.

PADRE NUESTRO,
el Dios fiel en mantener siempre tu designio de salvación,
sin defraudar nunca al hombre,
vivifica nuestra fidelidad, para poder hacer siempre tu voluntad,
manifestada por medio de tu palabra,
a través de la vida de Marcelino
y a través de los signos de los tiempos.

PADRE NUESTRO,
el Dios siempre fiel en tu amor y tu providencia para con todos,
arraiga nuestra fidelidad en el amor
como lo hiciste con nuestro Fundador,
para saber compartir siempre con los más pobres
el pan de cada día que tú nos das.

PADRE NUESTRO,
el Dios siempre fiel en el perdón que nos ofreces cada día,
inunda nuestra fidelidad de caridad y misericordia
para saber perdonar con alegría, como tú perdonas,
todo el mal que se nos haga.

PADRE NUESTRO,
el Dios siempre fiel en la ayuda que prestas a los que amas,
robustece nuestra fidelidad
para no caer nunca en la tentación de la infidelidad,
traicionando así nuestra consagración y nuestra misión.

PADRE NUESTRO,
el Dios siempre fiel en ofrecernos tu gracia y todo bien,
ilumina nuestra fidelidad frente a todo peligro
y presérvala de todo mal. Amén.

9. Padre nuestro, de todos

Padre nuestro, paz,
Padre nuestro, de todos:
ni mío ni tuyo,
sino de todos y para todos por igual: paz.

Que estés en el cielo
y en la tierra, allí donde crece la paz,
y, con entrañas de madre,
estás en quien hace presente la paz,

y quieres estar en quien todavía
vive dominado por el odio o el rencor.

Santificado sea tu nombre
y el nombre de todos aquellos que aman la paz,
que son constructores de paz
haciendo nuestro mundo más santo y habitable.

Venga a nosotros tu reino
que es un reino de justicia para todos,
cuyo fruto es la paz.
Hágase realidad tu voluntad de paz
en la tierra a todas las personas de bien
y paz en el corazón a todas las personas de mal.

Danos hoy -y siempre-
nuestro pan de cada día,
y fuerza para ganarlo
y salud para disfrutarlo
y fe para compartirlo
en paz, con paz.

Perdona nuestras ofensas
para que nos sintamos perdonados
y aprendamos a perdonar,
y perdonemos nosotros también
contagiando la paz de nuestro corazón
a un mundo cada vez más lleno de amor.

No nos dejes caer en la tentación
de imponer nuestra paz
o de desesperar ante el lento crecimiento
de la semilla de la paz.

Y líbranos del mal
de un corazón sin paz.

Amén. Shalom. Paz.

10. Padre nuestro

PADRE, tú no eres en primer lugar
nuestro Juez y Señor,
sino nuestro Padre,
porque oyes el clamor de tus hijos oprimidos.

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS
hacia donde se dirige nuestra mirada
en medio de la lucha.

SANTIFICADO SEA TU ACTUAR LIBERADOR

contra los que oprimen,
tal vez, en tu nombre.

VENGA A NOSOTROS TU JUSTICIA
comenzando por los más empobrecidos.

HÁGASE TU VOLUNTAD Y TU LIBERACIÓN
que empieza en la tierra
y termina en el cielo.

EL PAN DE CADA DIA
que producimos todos juntos
DÁNOSLE A COMER JUNTOS.
PERDONA NUESTRO EGOÍSMO
en la medida en que combatimos
el egoísmo colectivo.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN
de explotar a los demás
y de acumular riquezas.

Y LÍBRANOS DE LA VENGANZA Y DEL ODIO
contra el malo que oprime y reprime. Amén.

11. Padre nuestro

Padre nuestro, tú que estás
en los que aman la verdad.
Que el reino que se nos prometió
llegue pronto a nuestro corazón;
que el amor que tu Hijo nos dejó,
habite ya en nosotros.
Y en el pan de la unidad,
Cristo, danos tú la paz.
Y olvídate de nuestro mal,
si olvidamos el de los demás.
No permitas que caigamos en tentación,
oh Señor, y ten piedad del mundo.

12. Padre nuestro

Padre nuestro, que estás en nuestras vidas,
en la calle, en la Iglesia, en las minas y en las fábricas,
que sigues nuestro mismo calendario
y vives con el pueblo el dolor y la esperanza.

Queremos que tu nombre y tu reino
sean hechos palpables y no meras palabras;
un salario seguro y abundante,
el pan reciente y la alegría franca,
y después la común sociedad
donde todo es de todos,
donde todos participan y nadie oprime.

Así podremos perdonar más fácilmente
y librarnos del odio, de desprecio y la venganza,
y decir PADRE NUESTRO no sólo con la boca,
como hermanos, iguales y libres por tu gracia.

13. Padre nuestro

Padre nuestro que estás en la tierra
desvelado por nuestras preocupaciones;
hoy tu nombre nos sabe a justicia;
nos sabe a esperanza, y a gloria tu Reino.

Padre nuestro que estás en la calle,
entre el tráfico, el ruido y los nervios.
Que se cumpla, Señor, tu palabra
lo mismo en la tierra, que arriba, en el cielo.

Padre nuestro,
no eres un Dios que se queda alegremente en su cielo.
Tú alientas a los que luchan
para que llegue tu reino.

Padre nuestro que luchas a diario
en las manos del que arranca el sustento
que a ninguno nos falte el trabajo
que el pan es más pan cuando ha habido esfuerzo.

Padre nuestro que no guardas nunca
contra nadie venganza o desprecio,
que te olvidas de ofensas y agravios
y pides que todos también perdonemos.

Y no nos dejes caer, Padre,
en la desilusión, el desánimo y la desesperanza. Amén

14. Padre de amor

Padre,
santificado sea tu nombre.
Padre mío, en nombre de tu hijo Jesús,
haz que todos los hombres
te glorifiquen con su vida.

Venga a nosotros tu reino:
que todos los hombres te amen
y te sirvan de corazón,
como a su mejor amigo.

Danos hoy nuestro pan de cada día.
Que todos los hombres conozcan
y adoren al verdadero pan,
la Eucaristía,
y que tu cuerpo se convierta,
para todos, en alimento cotidiano.

Perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
Ten piedad de todos los hombres;
perdónanos todas las faltas,
Padre nuestro,
en nombre de Jesús, nuestro Señor.

Y no nos dejes caer en la tentación.
Socórrenos a todos, Dios mío,
contra todas las tentaciones,
para que no te ofendamos.

Y líbranos del mal.

15. Padre nuestro

Padre nuestro que estás en el cielo,
Padre que no eres de esta tierra,
pero que estás en esta tierra,
porque eres nuestro, te podemos poseer.

Santificado sea tu nombre.
Que tú seas bendito
y que seas conocido.
Que reconozcamos tu verdadero rostro,
un rostro diferente,
surcado por huellas de ternura,
de espera y de esperanza
de tus hijos.

Venga a nosotros tu reino.

Que venga vuestro Espíritu,
el tuyo y de Jesús,
y que se adueñe de nuestros corazones
y empiece a reinar en ellos,
con fuerza,
para que salga de nosotros,
hasta el mundo y sus estructuras.
Así vendrá tu reino.

Hágase tu voluntad aquí
como se hace allí, en tu tierra.
Que se haga igualmente entre nosotros,
en esta tierra que también es tuya.
Que anticipemos en este suelo la ciudad futura.
Que vivamos esclavos de tu plan.
para que todos entiendan que hay otra tierra,
un lugar donde cabremos todos.

Danos hoy nuestro pan de cada día.
Danos trabajo y salud.
Danos fuerzas para trabajar la tierra
y poder comer.

No nos des tú de comer,
aunque todo, en último término, viene de ti.
Danos espíritu de justicia
para que repartamos lo que es de todos.
Y danos... lo de cada día,
no lo de mañana y pasado mañana,
para que no pongamos nuestras seguridades
fuera de ti,
no robemos lo de hoy a los demás
para asegurarnos el mañana.

Y perdona nuestras ofensas,
tú que conoces nuestra masa
y te acuerdas de que somos barro.
Perdónanos
para que también nosotros podamos perdonar.
A veces nos dicen
que primero tenemos que perdonar nosotros
para que luego nos puedas perdonar tú.
Pero no.
Eso sería poner condiciones a tu perdón
y querer arrancarte a fuerza de méritos
lo que es un don tuyo.
Perdónanos primero tú,
y así también nosotros
nos veremos urgidos a perdonar.

No nos dejes caer en la tentación.
No nos dejes expuestos al placer,
al consumo,
a los valores dominantes,
al cansancio,
al aburguesamiento que traen los años,

a la suficiencia,
al fariseísmo,
al olvido de ti.
No nos dejes.
Somos débiles,
aunque a veces no nos lo creamos.
Líbranos del mal.
Sobre todo, líbranos del mal,
de la ceguera,
del endurecimiento de corazón,
de la instalación,
de la soberbia,
del cambio de calle
cuando apareces tú en la otra esquina.

Líbranos del mal.
Y concédenos el don de poderte decir cada día:
¡Padre!, con todo el corazón.
Y cuando estemos juntos,
que ésta sea nuestra oración:
¡Padre nuestro!

16. Padre de todos los cristianos

Padre nuestro, que estás en los cielos:
que todos nos sintamos hermanos.
Que sepamos santificar tu nombre
con obras de caridad.

Que aprendamos a hacer tu voluntad
y a amarnos en la tierra,
como se aman tus hijos en el cielo.
Da a todos los hombres el pan de la fe,
de la esperanza y del amor.

Haz, Señor, que olvidemos odios y rencores.
No nos dejes acostumbrar a nuestras divisiones.
Perdona las separaciones
debidas a nuestro orgullo,
a nuestra incredulidad,
a nuestra falta de comprensión y caridad,
mantén en nosotros la conciencia del pecado
que divide lo que tú has unido.

No nos dejes caer en la tentación
de ser duros de corazón;
líbranos de considerar algo normal
lo que constituye un escándalo para el mundo
y una ofensa a tu amor.

Padre nuestro,
que vivamos siempre como hijos tuyos,
y veamos a todos los cristianos
unidos en una gran familia.

17. Padre nuestro por la paz

Padre nuestro que estás en los cielos,
que nos has creado
a nosotros y a todo cuanto nos rodea,
que eres nuestro Padre
y que todo lo que has creado
lo has creado para todos,
que quieres que tus hijos
vivamos compartiendo lo tuyo
como hermanos que somos.
Que quieres que construyamos
una tierra nueva de hermandad,
una nueva patria de vida en amor,
de justicia y libertad,
y no un infierno de injusticia,
de odio, de opresión,
de violencia y de muerte.

Míranos con amor y danos la paz.
Santificado sea tu nombre,
que en tu nombre, Señor,
no se abuse del pobre,
no se robe, no se torture, no se mate;
que en tu nombre, Señor,
no se manipulen ni las conciencias
ni la libertad de tus hijos;
que se respete tu vida
y tu nombre en los pobres.

Míranos con amor y danos la paz.
Venga a nosotros tu reino,
no el imperio del miedo,
de la persecución, de la injusticia,
de la opresión.
No el imperio de la fuerza,
del dinero, de las armas, del terror.
No el imperio de la explotación
y del aniquilamiento por la guerra;
queremos tu reino de vida, amor,
justicia, paz, libertad y hermandad.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Tu voluntad, Señor, al crear cielo y tierra
y verla buena.

Tu voluntad, Padre,
que la anunciaste nuevamente en Belén
a los pastores y a los hombres y mujeres
de buen corazón.
Tu voluntad, Señor, sobre esta tierra nuestra
y sobre las tierras hermanas
que cambiaron los cantos alegres de sus bosques
por ruidos de metralla y actos de agresión.
Tu voluntad de paz, amor y hermandad.

Míranos con amor y danos la paz.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
el pan de tu paz, Señor;
poder sembrar nuestro trigo a manos llenas,
verlos crecer sin sobresaltos ni sustos
y comer en la mesa todos juntos como hermanos;
poder construir nuestras casas y pueblos
y poder vivir y celebrar en ellos,
sin miedos ni agresiones.

Míranos con amor y danos la paz.
Perdona nuestras ofensas
como nosotros perdonamos
a los que nos ofenden,
que no hagamos nada
sólo por conseguir favores humanos;
que cambiemos los lamentos por cantos de vida,
los puños crispados por manos extendidas,
los llantos y sollozos de viudas y huérfanos,
por sonrisas y caricias de niños;
que cambiemos, Señor, los odios y rencores
por reconciliación, perdón y fraternidad.

18. Padre del amor

Padre del amor y de la misericordia,
tú estás presente en toda la creación
y nos interpelas de diversas maneras.

Manténnos atentos a los signos de los tiempos,
a las llamadas de la Iglesia
y a las necesidades de los jóvenes,
para que, al igual que María, la Virgen atenta
juntos escuchemos y respondamos a tu palabra
con fe y valentía.

Ayúdanos a ser sensibles a tus llamadas
y a responder con generosidad,
discerniendo los corazones y afrontando los desafíos
con audacia y esperanza.

Te lo pedimos por la intercesión de María,
de Champagnat, de nuestros santos maristas
y en el nombre del Señor Jesús. Amén.

19. Padre nuestro de Dios

Hijo mío que estás en la tierra,
preocupado, solitario, tentado;
yo conozco perfectamente tu nombre,
y lo pronuncio como santificándolo,
porque te amo.

No, no estás solo, sino habitado por mí,
y juntos construimos ese reino,
del que tú vas a ser heredero.

Me gusta que hagas mi voluntad,
porque mi voluntad es que tú seas feliz,
ya que la gloria de Dios
es que el hombre viva.

Cuenta siempre conmigo
y tendrás pan para hoy;
no te preocupes,
sólo te pido que sepas
compartirlo con tus hermanos.

Sabes que perdono tus ofensas
antes incluso de que las cometas;
por eso te pido que hagas lo mismo
con los que te ofenden.

Para que nunca caigas en la tentación,
agárrate fuerte de mi mano
y yo te libraré del mal,
pobre y querido hijo mío.

20. Padre nuestro

Padre nuestro,
que estás donde el amor se enciende o se serena;
Padre nuestro,
que te llamas amor y al amor nos invitas,

y sólo en el amor nos reconoces
como hijos militantes de tu reino,
reino del amor, que crece siempre
más allá de la luz y el universo.

Y ésta es tu sola voluntad
en la tierra de los hombres
y en los hombres de tu cielo.

Queremos el pan que día a día se reparte,
el trabajo, el deporte, las risas y los sueños.

Porque tú nos dejaste todo el mundo
para hacerlo más limpio y más entero.

Queremos que nos quieras y comprendas
y nos des tu perdón cuando faltamos,
lo mismo que entre buenos compañeros.

Y entre todos, porque todo será poco,
nos quitemos de los pies y la cabeza
las mil trabas, los muchísimos tropiezos
que nos ponen quienes tienen en su mano
los mangos de la fuerza y del dinero,
y también los que algunos de nosotros nos ponemos.

Porque sólo quien ama de verdad
tiene ganas de decirte: "Padre nuestro".

21. Hablando al Padre

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuyo me sé,
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal:
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy,
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
solo no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,

Dame el pensar
en ti al rodar
herido en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vengador sutil que alienta en mí.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de ti nos has de hacer!

22. Gracias, Padre, por tu Espíritu

Te bendecimos, Padre, por el don del Espíritu
que, por tu Hijo, haces al mundo.
Lo hiciste al principio,
cuando creabas el universo al calor del Espíritu,
para que naciera un mundo de luz y de vida,
que pudiera albergar al hombre.

Te damos gracias porque, mediante tu Espíritu,
lo sigues creando, conservando y embelleciendo.
Te bendecimos por haber puesto tu Espíritu en el hombre,
y por el don continuo que de él has hecho en la historia humana:
Espíritu de fuerza en los jueces y gobernantes,
Espíritu rector en sus reyes fieles.

Te alabamos por la acción de tu Espíritu en los profetas.
Te bendecimos sobre todo por Jesucristo,
lo mejor de nuestro mundo,
el hombre «espiritual» por excelencia:
vivió guiado por el Espíritu, evangelizando a los pobres,
ayudando y fortaleciendo a todos hasta que, resucitado,
comunicó a su Iglesia y a los que buscaban
con corazón sincero, ese mismo Espíritu.

Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar
por la verdad, la justicia y el amor;
luz para comprender a todos, ayuda para servir,
generosidad para amar, paciencia para esperar.

Padre, que tu Espíritu de amor traiga la unidad a tu Iglesia.
Y, finalmente, haznos sensibles a la acción de tu Espíritu
en el mundo y en la historia de los hombres.
Ayúdanos a descubrirla en la ciencia,
en la cultura, en el trabajo, en la técnica,
en todo aquello en que el hombre y el Espíritu
preparan conjuntamente el alumbramiento
de los nuevos cielos y la nueva tierra.
Por Jesucristo, tu Hijo resucitado
y Hermano nuestro. Amén.

23. ¡Ven, Espíritu de amor!

Ven, Espíritu del Padre y del Hijo.
Ven, Espíritu de amor.
Ven, Espíritu de infancia, de paz, de confianza y de alegría.
Ven, secreta alegría que brillas
a través de las lágrimas del mundo.
Ven, vida mucho más fuerte que nuestra muerte.
Ven, Padre de los pobres y abogado de los oprimidos.
Ven, luz de eterna verdad
y amor extendido en nuestros corazones.

Nada tenemos que te pueda forzar;
pero aquí radica precisamente nuestra confianza.
Nuestro corazón, en el fondo, teme tu llegada;
tan poco te pareces a este corazón tan tosco,
siempre en busca de sí mismo,
mas, pese a todo, ésta es justamente
la más sólida garantía de tu venida.

Ven, pues. Renueva e incrementa
tu presencia en nuestro mundo interior.
En ti ponemos toda nuestra confianza.
En ti nos amamos ya que tú eres el mismísimo Amor.
Gracias a ti podemos llamar Padre al mismo Dios,
ya que, desde cada uno de nosotros,
eres tú quien grita: ¡Abba! ¡Padre!

Permanece en nosotros.
No nos abandones nunca.
Ni a lo largo del combate de la vida,
ni cuando ésta toque a su fin
y nos hallemos tan solos.
¡Ven, Espíritu Santo!

24. Envía tu Espíritu

Padre, envía tu Espíritu.
El espíritu que se cernía
al principio sobre el caos,
el Espíritu que fue dando existencia y consistencia
a todo lo que tu palabra pronunciaba.

Padre, envía tu Espíritu.
El Espíritu que guiaba a tu pueblo,
como nube o como llama,
a través del inmenso desierto
hacia la tierra prometida.

Padre, envía tu Espíritu.
El Espíritu capaz de transformar
los corazones de piedra en corazones de carne.
El Espíritu capaz de convocar y dar vida
a los huesos descarnados,
esparcidos por el valle del silencio y del olvido.

Padre, envía tu Espíritu.
El Espíritu de tu Hijo Jesús,
porque él nos lo prometió.

Que fecunde nuestras vidas,
como fecundó las entrañas de María;
que nos llene de vida,
como inundó de vida el sepulcro de Jesús;
que nos llene de coraje,
como llenó a los apóstoles miedosos;
que nos llene de fidelidad;
que nos recuerde y enseñe
las palabras de Jesús, para entenderlas, vivirlas
y anunciarlas a los hombres,

nuestros hermanos.

Padre, envía a nosotros tu Espíritu,
y a tu Iglesia extendida por el mundo.

25. Te invocamos, Espíritu Santo

Te invocamos, Espíritu Santo, para que infundas en nosotros
el convencimiento de que este objetivo
es nuestra primera contribución
a la evangelización y a la humanización.

Te invocamos para que no nos extrañemos
de la pesadez de la cruz que es preciso abrazar
para una vida común penetrada de fraternidad y gozo.

Te invocamos, Espíritu Santo, para que nos ayudes a lograr
comunidades que den a quienes tienen hambre de ti
el pan y el vino de tu presencia
y lo mejor del hermano ofrecido como alimento.

Ven, Espíritu Santo,
para que nuestras comunidades tengan los oídos dispuestos
a escuchar las nuevas demandas de la sociedad;
la mirada penetrante,
para intuir las nuevas formas de deshumanización;
el corazón fraterno
y las manos incansables para responder a ellas.

Ven, Espíritu Santo,
«y todo será renovado»:
nuestro corazón, nuestras comunidades y nuestra sociedad.

26. Ven, Espíritu creador

Ven, Espíritu Santo, ven ...
Vuelve a venir a nuestra vida
para que hoy sea un nuevo Pentecostés...

Ven, Espíritu creador,
vuelve a renovar en nosotros tu aliento de vida,
y tu imagen de Dios...

Ven, Espíritu consolador,
llena de consuelo nuestro ánimo caído,
alegra el corazón desolado y encogido...

Ven, Espíritu Santo,
perdona nuestros pecados,
libéranos de nuestras esclavitudes,
santifica nuestra alma...

Ven, Espíritu de paz,
aplaca mis tormentas y zozobras,
libérame de mi impaciencia,
pacifica mi horizonte y mi esperanza,
inunda de paz toda mi existencia...

Ven, Espíritu de amor, libérame de mi egoísmo,
extiende mi amor a todo hombre,
cambia mi corazón por el tuyo...
Ven, Espíritu de vida,
levanta mi espíritu adormecido,
despierta mi existencia a tu nueva vida

27. Ungidos por el Espíritu de Jesús

Padre,
tú nos has elegido desde el principio,
para que reproduzcamos en nosotros los rasgos de tu Hijo,
de modo que él sea el primogénito entre muchos hermanos.
Nos has llamado,
nos has dado tu amistad,
nos has hecho partícipes de tu gloria.
La garantía es el Espíritu que has puesto en nuestros corazones.

Hijos tuyos son los que se dejan guiar por tu Espíritu, Padre.
No hemos recibido un espíritu que nos convierta en esclavos;
por el contrario, tu Espíritu nos transforma en hijos
y nos permite exclamar: « ¡Padre! ».
Si somos hijos, también somos herederos.
Si participamos con Cristo en sus sufrimientos,
también compartiremos la gloria con él.

Ayúdanos, Padre bueno,
a comprender que nuestro cuerpo es templo tuyo,
y que el Espíritu habita en nosotros,
que ya no somos nuestros propios dueños,
pues fuiste tú quien pagó nuestro rescate,
y por tanto, te hemos de glorificar con nuestro cuerpo.

Haz que tengamos un mismo sentir,
que vivamos en paz,
para que tú, Dios del amor y de la paz, estés con nosotros,

y tu amor, y la comunicación del Espíritu Santo,
estén en todos nosotros.

Padre, creemos que uno solo es el cuerpo
y uno solo el Espíritu,
como una es la esperanza a que hemos sido llamados.

Sólo hay un Señor, sólo una fe, sólo un bautismo.
Sólo un Dios, Padre de todos nosotros,
que a todos dominas,
por medio de todos actúas y en todos vives.

Padre, los que viven según sus instintos carnales,
piensan y sienten según ellos;
pero los que viven a impulsos del Espíritu,
según él piensan y sienten.
Porque los deseos de la carne llevan a la muerte,
mientras que sentir conforme al Espíritu
conduce a la vida y a la paz.

Si vivimos en tu amistad,
no vivimos según la carne, sino según el Espíritu,
y tu Espíritu, Dios nuestro, habita en nosotros.
Somos tu carta, Padre,
escrita con el Espíritu de tu Hijo;
no en tablas de piedra,
sino en la tabla de nuestro corazón.

Te pedimos, Padre,
que derrames sobre nosotros
los tesoros de tu bondad;
que tu Espíritu nos llene de fuerza y de energía
hasta lo más íntimo de nuestro ser;
que Cristo habite, por medio de la fe,
en el centro de nuestra vida;
que el amor nos sirva de cimiento y de raíz.

Seremos así capaces de entender,
con todos los creyentes,
cuán largo y ancho, cuán alto y profundo
es el amor de Cristo; tu amor, Padre.
Un amor que desborda toda ciencia humana
y nos colma de la plenitud misma de tu ser.

Padre, tú has derramado en nuestros corazones
tu amor, manifestado en Jesucristo,
por medio de tu Espíritu Santo;
y nosotros, en comunión con tu Espíritu,
con Jesús, nuestro hermano,
te llamamos con el corazón gozoso: ¡Abba, Padre!

28. Envíanos tu Espíritu

Jesús resucitado,

envía a tu Iglesia el Espíritu,
que hizo fecundo el virginal seno de María,
que te empujó camino del desierto
para estar a solas con el Padre,
que puso en tu boca la buena noticia,
que te llenó de entrañas de ternura
para los niños y los pobres,
que denunció a los poderosos, a ricos e hipócritas.

Como un regalo de Pascua, envíanos tu Espíritu,
que lo haga todo nuevo:
el corazón de piedra que late en muchos hombres,
este mundo inhóspito para los pobres,
las cenizas de los hogares donde el amor no arde.

Jesús resucitado, que vives junto al Padre,
envíanos tu Espíritu,
que grite en nosotros el gozo de ser hijos,
que nos haga testigos valientes y creíbles
de que existe el Amor y tiene un nombre: Dios,
de que existe una esperanza que se llama Jesús.

Envíanos tu Espíritu,
que llene de sus dones el corazón del hombre:
amor, justicia, paz, ternura, sabiduría, verdad, ...

Espíritu de Jesús, quédate con nosotros siempre.
Haz que nuestra vida sea fecunda como la de Jesús.

29. Espíritu divino

Luz de Dios,
disipa la tiniebla de mis dudas
y guíame.

Fuego de Dios,
derrite el hielo de mi indiferencia
y abrázame.

Torrente de Dios,
fecunda los desiertos de mi vida
y renuévame.

Fuerza de Dios,
rompe las cadenas de mis esclavitudes
y libérame.

Alegría de Dios,
aleja los fantasmas de mis miedos

y confórtame.

Aliento de Dios,
despliega las alas de mi espíritu
y lánzame.

Vida de Dios,
destruye las sombras de mi muerte
y resucítame.

Ven, Espíritu Paráclito,
Espíritu creador y santificador,
Espíritu renovador y consolador,
Espíritu sanador y pacificador.

Ven y concede hoy a tu Iglesia,
reunida en el Cenáculo con María,
la experiencia de Pentecostés.

30. Reunidos en tu nombre

Señor, aquí nos tienes, reunidos en tu nombre.
Estamos reunidos y nos sentimos también unidos,
porque nos ocupa y preocupa lo mismo a todos,
y, lo que es mejor, lo mismo que a ti, Señor;
hacer un mundo de hermanos
que proclaman la fe y celebran la vida.

Tú lo sabes bien, Señor, se nos hace difícil,
a veces muy difícil, el camino.

Se nos hace difícil la comprensión
ante los grandes y pequeños fallos de unos y otros.
Difícil la esperanza, difícil el entusiasmo,
difícil la valentía,
difícil la opción evangélica por los sencillos,
difícil amar a los demás,
difícil la superación. Todo difícil, Señor.

Pero sabemos que la fuerza que nos das
es mayor que las dificultades.
Sabemos que del fracaso y del pecado,
tú sacas vida, victoria, resurrección.

Ayúdanos, Señor,
a mejorar nuestro ser de religiosos, personas consagradas.
Ayúdanos a madurar nuestra actitud comunitaria,
nuestra capacidad crítica y creativa,
nuestra solidaridad con todos los hombres.

Necesitamos experimentar, cada vez más, Señor,
que tú eres la verdad que salva,
el libertador, el camino,
la Vida que da sentido a la vida.

En tus manos, Señor, nos ponemos, guíanos,
abre nuestros oídos y nuestro corazón a tu palabra,
a la palabra de los demás.
Evangelízanos a través de las cosas,
de la historia, de la vida.
Que tu palabra nos llegue hoy,
y mañana y siempre,
que sea vida que recibimos y vida que damos.

31. Oración por la comunidad

Señor Jesús, tú viviste en una familia feliz.
Haz de esta casa una morada de tu presencia,
un hogar cálido y dichoso.
Venga la tranquilidad a todos nosotros,
la serenidad a nuestros nervios,
el control de nuestra lengua,
la salud a nuestros cuerpos.

Que todos nosotros nos sintamos amados,
que la ingratitud y el egoísmo
estén siempre lejos de nosotros.
Inunda, Señor, nuestro corazón
de paciencia y comprensión,
y de una generosidad sin límites.

Extiende, Padre, un toldo de amor
para cobijar y refrescar, calentar y madurar
a todos los miembros de esta comunidad.

Danos el pan de cada día y aleja de nosotros
el afán de exhibir, brillar y aparecer.
Líbranos de las vanidades mundanas
y de las ambiciones que inquietan y roban la paz.

Que la alegría brille en los ojos,
la confianza abra las puertas,
la dicha resplandezca como un sol.
Sea la paz la reina de esta comunidad
y la unidad su sólido entramado.

Te lo pedimos a ti que fuiste un hijo feliz
en el hogar de Nazaret,
junto con María y José. Amén.

32. Bienaventuranzas de la comunidad

- * Feliz la comunidad
que tiene a Dios como su razón de ser,
porque él les mimará como Padre bueno que es.
- * Feliz la comunidad
donde nadie está de sobra,
porque Cristo será imprescindible.
- * Feliz la comunidad
cuya esencia y razón de ser es el amor,
porque será su fuerza diaria para vivir.
- * Feliz la comunidad
donde reina la comprensión, el diálogo, la sinceridad,
la tolerancia, el respeto mutuo y el amor acogedor,
porque podrá cantar:
«Qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos».
- * Feliz la comunidad
que sólo utiliza el «nosotros»,
porque tendrá un solo corazón y un mismo espíritu.
- * Feliz la comunidad
que abandona en la oración todo su ser a Dios
dejándole tomar el timón de su existencia,
porque su fe se hará personal, responsable y comprometida.
- * Feliz la comunidad
en la que crecen todos sus miembros,
porque pronto serán adultos en la fe, en la entrega,
en la respuesta a Dios y a los demás.
- * Feliz la comunidad
que descubre la Iglesia
como la gran comunidad de hijos y hermanos,
porque es claro en ella el mensaje de Jesús.

33. Oración por la comunidad

Ven, Espíritu Santo
y ayúdanos a crear una comunidad de hermanos
que se caracterice por la paz y por la unidad
en medio de todos los pluralismos,
de todas las diferencias de carácter, de edad, de mentalidad,
ya que, además de ser fruto de la buena voluntad,

es un don tuyo.

Es un don que haces a quienes creemos en estas realidades
y las pedimos humildemente, sabiendo que caminamos
en el exilio de la división y de la disgregación.

Ojalá que todos los hermanos
te dejemos entrar Espíritu unificador,
en nuestras comunidades;
que te invoquemos humilde e insistentemente
para que nos ayudes a pagar el precio, a veces altísimo,
que ha de pagarse
para llegar a ser "un solo cuerpo y un solo espíritu."

34. Una comunidad que convence y llena

Una comunidad dice mucho
cuando es de Jesús,

cuando habla de Jesús
y no de sus reuniones,

cuando anuncia a Jesús
y no se anuncia a sí misma,

cuando se gloria de Jesús
y no de sus méritos,

cuando se reúne en torno de Jesús
y no en torno de sus problemas,

cuando se extiende para Jesús
y no para sí misma,

cuando se apoya en Jesús
y no en su propia fuerza,

cuando vive de Jesús
y no vive de sí misma...

Una comunidad dice mucho
cuando es de Jesús.

Una comunidad dice poco
cuando habla de sí misma,

cuando comunica sus propios méritos. ,
cuando anuncia sus reuniones,
cuando da testimonio de su compromiso,
cuando se gloria de sus valores,

cuando se extiende en provecho propio,
cuando vive para sí misma,
cuando se apoya en sus fuerzas...

Una comunidad no se tambalea por los fallos,
sino por la falta de fe.

No se debilita por los pecados,
sino por la ausencia de Jesús.

No se rompe por las tensiones,
sino por olvido de Jesús.

No se queda pequeña por carencia de valores,
sino porque Jesús dentro de ella es pequeño.

No se ahoga por falta de aire fresco,
sino por asfixia de Jesús.

Una comunidad sólo se pierde
cuando ha perdido a Jesús.

Una comunidad es fuerte
cuando Jesús, dentro de ella, es fuerte.

Una comunidad pesa
cuando Jesús, dentro de ella, tiene peso.

Una comunidad marcha unida
cuando Jesús está en medio.

Una comunidad se extiende
cuando extiende a Jesús.

Una comunidad vive
cuando vive Jesús.

Una comunidad convence y llena
cuando es la comunidad de Jesús.

35. En la fiesta de nuestro hermano

A ti, oh Dios, te alabamos
en la fiesta de nuestro Hermano,
que es la fiesta de la comunidad.
A ti, Señor, te bendecimos y te damos gracias
por habernos reunido en esta comunidad,
desde la que nos quieres mensajeros de tu reino
mediante nuestra vida consagrada
y nuestra decidida entrega al servicio del Evangelio.

Queremos proclamar con todo nuestro ser y obrar
las maravillas de tu amor entre los hombres.
Somos conscientes de nuestra debilidad:
por eso te pedimos, Señor, que nos mantengas
dóciles y fieles a tu Espíritu.

Haz que la asidua meditación de tu palabra nos recree;
que la convivencia fraterna nos estimule
a dar al mundo el testimonio de vida que él necesita;
que las urgencias y necesidades de los más pobres
nos muevan a salir de nosotros mismos
y a trabajar por ellos incansablemente.

No permitas, Señor, que esta buena voluntad
se vaya inadvertidamente amortiguando
por la indiferencia o la inconstancia,
por la rutina o por el egoísmo.

Reaviva la fe, la esperanza y la caridad
de esta familia religiosa, de esta comunidad marista
y de nuestro hermano con el que hoy nos alegramos,
a la hora de aceptarnos unos a otros,
dentro de nuestras naturales diferencias,
y dilata más y más nuestros corazones
a la hora del necesario y mutuo perdón.

Renovamos nuestro propósito de ser cada día mejores,
de ayudarnos mutuamente en el seguimiento de tu Hijo,
de secundar las llamadas del Espíritu,
de colaborar todos unidos
en el cumplimiento de la misión
que nos has confiado en la Iglesia.
Nos encomendamos a María,
prototipo y ejemplo de vida consagrada,
para que nos forme en su corazón
y nos haga seguir el camino de vida y servicio
que, con su ejemplo, nos trazó nuestro Fundador.

36. Oración de la comunidad

Queremos darte gracias, Señor,
porque nos has elegido y reunido en comunidad;
por eso, levantamos nuestros brazos en acción de gracias
y te alabamos, Padre,
por la unidad que estableces en nosotros
a pesar de nuestras resistencias e impaciencias.
Como un solo cuerpo estamos congregados ante ti
porque cuidas de nosotros con amor.
Te damos gracias por tu Hijo, Jesús,
que ha sido capaz de amar a los hermanos
más que a sí mismo, hasta ofrecer su vida por todos.

Ante esta muestra de entrega amorosa
te pedimos que santifiques nuestra comunidad:
 . haz que nos amemos de verdad los aquí reunidos;
 . que nadie de nosotros ahorre energías en amar;
 . que quien venga a nuestra comunidad
 . que encuentre nuestras manos extendidas
 para acoger y abrazar;
 . que aquí nadie se sienta juzgado
 sino acogido y comprendido;
 . que nuestra comunidad sea fermento de paz y fraternidad.

Que tu Espíritu, Señor,
ayude a transformar nuestra comunidad
en presencia viva de tu amor aquí donde vivimos.
Que como en Nazaret y en el Hermitage
y junto a Jesús, María,
Marcelino y los primeros hermanos,
nuestra comunidad,
sea testimonio vivo de tu amor. Amén.

37. Oración por mi Comunidad

Padre, hoy quiero pedirte
por mis hermanos de comunidad.
Tú los conoces personalmente:
conoces su nombre y su apellido,
sus virtudes y sus defectos,
sus alegrías y sus penas,
su fortaleza y su debilidad,
sabes toda su historia;
los aceptas como son
y los vivificas con tu Espíritu.
Tú, Señor, los amas,
no porque sean buenos,
sino porque son hijos tuyos.

Enséñame a quererlos de verdad,
no por sus palabras o por sus obras,
sino por ellos mismos,
descubriendo en cada uno,
especialmente en los más débiles,
el misterio de tu amor infinito.

Te doy gracias, Padre,
porque me has dado hermanos.
Todos son un regalo para mí,
un verdadero «sacramento»,
signo sensible y eficaz
de la presencia de tu Hijo.

Dame la mirada de Jesús

para contemplarlos,
y dame su corazón
para amarlos hasta el extremo,
porque también yo quiero ser,
para cada uno de ellos,
«sacramento» vivo de la presencia de Jesús.

38. Gracias por nuestro Hermano

Señor, Padre de bondad,
origen y meta de la vocación religiosa de (N):
te damos gracias y te bendecimos,
porque le consagraste en el día de su bautismo
y, bajo la inspiración del tu Espíritu,
le has llamado a seguir más de cerca a Cristo
para que, dejadas todas las cosas,
y, ligado con el vínculo de la caridad,
se una a ti con corazón ferviente
y se entregue al servicio de los hombres,
buscando en todo tu mayor gloria y tu reino
y cumpliendo en todo tu voluntad.

Derrama en él tu Espíritu Santo
para que pueda cumplir fielmente lo que, lleno de alegría,
prometió el día de su profesión religiosa.
Brille en él una castidad sin mancilla, pero atrayente;
una pobreza real y efectiva, pero gozosa;
una obediencia hasta el sacrificio, pero generosa.

Sé, Señor, para él
apoyo y guía en su caminar en pos de Jesús.
Y, cuando llegue al encuentro de tu Hijo,
sé tu mismo su mejor recompensa.
Gozoso de haber consumado la ofrenda de su vida,
disfrute así de la compañía de tus santos
con quienes te alabará para siempre.

39. Gracias, Señor

Señor,
todo lo hemos recibido de tu amor,
todo es regalo tuyo,
todo es expresión de tu ternura,
de tu bondad infinita.
Gracias por habernos dado la vida, tu misma vida.
Gracias por nuestras familias, tu misma familia.
Gracias por los amigos, tu misma amistad.
Gracias por habernos dado a (N)
como hermano, el don de la fraternidad.
Gracias por la comunidad de la que formamos parte.

Todo nos lo has regalado tú:
el universo, el cielo, la tierra, el hombre;
tú mismo te has entregado a nosotros.

Tú nos has enseñado el camino,
que hemos de andar para llegar al Padre,
camino que tenemos que recorrer sin mirar atrás.

Tú nos has ofrecido la verdad
para ser proclamada en nuestro mundo
y para vivir con fidelidad a ella.

Tú nos has entregado la vida
para que la vivamos con sentido de gratuidad
y para hacer de ella un servicio a los hermanos.

Gracias por estar siempre cerca de nosotros,
en nuestro propio corazón.
Gracias por nuestro Hermano (N)
a quien has puesto a nuestro lado
para que, juntos, caminemos hacia ti.
Gracias por su vida, por su generosidad, por su entrega.

Gracias por cuanto es, por todo lo bueno que has puesto en él
y por todo el bien que nos hace cada día.

Gracias, Señor, por estar a nuestro lado,
gracias por estar en cada cosa,
gracias por estar en cada hermano,
gracias por estar aquí,
por estar en el corazón de nuestra comunidad.

40. Gracias, Padre

Gracias, Padre
porque has ungido a tu hijo (N) por tu Espíritu
y le has hecho partícipe de la plenitud de tu Hijo.

Bendito seas
por haberle llamado a seguirlo más de cerca
y a colaborar con Él en la obra de la redención.

Haz que, ungido como Jesús
por un ardiente amor a ti y a los hombres,
sepa aceptar los trabajos, los sufrimientos y la cruz.

Haz que, como los apóstoles,
se esfuerce por todos los medios y con todos los recursos
en conseguir que seas conocido, amado y servido por todos.

Haz que ame a todos los hombres sin discriminación,
procurándoles la bienaventuranza de tu reino,
iniciado ya en la tierra y cuya plenitud esperamos y te pedimos.

Haz que, por los dones que de ti ha recibido,
a ti únicamente te dé gloria
haciéndolos fructificar copiosamente.

Que le apremie la caridad de Cristo,
de manera que ame a sus hermanos
con el mismo amor con que tú le amas y, con fortaleza de espíritu,
esté siempre dispuesto a morir por ellos cada día.

Que, como peregrino,
no se apegue a nada de este mundo
y, cuidadosamente, dedique su vida a glorificarte
y a reflejar tu santidad en su actuación.

Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo tu Hijo
en quien creemos, a quien seguimos de cerca,
en quien esperamos
y a quien queremos siempre amar
con un corazón indiviso. Amén

41. Danos la fraternidad

Hoy, te pedimos, Señor, lo más precioso:
que nos veamos en nuestras verdaderas dimensiones,
para que no nos creamos importantes,
y hagamos sitio en nuestro corazón
para nuestros hermanos y para ti.

Te pedimos, Señor,
que no nos pongamos a nosotros mismos
en el centro de nuestro corazón;
que sintamos, Señor, deseos de los demás
y que sintamos deseos de ti.

Te pedimos que no andemos llenos
de nosotros mismos ni de nuestros sueños,
te pedimos que tampoco nuestro grupo ni nuestro proyecto,
se conviertan para nosotros en un absoluto
que nos impida reconocer los rostros ajenos
y escuchar sus llamadas.

Te pedimos, Señor, que de tal manera
echemos nuestra suerte con los pobres de la tierra
que nos vayamos haciendo gente humilde.
Señor, que no pensemos que ser gente humilde
es una ruin condición que debemos superar,
que no lo veamos como un punto de partida

del que debemos alejarnos,
que lo apreciamos, Señor, más bien como una meta ansiada
porque sólo la gente sencilla
entendió el camino que nos mostró Jesús
y sólo ella tuvo audacia para recorrerle.

Nosotros también te alabamos con Jesús,
el hombre sencillo y de corazón humilde,
porque escondiste su salvación a los sabios y entendidos
y la revelaste a la gente sencilla.
Sí, Padre. ¡Bendito seas por haberte parecido bien así!

Pero nosotros, Señor, enseguida queremos hacernos grandes
y hasta copiamos los gestos de los grandes de este mundo;
ponemos los rostros muy graves y andamos agobiados
como si la marcha del mundo colgara de nuestros hombros.

Danos, Señor, el gusto de ser compañeros de todos,
el gusto de vivir una vida compartida
de recibir agradecidos para poder dar de balde.
Danos oídos para ver la riqueza escondida de tu pueblo
y pobreza para dar sin dolor.
De este modo, libres de ambiciones,
podremos abrazar verdaderamente al mundo
y entregarnos sencillamente a la tarea de la salvación.

42. Colaborar en tu acción

Señor Dios, Padre nuestro:
te damos gracias porque estamos aquí reunidos;
te damos gracias porque formamos grupo
y nos podemos ayudar mutuamente.
Padre, abre nuestros ojos
para que veamos nuestra vida
en toda su profundidad:
que nuestra mirada, amplia, abierta, amorosa como la tuya,
llegue a todos nuestros compañeros y compañeras
y a todas las personas que están cerca de nosotros.
Envíanos tu Espíritu joven y valiente a nuestro corazón:
haz de nosotros verdaderos hijos tuyos,
que sepamos amarte,
que sepamos colaborar en tu acción en el mundo.
Haz que estemos atentos y activos
ante los problemas y los males
que hay a nuestro alrededor;
pon en nuestros labios palabras que den luz;
que por medio de nosotros
tu amor crezca en todas partes.
Te lo pedimos por Jesucristo
que es tu mirada, acción y palabra entre nosotros. 43.

Comunidad abierta

Señor Jesús:
haznos una comunidad abierta, confiada y pacífica,
invadida por el gozo de tu Espíritu Santo.

Una comunidad entusiasta que sepa cantar a la vida,
vibrar ante la belleza, estremecerse ante el misterio
y anunciar el reino del amor.

Que llevemos la fiesta en el corazón
aunque sintamos la presencia del dolor en nuestro camino,
porque sabemos, Cristo resucitado,
que tú has vencido el dolor y la muerte.

Que no nos acobarden las tensiones
ni nos ahoguen los conflictos que puedan surgir entre nosotros,
porque contamos -en nuestra debilidad-
con la fuerza creadora y renovadora
de tu Espíritu Santo.

Regala, Señor, a esta comunidad tuya,
una gran dosis de buen humor
para que sepa desdramatizar las situaciones difíciles
y sonreír abiertamente a la vida.

Haznos expertos en deshacer nudos y en romper cadenas,
en abrir surcos y en arrojar semillas,
en curar heridas y en mantener viva la esperanza.

Y concédenos ser, humildemente,
en un mundo abatido por la tristeza,
testigos y profetas de la verdadera alegría.

44. Tú, Señor, nos bastas

Recibe, Señor, la alabanza de los hermanos.
En la tarde de la vida nos atrevemos a gloriarnos
ante ti de nuestras debilidades
porque nos basta tu gracia.
Te lo decimos con voz muy queda:
a través de estos años de trato contigo y trabajo por ti.
A través del desgaste de las horas y de las soledades,
hemos comprobado que tú nos bastas
y que en nuestras carencias resplandece con fuerza tu gracia.
Temerosos por la fragilidad de nuestro amor
pero animados por tu divina palabra
nos atrevemos a decir
que tú, Señor, nos bastas.

45. Nuestra fe y compromiso

Creemos en Dios, nuestro Padre,
que es Señor de la vida
y que no creó al hombre para morir
sino para participar definitivamente de su felicidad.

Creemos que Dios vive y trabaja en medio de nosotros
y que es protector de los pobres,
de los huérfanos, de las viudas y de los extranjeros.

Creemos que ha escuchado el grito de los pobres
y se ha inclinado para liberarlos,
enviando a su Hijo Jesucristo
para que se hiciera hermano nuestro
y pobre entre los pobres de su pueblo.
Nació de María, la Virgen, mujer sencilla y pobre,
que lo educó y lo preparó
para anunciar la buena nueva a los pobres.
Pasó por el mundo haciendo el bien,
anunció la salvación a los pobres, la vista a los ciegos
y la libertad a los oprimidos;
y fue presencia y cercanía de Dios entre los suyos.

Crucificado por los poderosos de su tiempo,
ofreció su vida por nosotros.
Dios, Padre lo resucitó de entre los muertos
y lo hizo Señor del universo y de la historia.
Con su resurrección nos ofreció la victoria de Dios
sobre la muerte y el mal
y nos enseñó que Dios
está de parte del justo oprimido, y lo levanta.

Creemos que la pobreza, el sufrimiento y la muerte
no son el destino definitivo del hombre
y esperamos un cielo nuevo y una nueva tierra
en donde habita la justicia,
que Dios nos ofrece pero que nos manda comenzar a construir.

Nos comprometemos a vivir de tal manera
que anunciemos a todos los hombres
la alegría de nuestra esperanza en la resurrección
que Dios está ya realizando en este mundo
y que se completará cuando retorne Jesús
para llevarnos a la casa del Padre.
Allí nos sentaremos como hermanos, destruida toda división,
a compartir el pan común de la alegría que no tiene fin.

Creemos en nuestros hermanos pobres y oprimidos,
predilectos de Jesús, que trabajan día a día

y suspiran por un mundo humano, justo y fraternal.

Creemos que Dios
nos ha llamado para unir nuestras vidas,
como Jesús, a la causa y al destino de los pobres,
haciéndonos solidarios de su opresión
y caminando con ellos hacia su liberación plena.

Creemos que,
viviendo en medio de nuestros hermanos más pobres,
aprendemos a conocer mejor a Jesús,
a amarlo más fuertemente y a seguirle más de cerca.
Hoy renovamos nuestro compromiso de seguirle
pobre, casto y obediente,
en su misión de anunciar y construir un reino
de fraternidad, de justicia y de paz.

Creemos en el Espíritu Santo,
que ungió a Jesús para anunciar la buena noticia a los pobres,
que renueva hoy a su Iglesia
y que nos conduce hasta la casa del Padre.

Creemos que el Espíritu Santo
comunicó el amor y la valentía de Jesús
a tantos hombres y mujeres
que anunciaron el Evangelio hasta derramar su sangre.

Creemos en la Iglesia que,
gobernada por el Padre y nuestros pastores,
anuncia la salvación a los hombres
y quiere ser cada día más la voz de los que no tienen voz.

Creemos en nuestros santos y mártires,
en los mártires de hoy y de siempre.
Todos ellos nos inspiran y nos ayudan
a servir al reino como lo hicieron ellos.

46. Credo de la paz

Creemos en ti, Señor, Padre de todos,
que eres un Dios pacífico, no violento.
Tú creaste al hombre y a la mujer
y deseas la convivencia
entre todas las personas y todos los pueblos.

Tus profetas anunciaron la paz
y rechazaron los poderes de este mundo
que tiranizan, crean injusticias
desatan guerras y odios.

Ahora confesamos la fe cristiana confesando juntos:
"Creemos en el Dios de la paz".
Creemos en Jesucristo, Príncipe de la paz,
que nació de Santa María.
En la noche de su nacimiento,
los ángeles anunciaron a los pastores la paz.
Cristo vino a traer la paz, no la división;
rechazó la espada y la violencia
y propuso como únicas armas
la verdad, la justicia y la caridad.
Fue condenado a muerte por haber dicho la verdad,
pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
Por eso recitamos todos juntos:
Creemos en Jesucristo, "Príncipe de la paz».

Creemos en el Espíritu Santo.
La paz es don del espíritu de Dios
y fruto de los artesanos que la construyen.
Creemos en la Iglesia,
en el perdón de los pecados
y en la vida eterna en paz.
Nuevamente profesamos la fe juntos diciendo:
Creemos en el Espíritu de la paz.

47. Pedir la fe

Señor, concédenos la fe,
la fe que arranca la máscara del mundo
y nos permite verte en todas las cosas,
la fe que lo hace ver todo bajo otra luz:
que nos muestra tu grandeza
y nos hace descubrir nuestra pequeñez;
que nos muestra a Cristo,
allí donde nuestros ojos sólo ven un pobre;
que nos hace ver a nuestro Salvador,
allí donde nuestro sabor
tan sólo siente un trozo de pan.

Señor, concédenos esta fe
que nos hace emprender todo lo que tú quieres
sin dudar, sin vergüenza ni temor,
sin nunca retroceder.

La fe que no teme ni los peligros,
ni el dolor, ni la muerte;
que sabe andar por la vida
con tranquilidad, paz y una profunda alegría,
y que implanta en nuestro espíritu
un desprendimiento total
hacia todo, excepto tú.

48. Oración confiada

Señor Jesús, confiamos plenamente en ti.
Tú eres nuestra garantía frente a nuestros fracasos,
nuestro seguro a todo riesgo.

Sabemos que tú -nos lo han contado nuestros padres-
siempre has estado a nuestro favor,
que eres un Dios con nosotros y no contra nosotros.

Es verdad, Señor; conocerte es una fiesta continua;
seguirte, el gozo que no se marcha.

Confiamos siempre en ti, aunque marchemos por calles oscuras,
aunque nos abrumen nuestros pecados,
pues sabemos que tú eres siempre fiel,
y nos conduces a fuentes tranquilas,
donde podemos descansar de la fatiga, del terrible calor de la jornada.

Es verdad, Señor, que tú eres maravilloso,
se puede hablar contigo
como se habla con un amigo de verdad;
se puede confiar en ti como se confía en el buen padre.

Sabemos que jamás seremos decepcionados
ni abandonados ni desechados,
porque tú nos has demostrado hasta la saciedad
que realmente te importamos mucho.

Sí, Señor, confiamos en ti,
en la bondad de tu inmenso corazón,
en que nos unges con tu presencia;
porque estar contigo es vivir
en la «cena que recrea y enamora»,
en la confianza de sentirnos muy queridos por ti,
en la seguridad de tu perdón en nuestros desvaríos
pues todas nuestras obras nos las realizas tú.

49. Confianza en Dios

Si me desechas tú, Padre amoroso,
¿a quién acudiré que me reciba?
Tú al pecador dijiste, generoso,
que no quieres su muerte, ¡oh Dios piadoso!,
sino que lllore y se convierta y viva.

Cumple en mí la palabra que me has dado
y escucha el ansia de mi afán profundo,
no te acuerdes, Señor, de mi pecado;
piensa tan sólo que en la cruz clavado
eres, Dios mío, el Redentor del mundo.

50. Que llegue el día, Señor

Venga el día, Señor
en que nuestra miseria
encuentre tu misericordia.

Venga el día, Señor,
en que nuestra pobreza
encuentre tu riqueza.

Venga el día, Señor,
en que nuestra senda
encuentre el camino de tu casa.

Venga el día, Señor,
en que nuestras lágrimas
encuentren tu sonrisa.

Venga el día, Señor,
en que nuestro gozo
encuentre tu cielo.
Venga el día, Señor,
en que tu Iglesia
encuentre tu reino.

Bendito seas, Padre,
por aquel día,
en que nuestros ojos verán tu rostro.

A lo largo de nuestra vida,
siempre has estado viniendo a nosotros
en tu Hijo Jesucristo, nuestro Salvador y hermano.

51. Como el niño que no sabe dormirse

Como el niño que no sabe dormirse
sin cogerse a la mano de su madre,
así mi corazón viene a ponerse,

sobre tus manos al caer la tarde.

Como el niño que sabe que alguien vela
su sueño de inocencia y de esperanza,
así descansará mi alma segura,
sabiendo que eres tú quien nos aguarda.

Tú endulzarás mi última amargura,
tú aliviarás el último cansancio,
tú cuidarás los sueños de la noche,
tú borrarás las huellas de mi llanto.

Tú nos darás mañana nuevamente
la antorcha de la luz y la alegría,
y por las horas que te traigo muertas
tú me darás una mañana viva.

52. Soneto de esperanza

Cuando a tu mesa voy, y de rodillas
recibo el mismo pan que tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suena en mi corazón mientras tú brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando humillas!

Y me retiro de tu mesa ciego
de verme junto a ti. Raro sosiego
con la inquietud de regresar rodea

la gran ruina de sombras en que vivo.
¿Por qué estoy miserable y fugitivo
y una piedra al rodar me pisotea?

53. Servir

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú.

Sé el que apartó del camino la piedra,
el odio de los corazones

y las dificultades del problema.

Hay la alegría de ser sano y justo, pero hay, sobre todo, la inmensa alegría de servir.

Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho. Si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender. No caigas en el error de que sólo se hacen méritos con los grandes trabajos.

Hay pequeños servicios: poner una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.

El servir no es una faena de seres inferiores. Dios, que es el fruto y la luz, sirve. Y te pregunta cada día: ¿Serviste hoy?

54. La plegaria más noble

La plegaria más noble es aquella en la que los seres oran únicamente por amor a Dios, no porque le teman o porque tengan miedo del castigo o del infierno, o aun porque esperan favores de él, aunque sea el Paraíso ... Cuando el amor hacia un ser humano abrasa el corazón, no puede dejar de murmurarse el nombre del ser querido. ¡Cuánto más difícil es dejar de pronunciar el nombre venerado de Dios, cuando uno se ha enamorado de él!
El hombre espiritual no encuentra más delicia que en el hecho de celebrar y honrar a Dios.

55. Amor compartido

Fue el amor compartido, lo primero, explosión infinita de energía: cuando nada existía todavía, el Amor reventaba en tres luceros.

El Padre, que se entrega por entero
al Hijo, que a la entrega respondía,
y nuevo abrazo que a ambos envolvía
y los funde en amor, en un: os quiero.

Fue el amor repartido, lo segundo,
en chispas que saltaban de la Hoguera
y creaban, jugando, nuestro mundo.
fue el Amor encarnado la postrera
cercanía de Dios, que se hace humano
por decir a los hombres: «Sois hermanos».

56. Oración de la donación

Te entrego, Señor, mi vida, hazla fecunda.
Te entrego mi voluntad; hazla semejante a la tuya.
Toma mis manos; hazlas acogedoras.
Toma mi corazón; hazlo ardiente.
Toma mis pies; hazlos incansables.
Toma mis ojos; hazlos transparentes.
Toma mis horas grises; hazlas novedad.
Toma mi vida de cada día; hazla sencilla.
Toma mis cansancios; hazlos tuyos.
Toma mis veredas; hazlas tu camino.
Toma mis mentiras; hazlas verdad.
Toma mis muertes; hazlas vida.
Toma mi pobreza; hazla tu riqueza.
Toma mi obediencia; hazla tu gozo.
Toma mi nada; hazla lo que quieras.
Toma mi familia; hazla tuya.
Toma mis amigos; son tuyos.
Toma mis pecados; perdónalos.

Toma mis faltas de amor,
mis eternas omisiones,
mis permanentes desilusiones,
mis horas de amargura.
Transfórmalo todo,
como la abeja, en dulce miel.

Toma mis cruces, y déjame volar.
Toma mis flores marchitas, y déjame ser libre.

Hazme nuevo en la donación,
alegría en la entrega,
gozo desbordante al dar la vida,
al gastarse en tu servicio.

57. Nací para servirte

Nací para servirte: esa es mi lucha,
mi gloria y mi existencia.
Si mi felicidad de ti no viene, Señor,
no aguardo bienestar sobre esta tierra.

No sirvo a los señores de este mundo,
que con honores pagan y riquezas.

Te sirvo a ti, Señor de lo escondido,
que en lo escondido premias.

Te sirvo a ti, que en el amor has puesto
tu ley y tu presencia.

Y ya servirte, oh Dios, es en mi vida
una siembra, una entrega
en la que el hombre sale de sí mismo
y en ti mismo se encuentra.
Sé Tú, Señor, el campo donde el grano
de mi vida se pudra y dé cosecha.
Nací para servirte: esa es mi lucha,
mi gloria y mi existencia.

58. Ayúdanos a dar la vida, Señor

Señor, dame la valentía de arriesgar la vida por ti,
el gozo desbordante de gastarme en tu servicio.
Dame, Señor, alas para volar
y pies para caminar al paso de los hombres.
Dame, Señor, entrega para dar la vida
desde la vida de cada día.
Infúndenos, Señor,
el deseo de darnos y entregarnos,
de dejar la vida en el servicio a los débiles.
Señor, haznos constructores de tu vida,
propagadores de tu reino,
ayúdanos a poner la tienda en medio de los hombres
para llevarles el tesoro de tu amor salvador.
Haznos, Señor, dóciles a tu Espíritu
para ser conducidos a dar la vida desde la cruz,
desde la vida que brota
cuando el grano muere en el surco.

59. Nos envías, Señor, a nuestros hermanos

Padre de los pobres y Dios de la esperanza,
que enviaste a tu único Hijo
para anunciar la salvación a los pobres,
la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo,
tú nos envías a nuestros hermanos
para que les sirvamos animándolos
y manteniendo su cohesión.
En el cumplimiento de nuestro servicio,
queremos caminar al paso de tu Providencia,
dócil a la acción de tu Espíritu,
que nos concederá un corazón humilde y pobre
para estar abiertos a tu plan sobre nuestras comunidades
y saber esperar tu hora en cada hermano.
Queremos cargar con los achaques de los más débiles
y darles satisfacción en lo bueno, mirando a lo constructivo;
queremos ponernos de acuerdo,
para que, unánimes, te glorifiquemos.
Queremos trabajar
para que nuestras comunidades sean «comunidad»,
en la que cada uno da y recibe,
poniendo al servicio de todos
cuanto se es y cuanto se tiene.
Porque nos reconocemos débiles,
te pedimos la fuerza de tu Espíritu,
para que nuestro servicio contribuya
al cumplimiento de nuestra misión en la Iglesia,
a estimular nuestra fidelidad al carisma de Marcelino
y a procurar el bien de nuestros hermanos.
Concédenos crear tal ambiente comunitario,
que recuperemos fuerzas en la comunidad
y nuestro servicio evangélico
sea realmente un acto de amor
que constituya la trama de nuestra vida.

60. Ayúdanos a dar la vida, Señor

Señor, dame la valentía de arriesgar la vida por ti,
el gozo desbordante de gastarme en tu servicio.
Dame, Señor, alas para volar
y pies para caminar al paso de los hombres.
Dame, Señor, entrega para dar la vida desde la vida de cada día.
Infúndenos, Señor, el deseo de darnos y entregarnos,
de dejar la vida en el servicio a los débiles.
Señor, haznos constructores de tu vida, propagadores de tu reino,
ayúdanos a poner la tienda en medio de los hombres
para llevarles el tesoro de tu amor salvador.
Haznos, Señor, dóciles a tu Espíritu

para ser conducidos a dar la vida desde la cruz,
desde la vida que brota cuando el grano muere en el surco.

61. No tiene manos

Jesús, no tienes manos.
Tienes sólo nuestras manos para construir
un mundo donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies.
Tienes sólo nuestros pies para
poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.
Tienes sólo nuestros labios
para anunciar por el mundo
la Buena Noticia de los pobres.

Jesús, no tienes medios.
Tienes sólo nuestra acción para lograr
que todos los hombres sean hermanos.

Jesús, nosotros somos tu evangelio.
El único Evangelio que la gente puede leer,
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu fuerza moral para desarrollar
nuestros talentos y hacer bien todas las cosas.

62. Mira y haznos audaces

Señor, mira nuestras manos,
quieren construir una sociedad más humana
donde sea posible la vida de todos.
Mira nuestras manos,
quieren crear confianza
y solidaridad en un mundo en el que todos puedan trabajar.

Mira nuestras manos,
quieren hacer una educación
que despierte valores en los jóvenes.
Mira nuestras manos,
quieren hacer posible un ocio creativo
que fomente las relaciones entre los jóvenes
y les ayude a crecer como personas.

Haznos audaces
para ir al encuentro de los jóvenes allí donde están,
aunque perdamos nuestras seguridades.
Haznos audaces para penetrar en ambientes
en que la esperanza se manifiesta en la pobreza.
Haznos audaces

en nuestros contactos para que sepamos dar a los jóvenes
muestras de una atención
impregnada de humildad, sencillez y desinterés.
Haznos audaces
para presentar a Cristo como verdad liberadora
que llama a cada uno por su nombre.
Haznos audaces para ayudarles a descubrir
su propia vocación en la Iglesia y en el mundo.
Mira nuestras manos
y haznos audaces para permanecer siempre abiertos al Espíritu
que nos interpela en la vida de los jóvenes
y nos impulsa a acciones valientes.
Ayúdanos a ser sensibles a tus llamadas
y a responder con generosidad,
discerniendo los corazones
y afrontando los desafíos con audacia y esperanza.
Te lo pedimos por intercesión de María,
de Champagnat, de todos nuestros santos maristas
y en el nombre de Jesús. Amén.

63. Oración de la rebeldía

Llego a ti, Señor, con humildad,
a pedirte rebeldía.
Quiero vivir comprometido con la verdad.
No venderme por nada ni ante nadie.
Resistir la tentación de buscar la felicidad externa
y de admitir la paz, aunque sea en la injusticia...

Hazme un inconformista
con el error, la injusticia y el odio.
Un insatisfecho con la farsa del mundo,
pero con deseo de trabajar
con amor por mejorarlo.

Hazme un rebelde de tu reino
digno de oír tu palabra.
«En el mundo tendréis dificultades;
mas tened buen ánimo,
yo he vencido al mundo».

64. Señor, quiero ser tu amigo

Gracias, Señor, por tu amistad.
Gracias, Señor, por el amor que supone.

Gracias, Señor, por tu fidelidad.

Quiero ser capaz de entender tu amistad:
quiero entender el porqué de hacerte hombre
para ser amigo del hombre;
quiero entender tu muerte
como expresión de amistad
quiero entender tu capacidad de perdón;
quiero entender tu paciencia
en esperar un nuevo «sí» de cada hombre.

Quiero vivir las exigencias de la amistad:
deseo comprender... antes que ser comprendido;
deseo ayudar... antes que ser ayudado;
deseo servir... antes que ser servido;
deseo dar... antes que recibir.

En el momento de la dificultad,
no permitas que me aleje de ti.
En mis horas de debilidad, sé tú más amigo.
Al tiempo del desaliento, llámame.

A pesar de las incomprensiones de los demás
quiero ser tu amigo.
A pesar de mi tendencia a huir del esfuerzo
quiero ser tu amigo.
A pesar de que no llegue a comprenderte...,
Señor, quiero ser tu amigo.

65. Tarde te amé

¡Tarde te amé,
hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé!
Y ver que tú estabas dentro de mí
y yo fuera y por fuera te buscaba;
y deforme como era,
me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo mas yo no lo estaba contigo.
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no serían.
Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera;
brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti;
gusté de ti, y siento hambre y sed;
me tocaste, y abrasame en tu paz.

Quando yo me adhiriera a ti con todo mi ser,
ya no habrá más dolor ni trabajo para mí,
y mi vida será viva,

llena toda de ti. Mas ahora,
como al que tú llenas lo elevas,
me soy carga a mí mismo,
porque no estoy lleno de ti.

Luchan mis alegrías, dignas de ser lloradas,
con mis tristezas, dignas de alegría,
y no sé de qué parte está la victoria.
Luchan mis tristezas malas con mis gozos buenos,
y no sé de qué parte está la victoria.
¡Señor, ten misericordia de mí!

66. La entrega definitiva

Conmigo vengo, oh Dios. Mira, si quieres,
al hombre que te traigo como ofrenda
cuando comienza a declinar el día
feliz de mi existencia.
Mira, Señor, si quieres,
si todavía soy palabra tensa
o voz, en cambio, apenas susurrada.
Míralo todo bien, Señor. No dejes
de escudriñar, y quema
lo soberbio que se alza aún de mi vida
y regala a lo humilde tu presencia.

Conmigo vengo, oh Dios.
Llego vencido por los años,
los sudores y cansancios,
y alegrías, a veces, y tristezas.

Vengo conmigo, Dios. Contigo vengo.
Vas en mi soledad. Sigo tu huella
en el viento o la brisa de la tarde.

El árbol de mi espíritu,
quema, hoy, Señor, su dicha en tu presencia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino,
pero ser bueno, sí.
Hoy, delante de ti, pienso que he sido
feliz por bueno: ésta es mi grandeza.
Aquí me tienes. Vengo con lo puesto:
la fe desnuda, una loca espera
de esperanza y mi amor aún tropezado
de ternura, enquistado, que se deja
avasallar y, luego, se abandona.

¡Qué humana ventolera
de palabras, Señor, cuando el silencio,

es decir, la presencia,
acredita que he sido y soy dichoso,
casi divino! Deja
que el corazón, lo único que tengo
siempre despierto, alerta
más allá de los años, sea bálsamo
que restañe la herida que no cierra,
música que deleite otros oídos,
cálida marca de amor, Señor, eterna.
Y a ser feliz por bueno. Y a ser divino
por bueno y por feliz. Ya no me queda
otro modo de vida allí, en tu cielo,
ni otra forma de ser aquí, en mi tierra.

67. Creo en tu amor

Yo creo, Señor, que tu amor
ha sido derramado en mi corazón.
Creo en tu amor vivo en mí
y me abandono en tus manos.

Gracias porque tu espíritu me inunda,
me llena, me da vida.
Te alabo y te doy gracias porque moras en mí,
porque eres un Dios escondido.

Te llamo Padre, te llamo y te pido
que derrames tu Espíritu en mí,
para que él ore en mí,
para que él guíe los pasos
de mi encuentro contigo.

Yo sé, Señor, que soy tu templo.
¡Yo soy templo del Dios vivo!
Me siento feliz y dichoso
porque habitas en mí,
porque has puesto en mí tu casa,
tu morada. ¡Soy tu tienda!
¡Oh Señor, eres tan cercano,
tan entrañable, tan profundo!
Déjame habitar en tu casa,
como tú habitas en la mía.
Quédate conmigo;
estate, Señor, conmigo
en mi pobre corazón.

Señor Jesús, tú vives en mí.
Tú eres mi vida plena.
Señor Jesús, que la vida de tu Espíritu
anime toda mi existencia.

Señor Jesús,
que el hombre viejo muera en mí
y que sólo vivas tú en mi vida;
tú que eres el hombre nuevo.
Tú vives en mí,
tú eres vida en mí;
tú vives, vives...

Oh Dios, en ti pongo mis ojos.
Te miro dentro de mí.
Oh Dios, tú eres un Dios escondido.
Quiero esconderme en ti.
Oh Dios, en Cristo Jesús,
camino hacia ti,
quiero llegar a tu corazón de Padre
y esconderme en lo escondido de tu morada.
Mi vida, Señor, oculta con Cristo en ti.

Yo te amo, Jesús.
Te amo en el fondo de mi corazón.
Yo te amo y me uno a ti y cuento contigo.
Te amo y me alegro porque el Padre me ama.
Soy feliz con el amor del Padre.

Yo sé que moras con el Padre, en tu Espíritu,
dentro de mí.
Gracias por morar, por estar dentro,
por vivir en mí.
Soy dichoso al saberme amado,
amado por ti, por el Padre,
por tu Espíritu Santo.
Contigo estoy. Gracias.

68. «Tanto amor»

I. «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único»

Y el hijo de Dios se hace carne,
se hace nada, por amor;
se hace niño, se hace pobre, por amor.
El amor siempre se encarna,
se hace pobre, se hace siervo.
El niño sigue naciendo.
Es navidad: en cada niño que nace,
en cada gesto de acogida y ternura,
en cada humilde servicio, en cada renuevo de amor.
Ya sabes su nombre.
¡Tanto amor!

II. «Tanto amó Dios al mundo que

pasó entre nosotros haciendo el bien»

Cuando veas a un samaritano,
que lleva en sus manos el vino y el aceite,
pregúntale su nombre;
te dirá que no sabe, te dirá que no es él,
que alguien vive en él,
que se siente hermano de todos,
amigo, cercano, médico, maestro,
y ángel de la guarda;
que pasa por la vida haciendo el bien,
que sólo sabe bendecir, liberar,
y que quiere hacer suyas las cargas de todos.
¡Tanto amor!

**III. «Tanto amó Dios al mundo que
dio su vida por nosotros»**

Se partió como un pan
y, roto el corazón,
nos dio su sangre, fuente de amor,
y un torrente de agua, fuente de vida.
Y sigue Dios dando su vida,
identificado con aquellos que la gastan y la pierden,
los mártires, las víctimas del amor y la justicia,
semillas de un mundo nuevo.
Y sigue Dios amando
en los gestos de entrega hasta la muerte,
la Pascua no cesa.
¡Tanto amor!

**IV. «Tanto amó Dios al mundo que, resucitado,
nos entregó su Espíritu»**

Resucitado en nosotros,
resucita, vencidas nuestras muertes,
llenándonos de vida,
colmándonos de Espíritu, aliento de su boca.
Es el amor que rompe las cadenas,
que cose los desgarros,
que expulsa los demonios,
que cambia el agua en vino,
fuerza renovadora que vivifica,
embriaga y enardece, llama de amor viva,
Dios esposo y entregado. ¡Tanto amor!
Cristo, misterio y sacramento en el amor.

69. Mal de ausencia

Yo me estaba muriendo,
y de mi mal yo mismo no sabía;
pero ahora, Señor, ahora comprendo
que del mal de tu ausencia me moría...

70. Amor contra amor

Me preguntan los hombres: «¿No has dudado?»
¡Cómo pude dudar, pues te sentí!
¿Si fuiste mi tormento exasperado,
si con hierro candente me has sellado
para ti!
Te combatí las noches y los días,
quise olvidar tu amor; ¡no lo logré!
Después de cada crisis resurgías.
Inexorablemente me decías:
«Sígueme».
Nadie sospechará lo que he sufrido.
¡Tú lo sabes, Señor!
Nunca quieras echar en el olvido
que todo el drama de mi vida ha sido
la lucha del amor contra el Amor.

71. Entrega total

¡Hazlo tú todo en mí! Que yo me preste
a tu acción interior, pura y callada.
Hazlo tú todo en mí, que aunque me cueste,
me dejaré labrar sin decir nada.
¡Hazlo tú todo en mí! Que yo te sienta
ser en mí dirección y disciplina.
Hazlo tú todo en mí. Que estoy sediento
de ser canal de tu virtud divina.

72. Estoy maduro

Me ha calentado el sol ya tantos años
que pienso que mi entraña está madura
y has de bajar, Señor, para arrancarme
con tus manos inmensas y desnudas.

Pleno y dorado estoy para tu sueño;
por él navegaré como una luna
que irá brillando silenciosamente,
astro frutal sobre tu noche pura.

Una nube vendrá y acaso borre
mi luz para los vivos y, entre lluvia,
zumo dulce de ti, te irá cayendo
la savia de mi ser, como una música.

Será que estaré muerto y entregado,
otra vez, a la tierra de las tumbas.
Pero, sangre inmortal, mi roja entraña
de nuevo quemará la luz futura.

73. Cristo vivo

Porque no tienes ya pies
que recorran caminos,
avanza hoy, Señor, si quieres con los míos.

Porque no pueden tus ojos acariciar el mundo
contempla, observa y ama tomando mi mirada.

Porque hoy no tienes labios que griten tu palabra,
aquí tienes los míos, tu boca prolongada.

Porque no viven tus manos
para dejar la tierra transformada,
trabaja con las mías y déjalas gastadas.
Y porque sé que vive
tu corazón abierto en herida enamorada
colócalo en el sitio en que me faltas
y prolonga en mi sentir tus sentimientos,
tus huellas, tus manos, tus labios y tu mirada.

Y a través de mi vida, en mi jornada,
completa la misión temporal que en tu vida dejaste inacabada.

Con todo lo que soy, como instrumento,
contempla hoy Señor,
habla, trabaja, acaricia, camina, besa y ama.

74. Gastar la vida

Jesucristo ha dicho:

«Quien quiera guardar su vida, la perderá;
y quien la gaste por mí, la recobraré en la vida eterna”.

Pero a nosotros nos da miedo gastar la vida,
entregarla sin reservas.

Un terrible instinto de conservación nos lleva
hacia el egoísmo, y nos atenaza
cuando queremos jugarla la vida.

Tenemos seguros por todas partes, para
evitar los riesgos. Y sobre todo está
la cobardía...

Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida.
Pero la vida tú nos la has dado para gastarla;
no se la puede economizar en estéril egoísmo.

Gastar la vida es trabajar por los demás,
aunque no paguen;
hacer un favor al que no va a devolver.
Gastar la vida es lanzarse incluso al fracaso,
si hace falta, sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del prójimo.

Somos antorchas que sólo tenemos sentido
cuando nos quemamos; solamente entonces,
seremos luz.

Líbranos de la prudencia cobarde,
la que nos hace evitar el sacrificio,
y buscar la seguridad.

Gastar la vida no se hace con gastos ampulosos,
y falsa teatralidad.

La vida se da sencillamente, sin publicidad,
como el agua de la vertiente,
como la madre da el pecho a su hijo,
como el sudor humilde del sembrador.

Entréñanos, Señor, a lanzarnos a lo imposible
porque detrás de lo imposible
está tu gracia y tu presencia; no podemos caer en el vacío.

El futuro es un enigma,
nuestro camino se interna en la niebla;
pero queremos seguir dándonos,
porque tú estás esperando en la noche,
con mil ojos humanos rebosando lágrimas.

75. Ayúdanos a dar la vida, Señor

Señor, dame la valentía de arriesgar la vida por ti,
el gozo desbordante de gastarme en tu servicio.
Dame, Señor, alas para volar
y pies para caminar al paso de los hombres.
Dame, Señor, entrega para dar la vida
desde la vida de cada día.
Infúndenos, Señor, el deseo de darnos y entregarnos,
de dejar la vida en el servicio a los débiles.
Señor, haznos constructores de tu vida,
propagadores de tu reino,
ayúdanos a poner la tienda en medio de los hombres
para llevarles el tesoro de tu amor salvador.
Haznos, Señor, dóciles a tu Espíritu
para ser conducidos a dar la vida desde la cruz,
desde la vida que brota cuando el grano muere en el surco.

76. Líbranos, Señor, de la violencia

Líbranos, Señor, de la violencia
de la guerra, de la tortura, la sangre, la injusticia
y de todas las formas de violencia.

Líbranos, Señor, de la mayor y más grave de las violencias:
la pobreza de millones de seres humanos,
infligida, querida o consentida por los más ricos.

Desaparezca, Señor, para siempre Caín,
y quede Abel con sus descendientes,
habitando en paz la tierra.

Venga a nosotros tu reino de vida.
Da, Señor, el difícil amor, la difícil generosidad
el difícil perdón a los abofeteados,
a los heridos, a los torturados,
a los deshonrados, a las viudas
y a los huérfanos de los asesinados.
Haz de ellos una prueba de tu amor, de tu generosidad,
de tu perdón para que sean, en el mundo,
principio y simiente de una nueva humanidad
en la que el amor, el respeto a los hombres
y a los derechos de los hombres,
crezcan tanto que ya no haya más que perdonar.

Una nueva humanidad en la que la violencia no sea nunca inicio,
eslabón o respuesta a la violencia,
en una cadena destructora y sin final.

Pero todavía resta tanto que hacer...
Es aún tan abundante la cosecha

de muertos en los campos de batalla,
en la sanguinaria irracionalidad de los atentados,
en las callejas oscuras de la pasión y del crimen...

Son tantos los millones de niños que nunca recordarán su niñez,
los millones de hambrientos que claman a ti pidiéndote justicia,
que necesitamos a vida o muerte tu presencia y auxilio.

Necesitamos con urgencia tu gracia para no mancharnos,
por acción y omisión,
con una sola gota del torrente de la sangre derramada.
Necesitamos tu fuerza para luchar con todas nuestras fuerzas,
aupados por la tuya, hasta derribar este laberinto de muros
levantados entre la extrema pobreza y nosotros.

Necesitamos tu inteligencia, la inteligencia de los buenos
para volver del revés el mundo
y hacer de él el escenario natural de la vida,
del pan y la alegría compartidos,
de la paz universal entre hermanos
marcados por un mismo y alto origen.

Líbranos, Señor, de la violencia.
Líbranos de la violencia contra el hombre,
es decir, contra ti,
que lo creaste por amor y lo amaste tanto
que entregaste por él a tu Hijo a una muerte violenta.

77. Constructores de paz

Padre, te pedimos manos nuevas
para ser, como Jesús, los obreros de tu paz.
Ser obreros de tu paz es más que la no-violencia,
es amar sobre todas las cosas a los hombres que tú creaste;
es luchar sin tregua porque no mueran antes de tiempo,
es trabajar porque tengan más y participen
y hagan respetar su dignidad.

Los obreros de tu paz no se resignan, Señor,
ante la suerte del pueblo,
no es hijo tuyo quien acepta como mal menor,
el creciente desempleo,
el empobrecimiento creciente,
las vejaciones de la policía,
la desatención de los hospitales,
el abandono, Señor, en que tienen a tu pueblo;
la represión cuando tus hijos
logran alguna pequeña organización,
y la guerra de exterminio
cuando tu pueblo, Señor, se hace grande.

No sigues tus caminos quien no se duele de tu pueblo:
como de su hijo o de su propia madre.

Padre eternamente bueno,
tú nos has mostrado que los males no son sagrados
que sólo de los hombres vienen los males.

Danos fuerza para no sembrar males
al buscar el bien de las mayorías.

Danos la fuerza tranquila de tu Espíritu,
la fuerza tranquila de la fe en ti,
la fuerza tranquila de la confianza mutua
renacida de la desconfianza
que nos metieron desde niños.

Danos la fuerza tranquila de la solidaridad
conquistada cada día a nuestro egoísmo;
danos la fuerza tranquila del cariño mutuo,
que tú siembras
como planta divina en nuestros corazones
en medio de tantas dificultades.

Danos la fuerza tranquila de una mente
cada vez más absorbida por la vida.

Y que nunca nos falte, Señor, la fuerza tranquila
que da el sabernos amados por ti.

78. Vivimos a golpes

Porque vivimos a golpes,
porque apenas si nos dejan decir
que somos quienes somos ...

Vivimos a golpes, Señor.
El adolescente golpea a su compañero
descubriendo su defecto e hiriéndolo en lo más hondo.
El muchacho golpea a su educador
con la palabra hiriente y la sonrisa burlona.
El profesor golpea a su alumno
con el desprecio y el chiste humillante.
El robusto y agresivo abusa de su fuerza física
y agrede al pacífico y menos fuerte
llenando su alma de amargura.

También a ti, Señor, te tratamos a golpes:
torturado, coronado de espinas y crucificado.
También tú, Señor, has recibido entre nosotros
tu correspondiente ración de golpes.

Parece como si los hombres
no supiésemos tratarnos de otra manera.

Señor bueno y misericordioso:
también nosotros, hoy o ayer, o no importa cuándo,
nos hemos tratado a golpes.
Míranos aquí; mira nuestras almas llenas de cicatrices.
Mira, Señor; ahí está la cicatriz del amigo
que se sintió maltratado por mis palabras;
más allá está la de aquél
que se encontró humillado, maltratado o agredido;
al lado está la cicatriz del que se calló cobardemente
dejando a un amigo en la estacada;
y no muy lejos la del que recibió
la mirada llena de odio y de desprecio.

Porque vivimos a golpes te pedimos, Señor,
que cures tú nuestras heridas;
que pongas en ellas el bálsamo de tu amor y de tu perdón;
y que nos ayudes, a pesar de los golpes, a intentar curar,
con nuestro arrepentimiento y perdón,
las heridas que producimos y recibimos unos de otros.

Tú que, extendiendo tus brazos en la cruz,
has muerto, golpeado por los hombres,
pero amando y perdonando;
haz que también nosotros vivamos amando y perdonando
a quienes viven a nuestro lado;
a quienes golpean nuestra mejilla
y a quienes viven con el dolor de nuestros golpes.

79. Sembradores de vida

Yo quisiera, Señor, ser sembrador de amor,
y en medio del desierto, sembrar una flor.
Cuidarla con cariño, con ternura de corazón,
tratarla con suavidad, delicadeza y tesón.

Me gustaría ser sembrador de alegría.
Y regar mi corazón triste, en sequía.
Regar, llenar de fruto el campo de mi vida.
Y una vez conseguidos los frutos que antes no tenía,
regalarlos a los demás para animar su tierra baldía.
¡Qué bonito si fuera sembrador de paz!
Llenar mi vida entera de tranquilidad.
Superar las barreras de la oscuridad
y encender la luz de la amistad,
tan brillante que a todos pueda llegar.
¡Qué hermosura ser sembrador de solidaridad!
Sembrar en el campo de la humanidad,
los frutos de la vida y de la caridad.
Regar lo seco, curar la enfermedad.

Los árboles olvidados, volverlos a cuidar,
y tener para ellos una mirada especial.

¡Y si pudiera llegar todavía más lejos
y entre los míos ser sembrador de evangelio!
Y vivir el estilo de Jesús, vivir a Jesús en mi tiempo.
Amar a los demás como Él lo ha hecho.

Y es que quiero ser sembrador de vida.
Entregar a los demás amor y alegría,
paz y solidaridad, fuerza y valentía.
Para ser más feliz, para tener en abundancia la vida,
una vida por Cristo concedida.

80. Oración contra la guerra

Bendita sea, Señor, la paz.
Maldita sea la guerra.
Maldita la maldad de donde nace.
Malditas sean las armas y las manos que gobiernan las armas.
Maldito el corazón donde se cría el odio.
Bendito seas tú que eres la vida
que creas la vida,
que amas la vida,
que das gratis la vida.

¡Ay de aquellos que obligan a matar
en nombre del orgullo,
de la avaricia, del odio y del desprecio
a otras razas, del dominio sobre los más débiles!
¡Ay de aquellos que ceban la mecha
desde fríos despachos y calculados intereses!
Maldita sea la guerra.
¡Ay de quienes matan a los niños y a los ancianos!
Bendito sea el creador del hombre.
Pero ¡ay del asesino del hombre,
que llena el mundo de huérfanos y viudas!

Bendito seas, Señor,
creador del paisaje.
¡Ay del que lo asola y lo calcina!
Bendito seas
en la ciudad, en la casa, en el templo
en el museo y en la biblioteca.

¡Ay de los que arrasan la naturaleza
la casa, el templo, el museo y la biblioteca!

Maldita sea la guerra.
Malditos el hambre y la enfermedad, maldito el frío, y el miedo,
y maldita la muerte que viene con mil pies, oscura y sin ojos.

Maldita la injusticia, provocadora de guerras.
¡Ay de aquél que se mancha en la injusticia,
el que la ve y se encoge de hombros
y bendice la guerra en su silencio.

Malditos los fusiles, las granadas, los cañones,
los tanques, las bombas, los misiles.
Bendito seas tú, dador de paz, creador de belleza y de vida.
Bendita la paloma y la rama de olivo.
Bendito sea el olor de la rosa y benditos los niños y sus juegos.
Bendita la bondad y la medida del anciano.
Benditas las escuelas, benditos los libros y el maestro.
Benditos los jardines y los parques, llenos de gente al sol.
Benditos los inviernos
con un hogar caliente y muchos besos.
Bendita sea la gente en el trabajo
y bendita la que descansa en su casa.
Bendito seas, Señor,
por tantos hombres y mujeres amigos de la paz.
Bendito seas allí donde haya un ser humano
preparado a luchar contra la guerra
y dispuesto a morir contra la guerra.

81. Dios de la paz

Señor Jesús, Tú dijiste a tus apóstoles: «Os doy la paz».
No mires nuestros pecados, que ponen guerra y división.
No mires nuestros egoísmos,
que olvidan y menosprecian a los demás.
No mires las zancadillas que tendemos a los otros
para que caigan y se humillen.
No mires, Señor, nuestras guerras.
Mira, sobre todo, la fe de los sencillos,
de los que siempre perdonan,
de los que devuelven bien por mal,
de los que sonríen, como si no hubiera pasado nada,
de los que callan y no gritan,
de los que ven siempre lo positivo,
de los que confían en el futuro,
porque han puesto toda su confianza en ti.

82. Dios de la paz

Señor, Dios de la paz y del amor,
te damos gracias porque enviaste a tu Hijo
e hiciste posible, por el misterio de su pascua,

el advenimiento de tu reino,
declarando felices:

a los de mirada limpia y honrado corazón,
a los pacificadores y artesanos de la paz,
a los pobres,
a los que lloran y sufren,
a los que se rebelan contra la injusticia,
a los que son imagen y transparencia del Dios bueno.

Te damos gracias por los esfuerzos y realizaciones
que tu Espíritu de paz suscita en nuestro tiempo,
haciendo presente el diálogo y la comprensión,
la justicia, el amor y la solidaridad.

Abre nuestro corazón
a las exigencias concretas del amor en cada situación.

Bendice a todos los que sufren y mueren en el empeño
de alumbrar un mundo más justo y más fraterno.

Que venga tu reino a nosotros
y la tierra se llene de tu gloria.

83. Oración por la paz

Danos, Señor, la paz -tu paz- de cada día.
La paz de no quedarnos del todo satisfechos;
de no encontrar ahora la meta apetecida,
ni el árbol misterioso de la sombra perenne;
de no beber el agua que nos deje saciados,
ni el vino que nos haga demasiado sabida,
demasiado segura la canción.

Que nunca desemboquen en el mar nuestros ríos;
que nunca encuentren nido caliente nuestros pájaros;
que nunca nos cansemos de buscar los caminos
más nuevos y más largos, de escalar las montañas,
de tocar los abismos.

Que nunca descansemos
por tener ya instalado en su sangre y su ritmo
demasiado seguro el corazón.

84. ¡Viva el perseguido por ser justo!

¡Dichosos los que padecen persecución
por ser justos!...
Los que, siendo avasallados,
lucen intacta la honradez en su semblante.
Los que apelan sólo a la fuerza del bien y la razón,

y, entre sudor y sangre, van hacia la verdad.
Los que prefieren vivir perseguidos, alta la frente,
antes que obtener, claudicando, turbias recompensas.
Los que desafían, por su integridad constante,
a los sagaces que sustentan poderes arbitrarios.
Los que aceptan el riesgo de encabezar la ilusión del débil
y agrupan los clamores que exigen la libertad robada.
Los que, a pesar de la amenaza y el acoso,
siguen en la lucha por la justicia.
Los que aguantan burlas por su fe,
y acrisolan su fidelidad en la persecución.
Los que, cada jornada y por amor a la justicia,
estrenan Calvario a causa del dolor de los hombres.
¡Ellos alcanzarán el reino de los cielos!

85. ¡Viva el manso de corazón!

¡Felices los pacíficos y pacificadores!...
Los que no consideran debilidad de carácter encajar con paciencia la ofensa recibida.
Los que no alteran el pulso del corazón,
cuando el agravio y la insolencia golpean su puerta.
Los que no se permiten el gesto iracundo,
la mano amenazante o la palabra que hiere.
Los que saben sonreír en la ocasión del grito,
y siguen mostrando el manso talante de su alma en armonía.
Los que ofrecen, en la placidez de su rostro, el don de la serenidad que les habita.
Los que disfrutan, con asombro agradecido,
de equilibrio interior hecho paz y sosiego.
Los que encuentran en Dios razones para la hermandad,
y la construyen mediante su esfuerzo pacificador.
Los que poseen la medida exacta de sí mismos,
y se adaptan, con gozo y modestia, al puesto destinado.
Los que insisten en la vía del diálogo conciliador,
y creen en la fuerza de la bondad.
Los que llenan cada día el corazón de amor,
para regalar a los demás paz y mansedumbre.

86. ¡Viva el limpio de corazón!

¡Felices los limpios de corazón!...
Los que ofrecen su mirada como ventanal abierto
por el que se asoma entera el alma.
Los que pueden franquear, sin rubor ni sospechas,
el portón interior a todo el que se acerca.
Los que acunan por dentro al niño sin malicia que todos fuimos y podemos seguir siendo.

Los que crecen en luz y horizontes,
libres y despejados los ojos para mirar hacia adelante.
Los que se muestran rectos en intención y en obras,
y rechazan la doblez y el engaño.
Los que plantan y cultivan sentimientos honestos en el huerto interior de sí mismos.
Los que asean, cada amanecer, su corazón
para tenerlo dispuesto al encuentro
y la entrega generosa.
Los que mantienen intacta su inocencia,
como regalo estimulante de Dios a los hombres.
¡Ellos tendrán el gozo de ver a Dios!

87. ¡Viva el que ejerce la misericordia!

Dichosos y felices los que ejercen la misericordia!
Los que buscan, ante todo, comprender,
evitando caer en la trampa de enjuiciar a los demás.
Los que hacen suya la vía de la paz,
y mantienen disponible el abrazo de la reconciliación.
Los que siempre encuentran razones suficientes
para disculpar, perdonar y ofrecer total amnistía.
Los que tienden la mano para el diálogo,
sin cerrarla ni apartarla hasta traer el alba nueva.
Los que creen en la fuerza de la bondad y la clemencia
y apoyan todas las iniciativas y medidas de gracia.
Los que brindan, sin horarios ni preguntas,
hospitalidad y asilo a la necesidad ajena.
Los que saben aliviar la carga del hermano,
arrimando el hombro, en actitud humilde de servicio.
Los que disponen de amplio hueco en el corazón,
para acoger a todos los necesitados de misericordia.

88. ¡Viva el que busca la justicia!

¡Felices los que tienen hambre y sed de justicia!
Los que abren sus ojos a la realidad del mundo,
y se rebelan plantando cara a la injusticia.
Los que no aceptan reglas injustas,
y denuncian los manejos
que perpetúan abusos y privilegios.
Los que comprenden el valor de la fraternidad,
y se la proponen como meta de su propio esfuerzo.
Los que son fieles al impulso de pronunciarse
contra las estructuras que oprimen y degradan.
Los que descubren el rostro deforme del mundo,
y se apresuran a cambiarlo desde sus raíces.
Los que aúnan voluntades

para conseguir que cada uno
tenga su sitio en la mesa de todos.
Los que sólo sentirán apagada su sed
cuando la equidad pueble nuestro planeta.
Los que proclaman que ella es posible aquí y ahora,
y dan cauce a la tarea ilusionada de lograrla.
¡Ellos obtendrán la justicia en plenitud!

89. ¡Viva el amante de la paz!

¡Felices los amantes de la paz!
Los que siembran luces y palomas
en todos los rincones de este mundo.
Los que cuidan el jardín interior
de su propio ser reconciliado.
Los que declaran puertas abiertas y reparten
el gesto amistoso, la sonrisa, el abrazo.
Los que claman desde las azoteas,
el año de gracia interminable del Señor.
Los que enlazan las manos en guirnalda,
para cantar audaces primaveras de paz.
Los que tienden puentes de diálogo entre las orillas enfrentadas.
Los que, hombro con hombro,
frenan el avance de las armas y las palabras de guerra.
Los que resisten, con fortaleza no violenta,
la provocación y las agresiones.
Los que pregonan
la paz urgente a todas las conciencias,
y levantan un arcoiris de paz universal.
Los que viven demostrando
que es mayor la fuerza del amor que la del odio.
¡Ellos serán llamados los hijos de Dios!

90. ¡Viva el que ha llorado!

¡Dichosos los que lloran!
Los que aprenden la ciencia de sufrir
al tiempo que abrazan con amor las heridas ajenas.
Los que saben convertir sus lágrimas
en consuelo para los demás.
Los que, habiendo compartido el llanto,
emprenden la tarea de buscar remedio.

Los que aceptan, sin odio ni revancha,
sus cicatrices y el dolor acumulado.
Los que, airosos, ascienden por los años curtidos en la prueba,
veteranos del sufrir.
Los que han cosechado reveses y desdichas
y aún regalan sonrisas e ilusiones.
Los que no abren la puerta al desaliento,
aunque su huésped habitual sea el fracaso.
Los que siembran el amor
y la ternura que les nace de su corazón.
Los que, desde su dolor asumido,
intentan ser el camino de esperanza hacia la Pascua de gloria.
¡Ellos recibirán consuelo y el mejor premio!

91. Dichosos los que se asombran del misterio

Dichosos los que pueden
asombrarse ante el misterio,
y mantienen intacta la sensibilidad
para percibir y reconocer,
con ilusión, la huella de Dios;
los que poseen la capacidad de sorpresa del niño.
Dichosos los que se saben incompletos
y aspiran, a partir de su indigencia y de sus dotes,
a superar la estrechez
volcándose en el caudal infinito de Dios.
Dichosos los que viven atentos
para acoger a Dios en sus múltiples mensajes
y responden a su diálogo.

Dichosos los que rehuyen medias tintas y evasivas;
los que afrontan la verdad con realismo
para ser consecuentes con su conciencia.
Dichosos quienes deciden vivir en comunión con todos,
los que aman las raíces de su solidaridad universal,
y comparten situaciones, bienes, dolores y alegrías.

Gracias a ellos, despierta y avanza la tierra nueva,
y Dios encuentra hueco en la historia de los hombres.

92. Bienaventurados

Señor, tú nos sorprendes y nos regalas una buena noticia:

Felices los pobres, los hambrientos, los perseguidos.
Esto nos parece tan raro que nos preguntamos
si no te habrás equivocado.
Y es que tu mensaje no entra en nuestras previsiones y cálculos.
Aquí, los pobres nunca han sido felices;
tampoco los no violentos, los de corazón transparente y limpio,
los que practican la justicia y construyen la paz.

Los felices siempre han sido los otros:
Los de las cuentas corrientes en bancos
y chalé de lujo en la sierra.
Los creadores de bolsas de pobreza
para hacer rentables sus negocios.
Los constructores de armas para controlar, someter y matar.
Los que no quieren que la justicia llegue a nuestra tierra,
porque temen perder el poder que les permite dominar.

Señor, hoy queremos proclamar contigo:
Dichosos los que creen en Dios y en el hombre.
Dichosos los que aman y respetan a Dios y al hombre.
Dichosos los que rompen cadenas y crean libertad.
Dichosos los que responden con la verdad a la mentira,
a la explotación con la justicia, a la violencia con la paz,
y al odio con el amor y la amistad.

Señor, haz que sean tantos los pobres felices,
los justos, los hambrientos, los pacíficos felices,
que no tengamos más remedio que darte la razón.
Dios de todos los hombres,
y en especial de los sencillos y de los pobres,
hoy queremos felicitar contigo
a los que se esfuerzan por hacer realidad
en nuestro mundo
las bienaventuranzas de Jesús;
queremos felicitar a todos
los que están empeñados en hacer
que el cielo lo empecemos a construir
y a disfrutar aquí en la tierra;
queremos felicitar a todos los santos.

93. Renueva mi vida, Señor

Oh Dios, tú eres mi Dios,
mi corazón se alegra en tu presencia.
Tú eres mi Padre,
mi corazón se goza en tu amor.

Oh Dios, tú eres grande,
tú eres cercano, eres amigo;
engrandece mi corazón con tu Espíritu,

llénalo con su presencia.

Toca lo más hondo
de mi ser con tu Espíritu de amor
y haz que lo sienta como la raíz de mi vida,
como el fundamento y apoyo,
como el manantial de donde me viene la vida,
la libertad y la verdad.

Oh Dios, que tu Espíritu me llene con sus dones;
que derrame en lo más hondo su paz y su amor;
que empape, que inunde mi vida con su gracia
y su sabiduría para que mi ser se alegre,
se sienta feliz.

Oh Dios, tú que eres mi Padre,
descúbreme el rostro de tu Hijo, tu Predilecto,
para que yo me sienta también hijo tuyo
en el Hijo amado,
para que tú veas en mí al hijo amado en el Hijo.

Oh Dios, te amo, te necesito.
Como el río que busca el mar
y la flor que tiende al sol,
así te busco, Dios mío. Sé tú, mi paz y mi bien.

94. Conviértenos a ti, Señor

Señor, quiero convertirme a ti...
no a mí,
no a ser yo mejor ...

Señor, quiero dejar de mirarme a mí,
y empezar a mirarte a ti..., mi Dios y
único Señor ...

Señor, quiero convertirme a ti, no a cambiar yo de vida,
con mis fuerzas y
con mis conquistas autosuficientes.

Señor, quiero convertirme a ti...
para que el centro de mi vida seas tú, sólo tú, mi Dios y Señor,
y me olvide de mis cosas y de mí...

Señor, quiero ocuparme sólo de ti...
de extender tu reino a los demás ...

Señor, quiero dejar de lado mi vida y mis intereses egoístas,
para interesarme sólo por ti, y servir humildemente a los demás.

Señor, conviérteme a ti,
a tu palabra, a tu presencia... ;

así dejaré de fiarme tanto de mis palabras,
de mis proyectos y de mis realizaciones ...

Señor quiero convertirme a ti,
dejar mis caminos y mis juicios humanos,
y empezar a caminar por tus caminos...

Señor, quiero que seas la única ocupación de mi vida,
que la obsesión de mi corazón seas tú, sólo tú.

Señor, quiero convertirme, día a día, más a ti,
en los pequeños detalles que constituyen mi trabajo diario.

Señor, ayúdame a convertirme a ti.
Yo solo no puedo
Tanto lo he intentado y siempre vuelvo
a quedarme encerrado en mí

Señor, ayúdame a convertirme a ti.
Sal a mi encuentro, alienta mi esfuerzo,
acoge mis pasos vacilantes.

Señor, ayúdame a empezar cada día,
sin desanimarme por la debilidad de ayer.
Hoy es un día nuevo, sin estrenar...,
y quiero convertirme a ti...

Señor, ayúdame a convertirme a ti...
Que sienta en mi corazón tu Espíritu,
como una luz
que ilumina mi camino hacia ti,
y que me impulsa con el calor de su amor...

Señor, conviérteme a ti...
Después del intento de cada día
sé tú mi hogar donde me encuentre contigo
al atardecer del día...

Señor, conviérteme a ti...
Sé tú mi descanso...,
mi sueño ...
mi amanecer de cada día...

Señor, conviérteme a ti...

95. Renuévanos por dentro

Señor, permanecen con nosotros, invariables,
las cosas viejas que almacenamos dentro.
Sacamos brillo a los afanes más torpes,
mientras gimen de herrumbre las mejores esperanzas.
Regamos el tronco añejo de nuestros ideales,
apuntalamos de emergencia sus ramas,
pero acallamos el dolor que asciende
de sus raíces ya secas por dentro.
¡Qué farsa deprimente declarar alegría,
cuando sólo tenemos luto y frío!
Pero Tú, Señor, fuente de juventud,
sigues viniendo para ofrecerte generoso a nuestras hambres.
Contigo cada día es posible estrenar primavera,
y abrirse al gozo ilusionado de la nueva vida.
Danos un corazón rejuvenecido
porque todos lo precisamos para obtener
la restauración de nuestro ser por dentro.

96. Gracias, Padre

Padre,
gracias porque tú nos enviaste a Jesús
para que enseñase a los hombres
a ser una gran familia unida,
libre, justa, pacífica y esperanzada.

Ayuda a tu Iglesia
a cumplir seriamente
este quehacer entre todos los hombres.
Haz que no le falten jóvenes y mayores
dispuestos a continuar trabajando por esta buena idea.

María,
tú sostuviste a Marcelino Champagnat en su esfuerzo
por lograr educadores y apóstoles
que animaran, sobre todo a los jóvenes y a los niños,
a seguir esta tarea que nos dejó Jesús.
Haz que ninguna comunidad de Maristas
que de verdad esté cumpliendo con su trabajo
se quede sin gente nueva para continuarlo,
mientras tú creas que es bueno para la Iglesia.

Jesús,
te pido que a los llamados de modo especial para seguirte
no les dé miedo.

Señor, si yo soy uno de los que quieres
para trabajar del todo en tus cosas, ¡adelante!
Estoy dispuesto.

97. Acción de gracias

Señor, Dios nuestro, hoy te queremos dar gracias
porque en Jesús te has revelado
como un Dios Enteramente Bueno.

En esto no te pareces a nosotros,
en esto te diferencias de todas las imágenes
que, sublimándonos, nos hacemos los hombres de ti.

Tú amas todo lo que has creado;
has establecido con nosotros una alianza eterna
y nada podrá quebrantarla.

Por eso no te enfureces con nuestros pecados
ni tomas venganza de los que obran el mal,
no matas a los que matan
sino que los proteges, como a Caín, de sus vengadores.
Porque eres enteramente bueno,
haces salir el sol sobre justos y pecadores.

Es que amas a cada uno
y no quieres la muerte del pecador
sino que se convierta y viva.
A todos nos perdonas los pecados
y haces sentar a la misma mesa al que llegó a última hora
y al que trabajó desde el amanecer.

Te damos gracias porque en todo esto
te revelas como Enteramente Bueno.

Estás tan apartado del mal,
estás tan ajeno a todos los mecanismos del mal,
que ni siquiera castigas a los transgresores
para no añadir violencia a nuestras violencias.

Tú no tienes el poder de matar
porque ese no es un poder divino.
Tu poder es amar sin medida
crear, sanar, perdonar
y hasta triunfar de la muerte.
Tu justicia no es tasar y medir
sino hacernos justos
y reconciliarnos por fin en esa justicia de vida.

Dios nuestro, estamos contentos de que tú seas nuestro Señor
y, puesto que nos hiciste a tu medida,
danos un corazón generoso como el tuyo.

98. Hoy te damos gracias

Señor, Dios de la vida y de cada amanecer,
nuestro canto brota del corazón agradecido.
Tuyo es el título de Padre de los hombres,
nuestro, el gozo de sentirnos hijos tuyos,
de adivinar tu mano previsor.

Hoy, te damos gracias, Señor, por tu largueza,
por el número incontable de tus dones.
Gracias por Jesús, tu Hijo y nuestro hermano,
por su presencia y acción en nuestra historia,
por estar con nosotros.
Gracias por sentarnos juntos en tu fiesta,
por contarnos entre los invitados a tu mesa de júbilo.
Gracias por el pan y el vino que gustamos,
en la alegría de compartirlo en tu familia
y en la certeza de anticipar la nueva humanidad.

Gracias por el abrazo cálido de hermanos,
por la paz que tú ofreces a todos,
por el amor con que distingues a los tuyos,
como prenda y señal de nuestra comunión.

99. Gracias, Padre

Padre, de ti procede todo don.
Te agradecemos el don de la vida,
el don de la fe,
el don de la vocación cristiana,
el don de la vocación educadora.

Tú nos has llamado a seguir más de cerca a tu Hijo Jesús
viviendo más radicalmente el evangelio.
Tú pones en nosotros el sí de la entrega;
danos la generosidad necesaria para vivirla.
Queremos que todos los hombres te descubran a ti
y a Jesucristo a través del testimonio de nuestra vida.

Una vida de pobreza,
hecha libertad, austeridad, comunión con los hermanos,
solidaridad con los más necesitados.
Una vida de búsqueda de tu voluntad.

Una vida de castidad por el reino,
expresado en un amor no dividido a Jesucristo
y, en él, por él y con él a todos los seres de la humanidad.
Haznos testigos visibles de tu amor,
invitación a la adoración y a la alabanza,
noticia y anticipación de tu justicia,
de tu paz, de tu misericordia.

Servidores cercanos, como tu Hijo,
de los pobres, de los que sufren, de los niños...
Danos tu amor y tu gracia. Eso nos basta. Amén.

100. Gloria a Dios

Gloria al Dios del reino de los pobres,
aliento de los que buscan la verdad;
luz de una mañana reflejada
en la justicia, fuente de vida,
reconciliación y libertad.

Hacia ti, Señor de todo amor,
suba nuestro canto bendiciendo
al Padre de nuestra historia,
alfa y omega de la humanidad.

El océano, los montes y los cielos
pregonen sin cesar
tu sublime majestad;
hiciste a la mujer y al hombre
a imagen tuya. Pusiste todo bajo sus pies.
Levántate, amigo, que nuestro trabajo
sea comunión, justicia y lealtad

Gloria a Jesús de Nazaret,
Dios con nosotros,
profeta que proclama conversión.
La justicia abre y cierra el evangelio,
lo envuelve, lo impulsa, lo caracteriza
compartiendo la mesa y repartiendo
a manos llenas dulzura y santidad.

Gloria al Espíritu que nos empuja
al compromiso de una nueva sociedad,
sin ídolos de barro, sin miedos,
libres de toda atadura.
Festín de bodas, ven y verás,
en la hora postrera, todo es amor y caridad.

Gloria a ti, Padre de misericordia,
por Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro,
en el Espíritu, don que guía nuestros pasos
por un camino de vida en fraternidad.

101. Bendito seas, Señor

Señor, nuestro corazón rebosa de agradecimiento por tantos dones y bendiciones tuyas como recibimos cada día.

No bastaría el canto del corazón y de los labios, si no pusiéramos nuestra vida a tu servicio, para darte testimonio con nuestras acciones. Por eso hoy queremos cantarte:

A ti la gratitud y la alabanza.
Tú nos has sacado de la nada
y nos has hecho hijos tuyos;
nos has hecho felices con tu amor y tu presencia.
No te conocemos bien ni conocemos,
con frecuencia, nuestras necesidades.
Pero tú, Padre, nos conoces por entero.
Somos incapaces de amarnos como tú nos amas.
Por este amor que nos regalas
y por el amor que ponemos a nuestro alrededor,
proclamamos tu bondad.

Tú, Señor, nos has creado con un corazón grande para que sea para ti;
y lo será si lo entregamos a nuestros hermanos.
Señor, estar ante ti
es lo mejor que a uno le puede ocurrir.
En este momento nos presentamos ante ti.

Acéptanos cuando y como quieras.
Haz de nosotros según tus deseos.
Tú eres nuestro y nosotros somos tuyos.
Honor, gloria y alabanza para ti,
por los siglos de los siglos.

102. Te alabo, Padre

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes,
y se las has revelado a los pequeños.
Sí, Padre, pues tal ha sido tu voluntad.
Todo me ha sido entregado por mi Padre,
y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre;
y quién es el Padre sino el Hijo,
y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.
Señor Jesús, que te revelas en cada hombre,
maniféstate en mis hermanos, en mis alumnos,
en los que comparten conmigo vida y trabajo,
y haz que sepa descubrirte en ellos
y ver en su rostro de alegría o de dolor,
de preocupación o de paz,

tu presencia de hermano que sufre y se alegra
con cada uno de nosotros.
Señor Jesús, revélate en tus pequeños;
manifiéstate y que yo descubra tu presencia en todos,
especialmente en los humildes y en los pobres.
Señor Jesús, dame un corazón sencillo y humilde,
para que me acerque a ti y a tus predilectos, los sencillos,
y en ellos te reconozca vivo y presente hoy.
Señor Jesús, aquí estoy contigo,
en unión de los que sufren desde el silencio
o gozan en la fiesta compartida.
Unido a los que son felices con tus preferidos, los niños,
y a los que se agobian con el futuro incierto
o el presente sin sentido de los suyos.
Estoy aquí, Señor, y en mi corazón
quiero hacerte presentes a cuantos me precedieron
y fueron mis maestros en la vida marista
y a todos los que comparten conmigo
sus inquietudes y sus preocupaciones;
sus alegrías y sus luchas; sus éxitos y sus fracasos.
Aquí estoy, delante de ti, Señor, con ellos y contigo.

103. Oración de alabanza

Os doy una señal inconfundible,
que os sirva de carnet de identidad
que se vea enseguida la verdad
de tantos pensamientos invisibles.
No es un dogma o ley reconocible,
no es un rito a crecer en santidad
o exigencia mayor de austeridad,
mi oración misteriosa, incomprensible.
Está en el corazón y está en la mente,
mi signo es el amor, amor entero,
amarse sin medida, mutuamente,
amarse como yo os amé primero;
y que os lavéis los pies unos a otros
tal como yo os lave antes a vosotros.

Sólo os pido que os améis;
no hacen falta otras leyes ni otros ritos;
que os améis unos a otros,
que multipliquéis los encuentros, las ternuras,
los abrazos y los besos,
y que pongáis en común lo que tenéis, lo que sois;
que dialoguéis, os entendáis.
Sólo quiero que os queráis.
Quiero, amigos míos, que os sirváis,
que os lavéis los pies unos a otros,
que os acompañéis y os ayudéis a caminar;

que os curéis mutuamente las heridas;
que os perdonéis y que no dejéis a nadie solo.
Daos el tiempo que haga falta.
Regalaos mutuamente algún detalle, cosas, gestos,
como signo de amistad y de presencia,
como yo hice con vosotros;
que lleve vuestra marca y vuestro espíritu;
regalaos en todo a vosotros mismos,
como un pequeño «sacramento»;
el amor es siempre gracia y presencia.
Ya sólo vale el amor.
Pero como una condición,
una pequeña circunstancia que debéis tener en cuenta:
que vuestro amor sea como el mío,
que os sirváis y que os améis, como yo lo hice con vosotros.
Y más nada.

104. «Corpus Christi»

Todo fue así, tu voz, tu dulce aliento
sobre un trozo de pan que bendijiste,
que en humildad partiste y repartiste
haciendo despedida y testamento.

«Así mi cuerpo os doy en alimento...»
¡Qué prodigio de amor! Porque quisiste,
diste tu carne al pan y te nos diste
Dios, en el trigo para sacramento.

Y te quedaste aquí, patena viva,
virgen alondra que le nace al alba
de vuelo siempre y sin cesar cautiva.

Hostia de nieve, nube, nardo, fuente,
gota de luna que ilumina y salva.
Y todo ocurrió así, sencillamente

Sencillamente, como el ave cuando
inaugura, de un vuelo, la mañana;
sencillamente, como la fontana
canta en la roca, agua de luz manando;

sencillamente, como cuando ando,
como cuando tú andabas la besana,
cuando calmabas sed samaritana,
cuando te nos morías perdonando.
Sencillamente. Hora de paz. ¡Qué leves
tus manos para el pan, para el amigo!
cena de doce y Dios. Noche de jueves.

Y era en Jerusalén la primavera.
Y era blanco milagro ya aquel trigo.
Sencillamente: «Este es mi cuerpo». Y era.

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ilesa;
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

Otro milagro, ¿ves? Él, que no tiene
ni tamaño ni límites, no cesa
nunca de recrearnos la sorpresa
y ahora en un aro de aire se contiene.

105. Gracias, Señor, por la eucaristía

Gracias, Señor, por la eucaristía...
Gracias, Señor, porque deseabas ardientemente
celebrar la pascua con nosotros...

Gracias, Señor, porque en la última cena
partiste tu pan y tu vino en infinitos trozos,
para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias, Señor, porque en el pan y en el vino
nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia...
Gracias, Señor, porque nos amaste hasta el final,
hasta el extremo que se puede amar... morir por otro....
dar la vida a otro...

Gracias, Señor, porque quisiste celebrar tu entrega,
en torno a una mesa con tus amigos,
para que fuesen una comunidad de amor contigo...

Gracias, Señor, porque nos dijiste que celebrásemos
la eucaristía en memoria tuya...

Gracias, Señor, porque en la eucaristía nos haces uno contigo,
nos unes a tu vida, en la medida
en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque en cada eucaristía podemos
celebrar y renovar nuestra vivencia en comunión,
con todos los hermanos que compartimos tu pan y tu vino...
y con todos los hombres...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser

una preparación para celebrar y compartir la eucaristía...

Gracias, Señor porque compartir la eucaristía
nos lleva a compartir la vida, el trabajo, el dolor y la fiesta...

Gracias, Señor, porque podemos celebrar la eucaristía
todos los días...
Gracias, Señor, porque todos los días
puedo volver a empezar ...,
y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos,
y mi camino de transformación en ti.

Gracias, Señor, por esta eucaristía...

106. Eucaristía

¿Quién te ha atado, Señor, a esta cadena,
a esta blanca cadena de la harina,
a este disfraz de pan, vianda divina
de misterio y deleite toda llena?

¿Quién te trajo por mesa tan ajena
de la deidad donde tu ser culmina,
para ocupar en la escasez mezquina
el puesto del manjar en nuestra cena?

¡Quién fue sino el Amor, y un amor tanto
que no cabe en la mente estremecida,
supera nuestro asombro y nuestro espanto!

¡Y sólo puede el alma conmovida
ablandar esta harina con su llanto
y alimentar con este Pan la vida!

107. El pan y el vino

Bendito seas, Señor, Dios nuestro, rey del universo,
que haces brotar espigas en los campos de trigo
y racimos de uva en los llanos y recuestos.
Gracias a tu bondad, no nos falta el alimento

Tú nos sacias con pan y vino,
fruto del trabajo compartido por el hombre y la mujer.
Bendito seas porque nos has dado la vida
nos la conservas y a todos das sustento.

Éste es el pan de cada día,

extraído de los granos de trigo
para que los comensales lo saboreen
sabroso, crujiente, partido y repartido.
Éste es el pan de los pobres, pan de vida,
sólido en su firmeza, tostado por el fuego,
comparable a nuestros cuerpos.
Bendito seas, porque el pan es comida de hermandad
festín nupcial de los que buscan la verdad.

Éste es el vino extraído de los granos de uva
para que los comensales lo beban
como signo de triunfo, alegría y esperanza.
Es vino del Espíritu, comparable a la sangre.
Bendito seas por permitimos renovar la nueva alianza.
Y jalonar los días de trabajo con fiestas anticipadoras
de un banquete de bodas, con cantos y con danzas.

108. Oración de adviento

Te damos gracias, Padre, por Jesús, tu Hijo.
Te damos gracias en este tiempo de adviento,
porque Jesús viene en medio de nosotros,
para sembrar en nuestro mundo vida y esperanza.
Enséñanos, Padre, a preparar sus caminos;
enséñanos a reconocerlo en cada hombre
y en cada acontecimiento,
y sobre todo en los pobres
y en todos los que están necesitados de liberación;
enséñanos a descubrirlo muy cercano,
muy dentro de nosotros, en la oración confiada.
Padre, a ti levantamos nuestro corazón:
transfórmalos, renuévalos,
que brille tu rostro sobre nosotros.
Padre, danos tu amor,
a nosotros y al mundo entero.
Por Jesús, tu Hijo, nuestro hermano,
que viene en medio de nosotros.
Ven, Señor Jesús.

109. ¡No tardes!

Ven, Señor,
a restaurar la obra de tus manos:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a avivar la esperanza en los corazones:

¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor, a traernos tu salvación:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a cumplir las promesas de los profetas:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a sentarte a nuestro lado:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a llenarnos de alegría:
a ser la luz de nuestro camino:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a mostrarnos los caminos de la libertad:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a todos los que te esperan:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

110. ¿No oíste sus pasos silenciosos?

¿No oíste sus pasos silenciosos?
él viene, viene, viene siempre.
En cada instante y en cada edad,
todos los días y todas las noches.
Él viene, viene, viene siempre.

He cantado muchas canciones y de mil maneras,
pero siempre decían sus notas:
él viene, viene, viene siempre.

En los días fragantes del soleado abril,
por la vereda del bosque,
él viene, viene, viene siempre.
En la oscura angustia lluviosa de las noches de julio,
sobre el carro atronador de las nubes,
él viene, viene, viene siempre.

De pena en pena mía,
son sus pasos los que oprimen mi corazón,
y el dorado roce de sus pies
es lo que hace brillar mi alegría
porque él viene, viene, viene siempre.

111. Oración de navidad

La luz de la navidad nos llama también a nosotros,
Jesús, hermano, hijo de María, Hijo de Dios.
Nos llama como llamó a los pastores desconcertados,
y como llamó a los magos
para hacerles emprender aquel largo camino.
Porque en Belén, en tu carne tan débil,
en tu rostro de niño
que aún no ha aprendido a mirar al mundo,
nosotros vemos reflejado todo el amor de Dios.
En tu carne, está aquel amor, aquella ternura,
aquella esperanza confiada
que sólo Dios es capaz de dar.
En tu carne,
Dios se ha hecho uno de los nuestros,
y eso es lo más grande que nadie
haya podido nunca llegar a soñar.
Contemplándote aquí, acostado en el pesebre,
acompañado del amor de María y José,
queremos poner en tus manos
nuestras ilusiones y nuestros temores,
nuestro deseo de fidelidad y también nuestro mal.
Y queremos poner también al mundo entero:
a los que más queremos y a los que no conocemos,
a los de cerca y a los de lejos;
y sobre todo, a los que más sufren.
Jesús, hermano, hijo de María, Hijo de Dios,
danos el calor de tu amor,
llena el mundo entero con el calor de tu amor.

112. ¿La navidad sin Cristo?

Belén y navidad es puro encanto,
por dentro y por fuera gozo pleno,
amor, felicidad, ambiente ameno,
hermoso villancico, todo canto.

La base de este ambiente limpio y santo
es Cristo, Dios y Hombre, Jesús bueno,
nacido de María, en cuyo seno

surgió la luz, cesó el mal y el llanto.

La navidad sin Cristo es un engaño,
camelo, falsedad y fantasía.
Es fiesta toda chata, sin tamaño.

-Oh, cuánto mal supone y cuánto daño
vivir así, sin Cristo, sin María
en navidad! ¡También durante el año!

113. Credo de navidad

Creo en la bondad humilde de José de Nazaret
y en la fe, desbordada, de María.

Creo en la pobreza del portal
con un buey y una mula, y aun sin ellos.

Creo en el anuncio de los ángeles, presencias múltiples de Dios
donde estén la verdad, el amor y la belleza.

Y el gozo compartido de los pobres pastores
que sueñan ilusiones y viven de esperanzas.

Creo en la estrella peregrina y mensajera
y en los magos inquietos y tenaces,
que siempre encuentran la luz cuando la siguen
asomada a la inmensa maravilla
de Dios entre los hombres.

Creo en los caminos que llevan a Belén.
Creo en las estrellas, más curiosas y despiertas que nunca
en el cielo madrugador de la Nochebuena.

Creo en la alegría natural,
en la clara amistad entre los hombres,
nacida de repente

o crecida a ritmo de cosecha.

Creo en la sorpresa virgen y fértil de los niños.

Creo en la ternura de los hombres.

Creo en el amor,
difícil e inseguro, pero cierto,
muestra gratuita de Dios,
ángel,
estrella,
belén de su hermosura generosa.

Creo en Jesús, hombre perfecto,
Hijo de Dios, Dios perfecto a la altura del hombre.

114. Con mis manos haré, Niño, tu cuna

Pues que el llanto te anuncia,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.
Para que ese pesebre
frío y desnudo,
donde cada diciembre
vienes al mundo,
tenga ardores de sol,
besos de luna,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

Para que el hombre sepa
dónde encontrarte
tantas noches sin techo,
sin luz y al aire,
y a acunar sus dolores
contigo acuda,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

Con estas toscas manos.
para que sacies
tanta sed de justicia
y tantas hambres
y seas para el hombre
tú su fortuna,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

A morar en la tierra
baja, mi Dios, sin miedo,

que a espaldas de la noche
vela mi amor tu sueño.

115. Un sitio en el corazón

Parece que va llamando
de puerta en puerta,
porque no encuentra cobijo,
no, no lo encuentra.

Calla la nieve. El silencio
de las sombras se apodera.
Ya la escarcha cubre el sueño
con alas de blanca seda,
pero no encuentra cobijo,
no, no lo encuentra.

Antes de que, arrebatada,
el alba la nieve hiera
y deje de ser la escarcha
manto de líquidas perlas,
porque no encuentra cobijo
tal vez él llame a tu puerta.

(¡Vela, corazón,
para que no te duermas!).

¡Qué gozo saber que aún sigue
llamando, que la cancela
de tu corazón está
permanentemente abierta
para que sea belén
y cuna del Dios que llega,
porque no encuentra cobijo
para nacer, no lo encuentra!

116. Jesús, tú viniste...

Jesús, tu viniste a la tierra
a ser el rostro humano de Dios entre nosotros,
a enseñarnos a ser personas y vivir como hermanos,
a testimoniar que el amor es más fuerte que todo.

Danos a entender que la alegría se multiplica
cuando se comparte con los otros,
que la paz es fruto del convivir en la justicia,

que podemos ser felices viviendo la fraternidad.

Danos comprender que una verdad
es menos importante que cualquier hermano,
que hacernos servidores y ponernos los últimos
es alcanzar el primer lugar en tu corazón,
y que toda sonrisa brindada a los demás
hace florecer un rincón de tu reino en la tierra.

Ayúdanos a perdonar y a volver a confiar,
a ser generosos y a amar según tu medida.

Que nuestro amor fraterno
haga presente a Dios en medio de nosotros.

117. Ante Jesús

Cuando te miro, buen Jesús,
adviento en ti el amor del más querido amigo
Y siento que, al amarte yo, consigo
el mayor galardón, el bien más cierto.

Este amor tuyo -bien lo sé- produce
sufrimiento y exige coraje,
mas a tu gloria, en este duro viaje,
sólo el camino del dolor conduce.
Feliz en el dolor mi alma se siente:
la cruz es mi alegría, no mi pena;
es gracia tuya que mi vida llena
y me une a ti, Señor, estrechamente.

Si quieres añadir nuevos dolores
a este viejo dolor que me tortura,
fina muestra serán de tu ternura.
Porque a ti me asemejan redentores.

Déjame, mi Señor, en este frío
y en esta soledad, que no me aterra:
a nadie necesito ya en la tierra,
en tanto que tú estés al lado mío.

¡Quédate, mi Jesús! Que, en mi desgracia,
jamás el corazón llore tu ausencia:
¡que todo lo hace fácil tu presencia
y todo lo embelleces con tu gracia!

118. Has pasado por mi vida, Señor

Señor, tú has pasado por mi vida,

has llamado a mi puerta, has pronunciado mi nombre,
y yo he escuchado tu voz.
A veces ha cubierto mi corazón
una nube que me impedía verte y me sentía perdido.

Pero te has acercado una vez más
y me has dicho como a Pedro:
«No tengas miedo: soy yo».

Cuando tú te muestras, Señor,
la luz brilla con toda su fuerza,
y todo el paisaje, el de fuera y el de dentro,
parece nuevo, como recién creado.
Y el corazón responde: «Aquí estoy, Señor».
O simplemente: «Gracias».

Es el momento de recomenzar la marcha
cargando, con nueva ilusión, con el peso de cada día,
porque tú vas delante señalando el camino
siendo el camino, ofreciendo tu ayuda sin condiciones.

Tú suscitas en la raíz más honda de mi ser
el gozo de sentirme seguidor tuyo,
y esto es siempre un estímulo para avanzar,
aunque el camino sea empinado y los hombros débiles.

Tu yugo es suave y tu carga ligera.
Lo sé porque lo has dicho tú
y lo sé porque me lo has hecho experimentar muchas veces.

Señor, otra vez me llamas.
Ayúdame a responderte: «Aquí estoy».
Pero no con palabras fáciles sino con la actitud profunda
que da sentido a toda mi historia.
Señor, que hoy, y cada día,
sea de verdad discípulo tuyo.

119. Tu amor ha sido derramado en mi corazón

Yo creo, Señor, que tu amor ha sido derramado en mi corazón.
Creo en tu amor vivo en mí y me abandono en tus manos.

Gracias porque tu Espíritu me inunda, me llena, me da vida.
Te alabo y te doy gracias porque moras en mí,
porque eres un Dios escondido.

Te llamo Padre,
te llamo y te pido que derrames tu Espíritu en mí,
para que él ore en mí,
para que él guíe los pasos de mi encuentro contigo.

Yo sé, Señor, que soy tu templo.
Me siento feliz y dichoso porque habitas en mí,
porque has puesto en mí tu casa, tu morada.

¡Soy tu tienda!
!Señor, eres tan cercano, tan entrañable, tan profundo!
Déjame habitar en tu casa, como tú habitas en la mía.

Quédate conmigo; estáte, Señor,
conmigo en mi pobre corazón.
Señor Jesús, Tú vives en mí. Tú eres mi vida plena.

Señor Jesús, que la vida de tu Espíritu
penetre toda mi existencia.
Señor Jesús, que el hombre viejo muera en mí
y que sólo vivas tú en mi vida;
Tú que eres el hombre nuevo.
Tú vives en mí; tú eres vida en mí.

Oh Dios, en ti pongo mis ojos.
Te miro dentro de mí.
Oh Dios, tú eres un Dios escondido.
Quiero esconderme en ti.

Oh Dios, en Cristo Jesús, camino hacia ti,
quiero llegar a tu corazón de Padre
y esconderme en lo escondido de tu morada.

Mi vida, Señor, oculta está con Cristo en ti.
Yo te amo, Jesús. Te amo en el fondo de mi corazón.
Yo te amo y me uno a ti y cuento contigo.
Te amo y me alegro porque el Padre me ama.
Soy feliz con el amor del Padre.

Yo sé que moras con el Padre,
en tu Espíritu, dentro de mí. Gracias por vivir en mí.
Soy dichoso al saberme amado,
amado por ti, por el Padre, por tu Espíritu.
Contigo estoy, Señor.

120. En vela cada noche

Cada noche, Señor, nos acercamos con sonrojo
a las puertas del perdón caliente de tu casa.
Siempre tienes luces encendidas,
la mesa prevenida y tú esperando.

Penoso balance es sentir el vacío
en las manos y el frío árido del alma.
Pero cada noche, Señor,
acudes a tu puerta y nos llamas,

con los brazos abiertos,
desde la oscuridad de cada rebeldía,
desde el camino tortuoso de nuestros egoísmos,
desde la soledad de nuestro corazón desierto.

Atizas el fuego del hogar,
dispones la acogida y el abrazo,
sin saldo de cuentas atrasadas,
pasando por alto detalles y agravantes...
Te basta el gesto humilde y la presencia arrependida.

Cada anocheecer, Señor, vistes de júbilo
nuestro corazón reconciliado; y tu voz presurosa
nos convoca a fiesta y alegría,
a la tarea de amar, borrado ya el pasado.
Sigue siendo, Señor, en cada noche,
el Padre en vela que ama, perdona y siempre espera.

121. Al encuentro del Señor

Alguien dijo encontrar a Dios en la naturaleza.
Y yo corrí hacia el mar, crucé campos y senderos,
miré en espigas y en flores. Todos hablaban de Dios,
de su poder, de su cuidado y esmero.
Pero no vi a Dios, no estaba allí.
Sólo había noticias de él, rumores y recuerdos.
«Pregunta a los sabios de Dios», dijeron otros.
Busqué al místico, al teólogo y al lama;
acudí a templos y monasterios.
Escuché santas ideas, comentarios, oraciones, sentimientos...
Ellos vivían con Dios, pero yo no logré verlo.

«Dios bajó hace ya tiempo; busca en los barrios,
en la lucha del hombre por el hombre», sugirieron.
«Busca en la selva, en la cárcel, en chabolas ...».
Y sólo hallé recuerdos, recuerdos de algo que él dijo,
de interpretaciones, de ideas y de sueños.
Pero Dios no estaba allí; se fue hace tiempo.

Entonces, desencantado,
creí que no estaba en ningún sitio,
o que estaba demasiado lejos.
Y busqué en mi corazón otros asuntos;
que siguiera Dios allá en su cielo.

Al mirar allí, en mi corazón,
sentado entre injusticias y entre miedos,
entre dudas, rencores y esperanzas,
entre buenos y malos sentimientos,
estaba Dios, sentado y esperando.
No estaba en la tierra ni en el cielo.

Me fui a contárselo a la gente,
a gritar mi gran descubrimiento.
Y me encontré que Dios estaba en las montañas,
en las flores y en los monasterios,
en los barrios, en la cárcel, en la iglesia,
en la Biblia, en el cine y en los cuentos.
Resultó que Dios estaba en todos los sitios
Cuando lo había encontrado dentro.

122. ¿Dónde está Dios?

¿Dónde está Dios? Se ve, o no se ve.
Si te tienen que decir dónde está Dios,
Dios se marcha.
De nada vale que te digan
que vive en tu garganta.
Que Dios está en las flores y en los granos,
en los pájaros y en las llagas,
en lo feo, en lo triste, en el aire, en el agua.

Dios está en el mar y a veces en el templo.
Dios está en el dolor que queda
y en el viejo que pasa,
en la madre que alumbró nuevas vidas,
y en la torre de la mezquita blanca.
Dios está en la mina y en la plaza.

Es verdad que está en todas partes,
pero hay que verle,
sin preguntar dónde está
como si fuera mineral o planta.

Quédate en silencio, mírate a la cara.
El misterio de que veas y sientas, ¿no basta?

Pasa un niño cantando, tú le amas,
ahí está Dios.
Le tienes en la lengua cuando cantas
y cuando preguntas dónde está,
esa curiosidad es Dios, que camina
por tu sangre amarga.

En los ojos le tienes cuando ríes,
en las venas cuando amas,
ahí está Dios, en ti,
pero tienes que verle tú,
de nada sirve que te lo señale,
que te diga que está en la ermita, de nada,

has de sentirlo tú,
trepando, arañando, limpiando las paredes
de tu casa.

De nada vale que te diga que está en las manos
de todo el que trabaja,
que se va de las manos del guerrero,
aunque éste comulgue o practique
cualquier religión, dogma o rama;
huye de las manos del que reza y no ama,
del que va a misa y no enciende a los pobres
velas de esperanza;
suele estar en el suburbio
hasta altas horas de la madrugada,
en el hospital, en la casa enrejada.

Dios está en eso tan sin nombre que se sucede
cuando algo te encanta,
pero de nada vale que te diga
que Dios está en cada ser que pasa.

Si te angustia ese hombre
que se compra alpargatas;
si te inquieta la vida del que sube y no baja;
si te olvidas de ti y de aquellos,
y te empeñas en nada,
sin que una angustia se te enquistase
en la entraña;
si amanece un día silbando a la mañana
y sonrías a todos y a todos das las gracias,
Dios está en ti, debajo mismo de tu corbata.

123. Estoy ante ti, Señor

Aquí estoy, Señor de mis utopías y mis fracasos.
Aquí estoy ante ti con un afán sincero de acercarme a tu vida.

Me siento feliz por la fe que me has dado
y el amor con que me amas.
Quiero crecer, superarme,
tocar la altura y lo profundo.

Quiero, Señor Jesús,
dar a mi vida el estilo de la tuya
y hacer del Evangelio un camino de libertad.

Te abro mi corazón tan frágil e inconstante;
te abro mi corazón tan pobre, vacío e inseguro.
Oh Dios, lléname de tu presencia con la fuerza de tu Espíritu.

Te pido me des el don de la oración,
el don de saber acercarme a ti.
Te pido me des el gusto por tu palabra de Vida.

Oh Dios, que mis ojos vean tu rostro
y mis manos palpen tus huellas.
Hazte presente en mi vida
y da nuevo rumbo a mi existencia.

Aquí estoy,
aquí me tienes como arcilla en tus manos:
Moldéame y haz la obra que soñaste conmigo.

124. Camino contigo, Señor

Contigo, Señor Jesús, voy en la barca.
A veces el mar de mi vida se levanta bravo,
y la tempestad juega con mí barco.
La borrasca, Señor, de mis miedos y fracasos;
la borrasca, Señor, de mis inseguridades;
la borrasca, Señor, de mis conflictos y tensiones.

Despierta, Señor, ven en mí ayuda.
Despierta, Jesús,
y conduce mi barca
que zozobra en la tempestad.

Manda, Señor,
que las olas se rompan ante tu presencia;
tú que eres el Señor y el Salvador de los hombres.

Dame fe, Señor Jesús,
para que cuente contigo,
para que me fie de ti,
para que me abandone en la seguridad
de tu amor y misericordia.

Dame tu Espíritu
para que mi fe sea firme como la roca.
Señor Jesús, contigo no tengo miedo
porque tú me conduces,
porque eres mi Pastor y nada me falta.

Tú das a mi alma paz y sosiego,
tu luz y tu ternura.
Conforta mi pobre corazón.

Señor Jesús,
aunque pase por valles tenebrosos,
aunque pase por noches oscuras,
guíame por el sendero que conduce a la vida.
Nada temo, porque tú vas conmigo.
Tu vara y tu cayado me dan seguridad.
Yo sé que eres bueno
y que unges mi corazón con tu gracia.

Rebosa mi copa con el don de la fe;
llena mi vida con el don de tu Espíritu.
Tu gracia y tu bondad, Señor,
me acompañaron siempre
a lo largo de mi vida.

Tú serás siempre mi morada, mi refugio,
mi casa donde me cobijo.
Señor Jesús,
guía mi vida, fortalece mi fe,
ilumina mis noches,

Gracias, Señor,
porque contigo el camino se hace llano
y nada me falta.
Eres mi pastor,
eres mi guía,
eres mi maestro.

125. Aquí estoy, Padre

Aquí estoy, Padre,
ante tu Hijo colgado del madero de la cruz.
Estoy en silencio, Padre,
como tú también lo estás.

Como tus ojos contemplan a tu Hijo, clavado en alto,
yo también, Padre,
quiero poner mis ojos en el Crucificado.

Padre, no entiendo nada
y te digo con Jesús, tu Hijo,
que por qué le has abandonado,
por qué le has dejado solo.

Acepto, Padre, tu voluntad para con tu Hijo Jesús.
Y creo de corazón que éste es el camino,
éste es el proyecto
que tú le entregaste para salvación del hombre.

Padre, fortaléceme en la fe

para que acepte lo que no comprendo;
dame un corazón sencillo, humilde,
para que vea en tu Hijo crucificado una obra de amor:
la obra más bella, jamás realizada.

Padre bueno y misericordioso,
que has tenido compasión de nosotros
entregando a tu Hijo a la muerte,
y una muerte de cruz;
dame un corazón capaz de responder a tu amor
hasta el extremo,
amando a tu Hijo
entregado por nosotros hasta el extremo.

Oh Dios, enséñame que tus caminos
no son nuestros caminos;
Que tus planes no son nuestros planes;
que tus proyectos van más allá de los nuestros.

Oh Dios, cercano a los hombres en Jesús,
gracias, porque por medio de tu Hijo crucificado
nos has perdonado;
gracias, porque en tu Hijo crucificado
se ha manifestado tu gloria,
tu gracia, tu vida, tu amor y lealtad.

Gracias, Padre.
Estoy aquí ante el Crucificado
y siento en él tu amor inmenso por mí,
Estoy aquí y siento presente tu corazón de Padre
abierto de par en par,
chorreando luz y amor,
en tu Hijo crucificado.

Gracias, Padre, por el don de tu Hijo;
gracias, Padre, porque en tu Hijo crucificado
nos has dado un hermano mayor.

Gracias, Padre,
porque has estado grande con nosotros
y estamos alegres.
Te alabo, te bendigo, porque nos has salvado.
Gracias.

126. Me has llamado, Señor

Señor,
me has llamado a la existencia con un designio preciso,
me has hecho conocer lo importante de mi vida,
me has dado una vocación.

Tú me has llamado y quiero responderte decidido,
tú me has escogido y quiero seguirte con ilusión.
Me llamas a ser testigo tuyo, percibo lo que debo ser,

conozco lo que debo hacer, necesito tu ayuda
para vivir como tú quieres.

Tú me llamas a vivir con los demás,
a descubrirte con los demás, a encontrarte con ellos.
Tú me llamas a tomar en serio el tiempo,
la vida, el hombre, el amor.

Es tu discípulo quien te ve en los demás y los ama,
quien te ve en los demás y los perdona,
quien te ve en los pobres y hace algo por ellos.

Tú me llamas cada día, llamas a todo hombre,
al que está triste, al soberbio, al grande,
al que ostenta poder, al pequeño, al débil.
Tú me llamas siempre,
cuando lloro y cuando sufro, cuando trabajo y cuando amo,
me llamas en la libertad.

Tú, que estás conmigo en todo cuanto hago,
tú que conoces el corazón de cada uno,
ayúdame a vivir mi consagración,
junto a mis hermanos de comunidad
y acompañados siempre por tu Madre
y nuestra Madre. Amén

127. En tus manos, Señor

En tus manos, oh Dios, me abandono.
Modela esta arcilla, como hace con el barro el alfarero.
Dale forma y después, si así lo quieres, hazla pedazos.

Manda, ordena, ¿qué quieres que haga, Señor?
Elogiado y humillado, perseguido, incomprendido y calumniado,
consolado, dolorido, inútil para todo,
sólo me queda decir a ejemplo de tu Madre:
“Hágase en mí según tu palabra”.

Dame el amor por excelencia, el amor de la cruz;
no una cruz heroica, que pudiera satisfacer mi amor propio:
sino aquellas cruces humildes y vulgares,
que llevo con repugnancia.

Las que encuentro cada día en la contradicción,
en el olvido, el fracaso,
en los falsos juicios y en la indiferencia,
en el rechazo y el menosprecio de los demás,
en el malestar y en la enfermedad,
en las limitaciones intelectuales y en la aridez,
en el silencio del corazón.
Solamente entonces tú sabrás que te amo,
aunque yo mismo no lo sepa.
Pero eso basta.

128. Me has seducido, Señor

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
desde que aprendí tu nombre
balbuceado en familia.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
en cada nueva llamada
que el inmenso mar me traía.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
hasta el confín de la tarde,
hasta el umbral de la muerte.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
en cada rostro de pobre
que me gritaba tu voz.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
y en el desigual combate
me has dominado, Señor,
y es bien tuya la victoria.

Me has seducido, Señor,
en desigual batalla
y la victoria es bien nuestra.

129. A ti me vuelvo, Señor

A ti me vuelvo, gran Señor; que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y adonde él nos perdió, tú nos cobraste.

A ti, pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y hallándola del lobo perseguida,

sobre tus hombros santos te la echaste.

A ti me vuelvo en mi aflicción amarga
y a ti toca, Señor, el darme ayuda,
que soy cordero de tu aprisco ausente
y temo que a carrera corta o larga
cuando a mi daño tu favor no acuda
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

130. Pastor, que con tus silbos...

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú que hiciste cayado de este leño
en que tiendes los brazos poderosos;

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres:
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados;
¿pero cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

131. Pobreza evangélica

No tener nada.
No llevar nada.
No poder nada.
No pedir nada.
Y, de pasada,
no matar nada,
no callar nada.
Solamente el Evangelio, como una faca afilada.
Y el llanto y la risa en la mirada.
Y la mano extendida y apretada.
Y la vida, a caballo, dada.
Y este sol y estos ríos y esta tierra comprada,
para testigos de la revolución ya estallada.

¡Y “nada más”!

132. Te busco desde siempre

Te busco desde siempre. No te he visto nunca. ¿Voy tras tus huellas? Las rastreo con ansia, con angustia, y no las veo. Sé que no sé buscarte, y no desisto.

¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto en descubrir tu rastro? Mi deseo no sé si es fe. No sé. No sé si creo en algo, ¿en qué? No sé. No sé si existo.

Pero, Señor de mis andanzas, Cristo de mis tinieblas, oye mi jadeo. No sufro ya la vida, ni resisto

la noche. Y si amanece, y yo no veo el alba, no podré decirte: «He visto tu luz, tus pasos en la tierra, y creo».

133. Como la hiedra

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado
el recuerdo que brota cargado de ilusión!

Porque es como la hiedra, déjame que te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;¹
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que tú lo ves!

134. ¿Dónde está, Señor, tu luz?

Dame, Señor, tu mano guiadora.
Dime dónde la luz del sol se esconde.
Dónde la vida verdadera. Dónde
la verdadera muerte redentora.

Que estoy cierto, Señor, que quiero ahora
saber. Anda, Señor, anda, responde
de una vez para siempre. Dime dónde
se halla tu luz que dicen cegadora.

Dame, Señor, tu mano. Dame el viento
que arrastra a ti a los hombres desvalidos.
O dime dónde está, para buscarlo.

Que estoy ciego, Señor. Que ya no siento
la luz sobre mis ojos ateridos
y ya no tengo Dios para adorarlo.

135. ¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte?

¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo
alegremente y sin temor de parte?

Y sólo por ti te amé, y llegué a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera por hallarte.

¡Oh, con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!

136. Todo eres lumbre

Tanto ardes, que tus manos prenden brasas
en la aurora, cual Sol resucitado,

y en la arena por dar un pez asado
y hogar a tus amigos de almas lasas.

Tanto amas, que al camino te acompasas
de Emaús -compañero inesperado-
y enciendes suavemente en su costado
el fuego que del tuyo les traspasas.

Que es llama contagiosa cada herida
que sufriste en la cruz. Todo eres lumbre
avivada en el soplo de la pascua.

Inflama con tus llagas, pues, mi vida;
cambia en rujiente amor mi vieja herrumbre,
mi apagado carbón en gozosa ascua.

137. ¿Qué tengo yo...?

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Que interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas veces, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

138. Partícipes de la naturaleza divina

Eres misterio, Dios mío, de comunión,
compenetración misteriosa, dialogante,
vida enteramente entregada y recibida
en abrazo que funde y que libera.

Llegas hasta mí, te acercas,
salvando distancias infinitas,
para darme un nombre y apellido,
ponerme el vestido y el sello de la casa
e introducirme en el secreto
e intimidad de la familia.

Y siento en mí la corriente de tu vida,
como si Alguien me estuviera recreando
y diciendo «hijo mío» a cada instante.
Y siento también un deseo irresistible
de gritar: «Abba, Padre mío», sobrepasando
la fuerza y la ternura de mi alma.

139. Señor Jesús

Mi fuerza y mi fracaso
eres tú.
Mi herencia y mi pobreza.
Tú, mi justicia,
Jesús.
Mi guerra y mi paz.
¡Mi libertad!
Mi muerte y vida, tú.
palabra de mis gritos,
silencio de mi espera,
testigo de mis sueños,
¡cruz de mi cruz! .
Causa de mi amargura,
perdón de mi egoísmo,
crimen de mi proceso,
juez de mi pobre llanto,
razón de mi esperanza.
¡Tú!
Mi Tierra Prometida
eres tú...
La pascua de mi pascua,
¡nuestra gloria
por siempre,
Señor Jesús!

140. El Cristo de Velázquez

Me gusta el Cristo de Velázquez.
La melena sobre la cara...

y un resquicio en la melena
por donde entra la imaginación.
Algo se ve.
¿Cómo era aquel rostro?
Mira bien,
componlo tú.
¿A quién se parece?
¿A quién te recuerda?
La Luz entra
por los cabellos manchados de sangre
y te ofrecen un espejo.
¡Mira bien! ¿No ves cómo llora?
¿No eres tú? ¿No eres tú mismo?
¡Es el hombre!,
el hombre hecho Dios.
¡Qué consuelo!
No me entendéis...
¿Por qué estoy alegre?
No sé,
tal vez porque me gusta más así:
el hombre hecho Dios,
que el Dios hecho hombre.

141. A Cristo crucificado

Tú me ofreces la vida con tu muerte
y esa vida sin ti yo no la quiero;
porque lo que yo espero, y desespero,
es otra vida en la que pueda verte.

Tú crees en mí. Yo a ti, para creerte,
tendría que morirme lo primero;
morir en ti, porque si en ti no muero
no podría encontrarte sin perderte.

Que de tanto temer que te he perdido,
al cabo, ya no sé qué estoy temiendo:
porque de ti y de mí me siento huido.

Mas con tanto dolor que estoy sintiendo,
por ese amor con el que me has herido,
que vivo en ti cuando me estoy muriendo.

142. Ante la cruz

Ante tu cruz, Señor Jesús, permanecemos en silencio,
con el corazón en suspenso.
Te recordamos recorriendo Palestina y acercándote a los pobres,
y poniendo luz en los ojos de los ciegos
y renovando las ilusiones,
y llamando a cambiar la vida y el mundo,
y anunciando el amor sin medida de Dios Padre.
Ante tu cruz recordamos tu fidelidad hasta el fin
y tu entrega sin reservas.
El mal del mundo y nuestro mal,
la mentira del mundo y nuestra mentira
han querido hacerte desaparecer y lo han logrado:
te han detenido, te han torturado, te han crucificado.
Señor Jesús, ante tu cruz, contemplando tu rostro,
que refleja el rostro dolorido de toda la humanidad
y junto a María, tu madre,
déjanos manifestarte nuestro agradecimiento,
nuestro amor, nuestra fe.
Míranos y danos tu gracia salvadora, Señor Jesús.

143. Al Cristo de Bugobe

Cristo para mis rezos, Cristo roto.
Cristo sin pies para evitar la huida,
destrozados tus brazos y su vida.
Cristo silente, tu mensaje noto.
Tú nos quieres decir sin alboroto,
que murieron por ti, y en la partida
será su sangre semilla escondida,
que crecerá en la luz y ya sin coto.

Tu imagen, como ellos, destrozada
avivará recuerdos en nosotros.
Su muerte no será viento perdido.

En el surco, cosecha enamorada,
presentes crecerán siempre sus rostros

al ver ese mirar tan dolorido.

144. Hazme una cruz sencilla

Hazme una cruz sencilla,
carpintero...;
sin añadidos
ni ornamentos...,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto:
este equilibrio humano
de los dos mandamientos...
Sencilla, sencilla...
Hazme una cruz sencilla, carpintero.

145. Ante tus llagas, Jesús

Jesús, quiero tocar tus manos y costado,
quiero palpar, Jesús, tus heridas,
y beber en tus fuentes escondidas,
y lavar en tus ríos mis pecados.

Quiero estar y vivir siempre a tu lado,
meterme en tus hogueras encendidas,
para quemar allí mi vieja vida
y quedar en ti mismo transformado.

Se acabaron ya las dudas y temores,
se curaron antiguas añoranzas,
enciende el amor nuevos resplandores,

la Pascua resucita la esperanza.
Cesó la noche. El sol de Cristo brilla;
la fe ante las llagas se arrodilla.
Como a Tomás, Señor,
invítanos a comprobar tus heridas
en los hombres que sufren junto a mí.
Y, como a él, dinos hoy, buen Señor,

confía, cree en mí y sígueme.

146. Cristo mío

Casi en las manos sosteniendo el brío,
desprendido y yacente del cuerpo santo
deshabitado está, ¡no alzas el llanto!
Ya tiene luz la rosa y gozo el río.

La muerte confirma su señorío
sobre la carne del Señor y, entre tanto,
si es sombra sana su mortal quebranto,
ya está el tiempo parado, Cristo mío;

ya está el tiempo en el mar y está cumplida
la noche en la mirada redentora
que vio la luz mirando el firmamento.

¡Y volverá el pecado con la vida,
y clavada en la cruz está la Aurora
ya inútil al abrazo y leve al viento!

147. Delante de la cruz

Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y sin ellos quererlo estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédense, Señor, así cantando,
y sin ellos quererlo estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así con la mirada en vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédese me, Señor, el alma entera;
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis me muera.

148. Clavadme a vuestro leño

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido!,
desnudo como Adán, aunque vestido,
de las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido
al mismo precio en que me habéis comprado.

Besos de paz os di para ofenderos;
pero si fugitivo de su dueño
hierran, cuando los hallan, los esclavos,

hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño
y tendreisme seguro con tres clavos.

149. Pender de un leño

Pender de un leño, traspasado el pecho,
y de espinas clavadas ambas sienas;
dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fue heroico hecho.

Pero ¿qué fue nacer en tanto estrecho
donde para mostrar en nuestros bienes,
a dónde bajas, y de dónde vienes,
no quiere un portallillo tener techo?

No fue esta gran hazaña, ¡oh gran Dios mío!,
del tiempo, por haber la helada ofensa
vencido en tierna edad, con pecho fuerte;

qué más fue sudar sangre, que haber frío,
sino porque hay distancia más inmensa
de Dios a hombre, que de hombre a muerte.

150. Quisieron clavar los pies

Ya sacerdote y víctima preparas
con tierno amor, ofrenda y sacrificio,
dando a los hombres generoso indicio,
que es blando lecho, las sangrientas aras.

¿Cómo, Señor, venciendo no reparasen
dar tus sacros miembros tan propicio
al duro hierro y al cruento oficio,
sin aun más tormentos que morir buscaras?

Y cuando fija en el madero tienes
la culpa de los bárbaros tiranos,
y dar al mundo libertad previenes;

quisieron, ciegos de temores vanos,
por afrentar sus pasos y tus bienes,
clavar los pies y atravesar las manos.

151. Ante las llagas

Quiero tocar tus manos y costado,
quiero palpar, Jesús, tus cinco heridas,
y beber en tus fuentes escondidas,
y lavar en tus ríos mis pecados.

Quiero estar y vivir siempre a tu lado,
meterme en tus hogueras encendidas,
para quemar allí mi vieja vida
y quedar en ti mismo transformado.

Se acabaron ya dudas y temores,
se curaron antiguas añoranzas,
enciende el amor nuevos resplandores,

la Pascua resucita la esperanza.
Cesó la noche. El sol de Cristo brilla,
la fe ante las llagas se arrodilla.

152. A Cristo crucificado

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

153. A Jesús crucificado

Delante de la Cruz, los ojos míos,
quédense, Señor, así mirando
y sin ellos quererlo, estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y, sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así, con la mirada en vos prendida,
y así, con la palabra prisionera
como a carne a vuestra cruz asida,

quédese me, Señor, el alma entera,
y así, lavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis me muera.

154. Cristo resucitado

Cristo resucitado,
enséñanos tus llagas,
que curen nuestras dudas
y enciendan nuestras almas.

Con todas vuestras ansias,
¿qué visteis en la tumba,
que estaba tan sellada?

Vimos vacío inmenso,
las losas ya quebradas,
la muerte convertida

en la dama del alba.

Despojos encontrados,
el sudario y la sábana
fueron reliquias, signos
de victorias anunciadas.

Lo vimos en el lago,
peces en abundancia,
un pan de eucaristía
gran amor en el alma.

-«¿Me quieres más?». -«Te quiero
con todas mis entrañas».
En eso del querer
él es quien siempre gana.

Dinos, tú, Magdalena,
¿qué pasó en la mañana,
cómo le conociste,
hortelano del alma?

Él pronunció mi nombre,
quitó mis cataratas,
todo resplandecía,
hecho de amor un ascua.
Viajeros de Emaús,
¿cómo era su palabra?,
¿cómo partía el pan,
que era señal y marca?

Era palabra viva,
él se hacía palabra,
y él mismo se partía
en vivas rebanadas.

Di, Tomás, ¿qué sentiste
al penetrar sus llagas
y palpar con tus dedos
la luz de sus entrañas?

Mis dedos se quemaron
en unas dulces brasas;
mis dudas se abrasaron
en hogueras de gracia.

Cristo resucitado,
enséñanos tus llagas,
que curen nuestras dudas
y enciendan nuestras almas.

Testigos de presencia,
testigos de esperanza,
¿cómo le conocemos
en nuestra vida diaria?

-Mirar con ojos limpios,
amor en la mirada,
deseos de encontrarlo
en figura encarnada

Abrir el corazón
al que a tu puerta llama,
y escucharás tu nombre,
signo, presencia y gracia.

155. Jesús resucitado

Movido por mi fe de peregrino
te busco a ti, Jesús, entre las rocas;
algunas hablan ronco, si las tocas,
silentes son las otras al camino.

Cumpliendo con ardor mi fiel destino,
me empozo en las cavernas de hoscas bocas,
acarician su muerte risas locas,
cuando rompe la tumba un ser divino.

Eres tú, buen Jesús, a quien yo invoco,
eres tú, el Salvador, fuente escondida,
quien corta las medidas de mi pena.

Jesús resucitado, álzame un poco;
así mi corazón tendrá en seguida
un triunfo a la esperanza y luz serena.

156. Está vivo

Yo sentí su presencia misteriosa
en las horas terribles del dolor;
lo he sentido en las horas luminosas
desde el gozo y la paz, desde el amor.

A veces su presencia es silenciosa;
a veces, es torrente arrollador.
Te mira, desde el pájaro y la rosa;
te llama desde el fondo, en tu interior.

Aunque yo no lo sienta, él está dentro;
aunque cierre mi puerta, esperará.

Es más fuerte que yo: él es mi centro.

Por siempre y más que yo, él me amará.
Él conduce mi barca mar adentro
¿qué puedo yo temer, si vivo está?

157. Somos de los tuyos

Somos de los tuyos, de tu grupo, Jesús,
si nos acercamos al otro sin juzgarlo.
Somos tuyos si empleamos,
para comprender la medida que aplicamos a lo nuestro,

Somos tuyos si nos alineamos al lado de los pobres,
si hacemos nuestro el dolor de los que sufren,
si estamos junto a los desheredados de la tierra.

Somos de los tuyos, tus seguidores, Jesús,
si elegimos a Dios como el único Señor,
derribando el ídolo encumbrado del dinero;
si optamos por el ser antes que por el tener,
y compartimos lo nuestro con los demás.

Somos de los tuyos, de tu Espíritu,
si nos acogemos a la debilidad frente al poder;
si preferimos servir y ser los últimos
y confiamos sólo en la fuerza del amor.

158. Nuestro dolor te pertenece

Jesús, tu presencia es anuncio gozoso
de gracia y de liberación.
Tú recoges el llanto que anega los ojos de tantos
que sufren tinieblas y silencios.
Tú pones volumen al grito de los oprimidos,
firmas la denuncia y apoyas la protesta
de los que padecen sin tregua la injusticia.
Sientes que es tuya la soledad de cada preso,
la angustia del parado, del eventual y el temporero,
la amargura del anciano abandonado y roto.
Sufres el desencanto de tanta juventud estafada,
el complejo del débil y del fracasado,
el horror de los hombres torturados.
Nuestro dolor te pertenece;

tuyo es el mapa, Señor, de nuestras heridas
Ábrenos el corazón al problema del hermano,
alienta nuestros pasos hacia aquel que nos reclama.
Muéstranos cómo aprovechar las energías malgastadas
en hablar de promoción y estructuras,
mientras tantos padecen en situación de emergencia.
Encabeza, Señor, la marcha ilusionada
de quienes, contigo, intentamos hacer la tierra nueva.

159. Guíanos, Señor

Guíanos tú, Señor, hacia verdes prados
donde el pasto sea abundante.
Haz que nuestros pasos discurran
sin detenerse hacia una fuente de agua clara
donde podamos recuperar nuestras fuerzas
y refrescarnos del cansancio acumulado.
No detestamos el polvo del camino,
sabemos que se impregna
en todos aquellos que trabajan en su vida.
Tampoco nos abruma la escasez de la cosecha
porque tú nos enseñaste a no depender de ella.
Más nos preocupa andar equivocados
o vivir artificialmente entusiasmados
o acaso sentirnos satisfechos.
Sentimos cercano el latido de «otros tiempos»
y nos mueve un deseo sincero de vivir en el «ahora».
Estamos convencidos de que hay que ir mucho más allá.
Pero, tú sabes, Señor, que nosotros no sabemos gran cosa.
Guíanos tú, como lo has hecho tantas veces
y danos sinceridad para buscarte
especialmente en los débiles.
Danos ilusión, aunque sólo sea
para mirar hacia adelante.
Danos sencillez
para poder ir recuperando
lo que no queremos perder, pero perdemos.
Y danos una esperanza de pobre
para que en los buenos momentos
todo lo saboreemos juntos en la mesa desde tu casa;
y en los tiempos difíciles miremos a esa cruz en silencio
y, confiados en que nos sigues animando en todo,
salgamos de nuevo a caminar,
a vivir y a tratar de hacer vivir tu reino.

160. Mirar siempre hacia adelante

Ayúdanos, Señor, a mirar siempre hacia adelante,

a emprender el camino convencidos de que no vamos solos,
de que tú vas con nosotros.

Danos valor, mucho valor,
para afrontar nuestra vida de todos los días,
para ser testigos tuyos en este tiempo
y llevar el ánimo
y la esperanza a nuestros hermanos.

Abre nuestro corazón a los problemas del mundo.
Haz que seamos capaces de escuchar a los demás.
Danos una actitud de humildad
para servir con alegría cada día
sabiendo que, de esta manera,
vamos construyendo tu reino paso a paso.

Ayúdanos a gastar nuestra vida
por el proyecto que Jesús nos encargó.
No queremos defraudarte, Señor,
queremos que cuentes con nosotros.
Estamos seguros de tu apoyo.

Gracias por este tiempo vivido,
gracias por el silencio y por tu mensaje,
gracias porque tú nos has unido de verdad,
gracias por haber estado aquí, gracias por todo,
hasta por los detalles más sencillos.

161. Te buscaré, Señor

Señor, si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estás por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?

Habitas en una claridad inmarcesible.
Pero ¿dónde se halla esa inmarcesible claridad?
¿Quién me conducirá hasta allí para verte en ella?
¿Con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?

Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro. Enséñame a buscarte
y muéstrate a quien te busca
a menos que tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas.

Deseando, te buscaré;
te desearé buscando;
amando te hallaré;

y encontrándote, te amaré.

162. Tu palabra es vida

Quiero, Señor, hacer de tu palabra camino para mi vida;
quiero amar tu voluntad de todo corazón.
Quiero guardar puro mi camino
cumpliendo tu palabra;
de todo corazón te ando buscando, Señor.
¡Tu palabra es vida, tu palabra es amor!
Quiero ser tu discípulo y escucharte cada día;
quiero que tu palabra sea la norma en mi caminar
y encontrar en tus mandatos mis delicias.
Abre mis ojos, Señor, a la luz de tu palabra.

Tu palabra de verdad alumbra mis pasos;
en tu palabra he puesto mi esperanza día y noche.
Con todo el corazón quiero cumplir tu voluntad,
y que tus caminos sean siempre mis caminos.

Enséñame sabiduría y seré libre y feliz;
enséñame prudencia y sabré estar en la vida;
enséñame los secretos de tu corazón de padre
y viviré desde lo profundo de mi existencia.

Tu palabra es más rica que la plata y el oro;
tu palabra es más dulce que la miel;
tu palabra es antorcha para mis pasos;
tu palabra es manantial que apaga mi sed.

Amo tu palabra y gozo al sentirme unido a ti;
espero tu palabra, es respuesta a mis preguntas;
creo en tu palabra y ella alimenta mi fe;
cumpro tu palabra y ella me fortalece.

Tu palabra me enseña a amar la verdad;
a amar hasta las últimas consecuencias;
a mantener el corazón limpio y puro,
a buscar la justicia entre los hombres.

Mantén mi corazón firme con tu palabra;
que ella sea la alegría de mi corazón;
que yo guarde siempre tus mandamientos,
que busque en ellos tu salvación.
¡Tu palabra es vida, tu palabra es amor!

163. Encuentro

Heme aquí, Señor, ante ti.
Siento que me has llamado;
ayúdame a encontrarte en mi vida:
que pueda decir que desde que te he conocido y amado,
algo en mi vida ha cambiado;
que pueda sentir que
desde que te conozco ya no soy el mismo;
que, a pesar de seguir siendo un hombre
sometido a la tentación,
soy ya alguien que goza de tu amistad y de tu cariño;
que pueda creer que me he convertido a ti,
que te he reconocido y aceptado en mi vida,
que los ritmos de mi vivir,
mi gozar y sufrir se han adaptado a ti.
Señor, siento que tú me has llamado.
No dejes mi vida en la soledad sin fin del desierto.
Hazte presente en mi vida:
acompañame, consuélame,
purifícame, acógeme, protégeme.
Señor, he entrado en este encuentro contigo
confiado en tu palabra;
tú me has llamado.
Ojalá al final de este tiempo pueda decirte:
«desde que te he conocido ya soy otro, Señor».

164. Atentos a tu palabra

Señor, en estos momentos
nuestra actitud es como la de María:
estamos atentos a tu palabra.
«He aquí la esclava del Señor.
Que se haga en mí según tu palabra».

Como Pedro, proclamamos nuestra fe en ti:
«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».
Ponemos en ti nuestra única esperanza:
«¿A quién, Señor, iremos?
Tú tienes palabras de vida eterna».

A tu lado estaremos seguros.
«Jesús, te seguiremos a donde quiera que vayas».
Sabemos que estamos manchados,
por eso te pedimos como el leproso:
«Señor, si quieres puedes limpiarme».

Y como el ciego de nacimiento acudimos a ti
para que nos libres de nuestra ceguera:
«Señor, haz que vea».

Eres manantial de agua viva,
por eso, como la Samaritana, te aclamamos:
«Señor, danos de esa agua viva
para que no tengamos más sed».

En medio de las dificultades,
como tus discípulos acosados por la tormenta,
también te gritamos:
«Señor, sálvanos que perecemos».
Y deseamos, como los discípulos de Emaús,
que permanezcas siempre a nuestro lado.

165. Oración del enviado

Id por todo el mundo...
Estas palabras están dichas para mí.
Soy continuador de tu obra.
Soy tu compañero en la misión.
Gracias, Jesús.
Me encuentro emocionado por tu confianza.

La mies es mucha y los braceros pocos.
Quiero ser uno de ellos.
Muchas personas están caídas y pasamos de largo.
Quiero ser el buen samaritano.
Conviérteme a mí,
para que yo pueda anunciar a otros la Buena Noticia.

Dame AUDACIA.
En este mundo escéptico y autosuficiente,
tengo vergüenza y miedo.

Dame ESPERANZA.
En esta sociedad recelosa y cerrada,
yo también tengo poca confianza en las personas.

Dame AMOR.
En esta Tierra insolidaria y fría,
yo también siento la ausencia del amor.

Dame CONSTANCIA.
En este ambiente cómodo y superficial,
yo también me canso fácilmente.
Conviérteme primero a mí,
para que yo pueda anunciar a otros la Buena Noticia.

100. Gloria a Dios

Gloria al Dios del reino de los pobres,
aliento de los que buscan la verdad;
luz de una mañana reflejada
en la justicia, fuente de vida,
reconciliación y libertad.

Hacia ti, Señor de todo amor,
suba nuestro canto bendiciendo
al Padre de nuestra historia,
alfa y omega de la humanidad.

El océano, los montes y los cielos
pregonen sin cesar
tu sublime majestad;
hiciste a la mujer y al hombre
a imagen tuya. Pusiste todo bajo sus pies.
Levántate, amigo, que nuestro trabajo
sea comunión, justicia y lealtad

Gloria a Jesús de Nazaret,
Dios con nosotros,
profeta que proclama conversión.
La justicia abre y cierra el evangelio,
lo envuelve, lo impulsa, lo caracteriza
compartiendo la mesa y repartiendo
a manos llenas dulzura y santidad.

Gloria al Espíritu que nos empuja
al compromiso de una nueva sociedad,
sin ídolos de barro, sin miedos,
libres de toda atadura.
Festín de bodas, ven y verás,
en la hora postrera, todo es amor y caridad.

Gloria a ti, Padre de misericordia,
por Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro,
en el Espíritu, don que guía nuestros pasos
por un camino de vida en fraternidad.

101. Bendito seas, Señor

Señor, nuestro corazón rebosa de agradecimiento por tantos dones y bendiciones tuyas como recibimos cada día.

No bastaría el canto del corazón y de los labios, si no pusiéramos nuestra vida a tu servicio, para darte testimonio con nuestras acciones. Por eso hoy queremos cantarte:

A ti la gratitud y la alabanza.
Tú nos has sacado de la nada
y nos has hecho hijos tuyos;
nos has hecho felices con tu amor y tu presencia.
No te conocemos bien ni conocemos,
con frecuencia, nuestras necesidades.
Pero tú, Padre, nos conoces por entero.
Somos incapaces de amarnos como tú nos amas.
Por este amor que nos regalas
y por el amor que ponemos a nuestro alrededor,
proclamamos tu bondad.

Tú, Señor, nos has creado con un corazón grande para que sea para ti;
y lo será si lo entregamos a nuestros hermanos.
Señor, estar ante ti
es lo mejor que a uno le puede ocurrir.
En este momento nos presentamos ante ti.

Acéptanos cuando y como quieras.
Haz de nosotros según tus deseos.
Tú eres nuestro y nosotros somos tuyos.
Honor, gloria y alabanza para ti,
por los siglos de los siglos.

102. Te alabo, Padre

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes,
y se las has revelado a los pequeños.
Sí, Padre, pues tal ha sido tu voluntad.
Todo me ha sido entregado por mi Padre,
y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre;
y quién es el Padre sino el Hijo,
y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.
Señor Jesús, que te revelas en cada hombre,
maniféstate en mis hermanos, en mis alumnos,
en los que comparten conmigo vida y trabajo,
y haz que sepa descubrirte en ellos
y ver en su rostro de alegría o de dolor,
de preocupación o de paz,

tu presencia de hermano que sufre y se alegra
con cada uno de nosotros.
Señor Jesús, revélate en tus pequeños;
manifiéstate y que yo descubra tu presencia en todos,
especialmente en los humildes y en los pobres.
Señor Jesús, dame un corazón sencillo y humilde,
para que me acerque a ti y a tus predilectos, los sencillos,
y en ellos te reconozca vivo y presente hoy.
Señor Jesús, aquí estoy contigo,
en unión de los que sufren desde el silencio
o gozan en la fiesta compartida.
Unido a los que son felices con tus preferidos, los niños,
y a los que se agobian con el futuro incierto
o el presente sin sentido de los suyos.
Estoy aquí, Señor, y en mi corazón
quiero hacerte presentes a cuantos me precedieron
y fueron mis maestros en la vida marista
y a todos los que comparten conmigo
sus inquietudes y sus preocupaciones;
sus alegrías y sus luchas; sus éxitos y sus fracasos.
Aquí estoy, delante de ti, Señor, con ellos y contigo.

103. Oración de alabanza

Os doy una señal inconfundible,
que os sirva de carnet de identidad
que se vea enseguida la verdad
de tantos pensamientos invisibles.
No es un dogma o ley reconocible,
no es un rito a crecer en santidad
o exigencia mayor de austeridad,
mi oración misteriosa, incomprensible.
Está en el corazón y está en la mente,
mi signo es el amor, amor entero,
amarse sin medida, mutuamente,
amarse como yo os amé primero;
y que os lavéis los pies unos a otros
tal como yo os lave antes a vosotros.

Sólo os pido que os améis;
no hacen falta otras leyes ni otros ritos;
que os améis unos a otros,
que multipliquéis los encuentros, las ternuras,
los abrazos y los besos,
y que pongáis en común lo que tenéis, lo que sois;
que dialoguéis, os entendáis.
Sólo quiero que os queráis.
Quiero, amigos míos, que os sirváis,
que os lavéis los pies unos a otros,
que os acompañéis y os ayudéis a caminar;
que os curéis mutuamente las heridas;
que os perdonéis y que no dejéis a nadie solo.
Daos el tiempo que haga falta.
Regalaos mutuamente algún detalle, cosas, gestos,
como signo de amistad y de presencia,

como yo hice con vosotros;
que lleve vuestra marca y vuestro espíritu;
regalaos en todo a vosotros mismos,
como un pequeño «sacramento»;
el amor es siempre gracia y presencia.
Ya sólo vale el amor.
Pero como una condición,
una pequeña circunstancia que debéis tener en cuenta:
que vuestro amor sea como el mío,
que os sirváis y que os améis, como yo lo hice con vosotros.
Y más nada.

104. «Corpus Christi»

Todo fue así, tu voz, tu dulce aliento
sobre un trozo de pan que bendijiste,
que en humildad partiste y repartiste
haciendo despedida y testamento.

«Así mi cuerpo os doy en alimento...»
¡Qué prodigio de amor! Porque quisiste,
diste tu carne al pan y te nos diste
Dios, en el trigo para sacramento.

Y te quedaste aquí, patena viva,
virgen alondra que le nace al alba
de vuelo siempre y sin cesar cautiva.

Hostia de nieve, nube, nardo, fuente,
gota de luna que ilumina y salva.
Y todo ocurrió así, sencillamente

Sencillamente, como el ave cuando
inaugura, de un vuelo, la mañana;
sencillamente, como la fontana
canta en la roca, agua de luz manando;

sencillamente, como cuando ando,
como cuando tú andabas la besana,
cuando calmabas sed samaritana,
cuando te nos morías perdonando.
Sencillamente. Hora de paz. ¡Qué leves
tus manos para el pan, para el amigo!
cena de doce y Dios. Noche de jueves.

Y era en Jerusalén la primavera.
Y era blanco milagro ya aquel trigo.
Sencillamente: «Este es mi cuerpo». Y era.

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ilesa;

tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

Otro milagro, ¿ves? Él, que no tiene
ni tamaño ni límites, no cesa
nunca de recrearnos la sorpresa
y ahora en un aro de aire se contiene.

105. Gracias, Señor, por la eucaristía

Gracias, Señor, por la eucaristía...
Gracias, Señor, porque deseabas ardientemente
celebrar la pascua con nosotros...

Gracias, Señor, porque en la última cena
partiste tu pan y tu vino en infinitos trozos,
para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias, Señor, porque en el pan y en el vino
nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia...
Gracias, Señor, porque nos amaste hasta el final,
hasta el extremo que se puede amar... morir por otro...
dar la vida a otro...

Gracias, Señor, porque quisiste celebrar tu entrega,
en torno a una mesa con tus amigos,
para que fuesen una comunidad de amor contigo...

Gracias, Señor, porque nos dijiste que celebrásemos
la eucaristía en memoria tuya...

Gracias, Señor, porque en la eucaristía nos haces uno contigo,
nos unes a tu vida, en la medida
en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque en cada eucaristía podemos
celebrar y renovar nuestra vivencia en comunión,
con todos los hermanos que compartimos tu pan y tu vino...
y con todos los hombres...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser
una preparación para celebrar y compartir la eucaristía...

Gracias, Señor porque compartir la eucaristía
nos lleva a compartir la vida, el trabajo, el dolor y la fiesta...

Gracias, Señor, porque podemos celebrar la eucaristía
todos los días...

Gracias, Señor, porque todos los días
puedo volver a empezar ...,
y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos,
y mi camino de transformación en ti.

Gracias, Señor, por esta eucaristía...

106. Eucaristía

¿Quién te ha atado, Señor, a esta cadena,
a esta blanca cadena de la harina,
a este disfraz de pan, vianda divina
de misterio y deleite toda llena?

¿Quién te trajo por mesa tan ajena
de la deidad donde tu ser culmina,
para ocupar en la escasez mezquina
el puesto del manjar en nuestra cena?

¡Quién fue sino el Amor, y un amor tanto
que no cabe en la mente estremecida,
supera nuestro asombro y nuestro espanto!

¡Y sólo puede el alma conmovida
ablandar esta harina con su llanto
y alimentar con este Pan la vida!

107. El pan y el vino

Bendito seas, Señor, Dios nuestro, rey del universo,
que haces brotar espigas en los campos de trigo
y racimos de uva en los llanos y recuestos.
Gracias a tu bondad, no nos falta el alimento

Tú nos sacias con pan y vino,
fruto del trabajo compartido por el hombre y la mujer.
Bendito seas porque nos has dado la vida
nos la conservas y a todos das sustento.

Éste es el pan de cada día,
extraído de los granos de trigo
para que los comensales lo saboreen
sabroso, crujiente, partido y repartido.
Éste es el pan de los pobres, pan de vida,
sólido en su firmeza, tostado por el fuego,
comparable a nuestros cuerpos.
Bendito seas, porque el pan es comida de hermandad

festín nupcial de los que buscan la verdad.

Éste es el vino extraído de los granos de uva
para que los comensales lo beban
como signo de triunfo, alegría y esperanza.
Es vino del Espíritu, comparable a la sangre.
Bendito seas por permitirnos renovar la nueva alianza.
Y jalonar los días de trabajo con fiestas anticipadoras
de un banquete de bodas, con cantos y con danzas.

108. Oración de adviento

Te damos gracias, Padre, por Jesús, tu Hijo.
Te damos gracias en este tiempo de adviento,
porque Jesús viene en medio de nosotros,
para sembrar en nuestro mundo vida y esperanza.
Enséñanos, Padre, a preparar sus caminos;
enséñanos a reconocerlo en cada hombre
y en cada acontecimiento,
y sobre todo en los pobres
y en todos los que están necesitados de liberación;
enséñanos a descubrirlo muy cercano,
muy dentro de nosotros, en la oración confiada.
Padre, a ti levantamos nuestro corazón:
transfórmanos, renuévanos,
que brille tu rostro sobre nosotros.
Padre, danos tu amor,
a nosotros y al mundo entero.
Por Jesús, tu Hijo, nuestro hermano,
que viene en medio de nosotros.
Ven, Señor Jesús.

109. ¡No tardes!

Ven, Señor,
a restaurar la obra de tus manos:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a avivar la esperanza en los corazones:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor, a traernos tu salvación:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a cumplir las promesas de los profetas:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a sentarte a nuestro lado:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a llenarnos de alegría:
a ser la luz de nuestro camino:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a mostrarnos los caminos de la libertad:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

Ven, Señor,
a todos los que te esperan:
¡Ven, Señor, y no tardes más!

110. ¿No oíste sus pasos silenciosos?

¿No oíste sus pasos silenciosos?
él viene, viene, viene siempre.
En cada instante y en cada edad,
todos los días y todas las noches.
Él viene, viene, viene siempre.

He cantado muchas canciones y de mil maneras,
pero siempre decían sus notas:
él viene, viene, viene siempre.

En los días fragantes del soleado abril,
por la vereda del bosque,
él viene, viene, viene siempre.
En la oscura angustia lluviosa de las noches de julio,
sobre el carro atronador de las nubes,
él viene, viene, viene siempre.

De pena en pena mía,
son sus pasos los que oprimen mi corazón,
y el dorado roce de sus pies
es lo que hace brillar mi alegría
porque él viene, viene, viene siempre.

111. Oración de navidad

La luz de la navidad nos llama también a nosotros,
Jesús, hermano, hijo de María, Hijo de Dios.
Nos llama como llamó a los pastores desconcertados,
y como llamó a los magos
para hacerles emprender aquel largo camino.
Porque en Belén, en tu carne tan débil,
en tu rostro de niño
que aún no ha aprendido a mirar al mundo,
nosotros vemos reflejado todo el amor de Dios.
En tu carne, está aquel amor, aquella ternura,
aquella esperanza confiada
que sólo Dios es capaz de dar.
En tu carne,
Dios se ha hecho uno de los nuestros,
y eso es lo más grande que nadie
haya podido nunca llegar a soñar.
Contemplándote aquí, acostado en el pesebre,
acompañado del amor de María y José,
queremos poner en tus manos
nuestras ilusiones y nuestros temores,
nuestro deseo de fidelidad y también nuestro mal.
Y queremos poner también al mundo entero:
a los que más queremos y a los que no conocemos,
a los de cerca y a los de lejos;
y sobre todo, a los que más sufren.
Jesús, hermano, hijo de María, Hijo de Dios,
danos el calor de tu amor,
llena el mundo entero con el calor de tu amor.

112. ¿La navidad sin Cristo?

Belén y navidad es puro encanto,
por dentro y por fuera gozo pleno,
amor, felicidad, ambiente ameno,
hermoso villancico, todo canto.

La base de este ambiente limpio y santo
es Cristo, Dios y Hombre, Jesús bueno,
nacido de María, en cuyo seno
surgió la luz, cesó el mal y el llanto.

La navidad sin Cristo es un engaño,

camelo, falsedad y fantasía.
Es fiesta toda chata, sin tamaño.

-Oh, cuánto mal supone y cuánto daño
vivir así, sin Cristo, sin María
en navidad! ¡También durante el año!

113. Credo de navidad

Creo en la bondad humilde de José de Nazaret
y en la fe, desbordada, de María.

Creo en la pobreza del portal
con un buey y una mula, y aun sin ellos.

Creo en el anuncio de los ángeles, presencias múltiples de Dios
donde estén la verdad, el amor y la belleza.

Y el gozo compartido de los pobres pastores
que sueñan ilusiones y viven de esperanzas.

Creo en la estrella peregrina y mensajera
y en los magos inquietos y tenaces,
que siempre encuentran la luz cuando la siguen
asomada a la inmensa maravilla
de Dios entre los hombres.

Creo en los caminos que llevan a Belén.
Creo en las estrellas, más curiosas y despiertas que nunca
en el cielo madrugador de la Nochebuena.

Creo en la alegría natural,
en la clara amistad entre los hombres,
nacida de repente
o crecida a ritmo de cosecha.

Creo en la sorpresa virgen y fértil de los niños.

Creo en la ternura de los hombres.

Creo en el amor,
difícil e inseguro, pero cierto,
muestra gratuita de Dios,
ángel,
estrella,
belén de su hermosura generosa.

Creo en Jesús, hombre perfecto,
Hijo de Dios, Dios perfecto a la altura del hombre.

114. Con mis manos haré, Niño, tu cuna

Pues que el llanto te anuncia,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.
Para que ese pesebre
frío y desnudo,
donde cada diciembre
vienes al mundo,
tenga ardores de sol,
besos de luna,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

Para que el hombre sepa
dónde encontrarte
tantas noches sin techo,
sin luz y al aire,
y a acunar sus dolores
contigo acuda,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

Con estas toscas manos.
para que sacies
tanta sed de justicia
y tantas hambres
y seas para el hombre
tú su fortuna,
con mis manos haré,
Niño, tu cuna.

A morar en la tierra
baja, mi Dios, sin miedo,
que a espaldas de la noche
vela mi amor tu sueño.

115. Un sitio en el corazón

Parece que va llamando
de puerta en puerta,

porque no encuentra cobijo,
no, no lo encuentra.

Calla la nieve. El silencio
de las sombras se apodera.
Ya la escarcha cubre el sueño
con alas de blanca seda,
pero no encuentra cobijo,
no, no lo encuentra.

Antes de que, arrebatada,
el alba la nieve hiera
y deje de ser la escarcha
manto de líquidas perlas,
porque no encuentra cobijo
tal vez él llame a tu puerta.

(¡Vela, corazón,
para que no te duermas!).

¡Qué gozo saber que aún sigue
llamando, que la cancela
de tu corazón está
permanentemente abierta
para que sea belén
y cuna del Dios que llega,
porque no encuentra cobijo
para nacer, no lo encuentra!

116. Jesús, tú viniste...

Jesús, tu viniste a la tierra
a ser el rostro humano de Dios entre nosotros,
a enseñarnos a ser personas y vivir como hermanos,
a testimoniar que el amor es más fuerte que todo.

Danos a entender que la alegría se multiplica
cuando se comparte con los otros,
que la paz es fruto del convivir en la justicia,
que podemos ser felices viviendo la fraternidad.

Danos comprender que una verdad
es menos importante que cualquier hermano,
que hacernos servidores y ponernos los últimos
es alcanzar el primer lugar en tu corazón,
y que toda sonrisa brindada a los demás
hace florecer un rincón de tu reino en la tierra.

Ayúdanos a perdonar y a volver a confiar,
a ser generosos y a amar según tu medida.

Que nuestro amor fraterno
haga presente a Dios en medio de nosotros.

117. Ante Jesús

Cuando te miro, buen Jesús,
adviento en ti el amor del más querido amigo
Y siento que, al amarte yo, consigo
el mayor galardón, el bien más cierto.

Este amor tuyo -bien lo sé- produce
sufrimiento y exige coraje,
mas a tu gloria, en este duro viaje,
sólo el camino del dolor conduce.
Feliz en el dolor mi alma se siente:
la cruz es mi alegría, no mi pena;
es gracia tuya que mi vida llena
y me une a ti, Señor, estrechamente.

Si quieres añadir nuevos dolores
a este viejo dolor que me tortura,
fina muestra serán de tu ternura.
Porque a ti me asemejan redentores.

Déjame, mi Señor, en este frío
y en esta soledad, que no me aterra:
a nadie necesito ya en la tierra,
en tanto que tú estés al lado mío.

¡Quédate, mi Jesús! Que, en mi desgracia,
jamás el corazón llore tu ausencia:
¡que todo lo hace fácil tu presencia
y todo lo embelleces con tu gracia!

118. Has pasado por mi vida, Señor

Señor, tú has pasado por mi vida,
has llamado a mi puerta, has pronunciado mi nombre,
y yo he escuchado tu voz.
A veces ha cubierto mi corazón
una nube que me impedía verte y me sentía perdido.

Pero te has acercado una vez más
y me has dicho como a Pedro:
«No tengas miedo: soy yo».

Cuando tú te muestras, Señor,
la luz brilla con toda su fuerza,
y todo el paisaje, el de fuera y el de dentro,
parece nuevo, como recién creado.
Y el corazón responde: «Aquí estoy, Señor».

O simplemente: «Gracias».

Es el momento de recomenzar la marcha
cargando, con nueva ilusión, con el peso de cada día,
porque tú vas delante señalando el camino
siendo el camino, ofreciendo tu ayuda sin condiciones.

Tú suscitas en la raíz más honda de mi ser
el gozo de sentirme seguidor tuyo,
y esto es siempre un estímulo para avanzar,
aunque el camino sea empinado y los hombros débiles.

Tu yugo es suave y tu carga ligera.
Lo sé porque lo has dicho tú
y lo sé porque me lo has hecho experimentar muchas veces.

Señor, otra vez me llamas.
Ayúdame a responderte: «Aquí estoy».
Pero no con palabras fáciles sino con la actitud profunda
que da sentido a toda mi historia.
Señor, que hoy, y cada día,
sea de verdad discípulo tuyo.

119. Tu amor ha sido derramado en mi corazón

Yo creo, Señor, que tu amor ha sido derramado en mi corazón.
Creo en tu amor vivo en mí y me abandono en tus manos.

Gracias porque tu Espíritu me inunda, me llena, me da vida.
Te alabo y te doy gracias porque moras en mí,
porque eres un Dios escondido.

Te llamo Padre,
te llamo y te pido que derrames tu Espíritu en mí,
para que él ore en mí,
para que él guíe los pasos de mi encuentro contigo.

Yo sé, Señor, que soy tu templo.
Me siento feliz y dichoso porque habitas en mí,
porque has puesto en mí tu casa, tu morada.

¡Soy tu tienda!
!Señor, eres tan cercano, tan entrañable, tan profundo!
Déjame habitar en tu casa, como tú habitas en la mía.

Quédate conmigo; estáte, Señor,
conmigo en mi pobre corazón.
Señor Jesús, Tú vives en mí. Tú eres mi vida plena.

Señor Jesús, que la vida de tu Espíritu
penetre toda mi existencia.

Señor Jesús, que el hombre viejo muera en mí
y que sólo vivas tú en mi vida;
Tú que eres el hombre nuevo.
Tú vives en mí; tú eres vida en mí.

Oh Dios, en ti pongo mis ojos.
Te miro dentro de mí.
Oh Dios, tú eres un Dios escondido.
Quiero esconderme en ti.

Oh Dios, en Cristo Jesús, camino hacia ti,
quiero llegar a tu corazón de Padre
y esconderme en lo escondido de tu morada.

Mi vida, Señor, oculta está con Cristo en ti.
Yo te amo, Jesús. Te amo en el fondo de mi corazón.
Yo te amo y me uno a ti y cuento contigo.
Te amo y me alegro porque el Padre me ama.
Soy feliz con el amor del Padre.

Yo sé que moras con el Padre,
en tu Espíritu, dentro de mí. Gracias por vivir en mí.
Soy dichoso al saberme amado,
amado por ti, por el Padre, por tu Espíritu.
Contigo estoy, Señor.

120. En vela cada noche

Cada noche, Señor, nos acercamos con sonrojo
a las puertas del perdón caliente de tu casa.
Siempre tienes luces encendidas,
la mesa prevenida y tú esperando.

Penoso balance es sentir el vacío
en las manos y el frío árido del alma.
Pero cada noche, Señor,
acudes a tu puerta y nos llamas,
con los brazos abiertos,
desde la oscuridad de cada rebeldía,
desde el camino tortuoso de nuestros egoísmos,
desde la soledad de nuestro corazón desierto.

Atizas el fuego del hogar,
dispones la acogida y el abrazo,
sin saldo de cuentas atrasadas,
pasando por alto detalles y agravantes...
Te basta el gesto humilde y la presencia arrepentida.

Cada anochecer, Señor, vistes de júbilo
nuestro corazón reconciliado; y tu voz presurosa
nos convoca a fiesta y alegría,
a la tarea de amar, borrado ya el pasado.
Sigue siendo, Señor, en cada noche,
el Padre en vela que ama, perdona y siempre espera.

121. Al encuentro del Señor

Alguien dijo encontrar a Dios en la naturaleza.
Y yo corrí hacia el mar, crucé campos y senderos,
miré en espigas y en flores. Todos hablaban de Dios,
de su poder, de su cuidado y esmero.
Pero no vi a Dios, no estaba allí.
Sólo había noticias de él, rumores y recuerdos.
«Pregunta a los sabios de Dios», dijeron otros.
Busqué al místico, al teólogo y al lama;
acudí a templos y monasterios.
Escuché santas ideas, comentarios, oraciones, sentimientos...
Ellos vivían con Dios, pero yo no logré verlo.

«Dios bajó hace ya tiempo; busca en los barrios,
en la lucha del hombre por el hombre», sugirieron.
«Busca en la selva, en la cárcel, en chabolas ...».
Y sólo hallé recuerdos, recuerdos de algo que él dijo,
de interpretaciones, de ideas y de sueños.
Pero Dios no estaba allí; se fue hace tiempo.

Entonces, desencantado,
creí que no estaba en ningún sitio,
o que estaba demasiado lejos.
Y busqué en mi corazón otros asuntos;
que siguiera Dios allá en su cielo.

Al mirar allí, en mi corazón,
sentado entre injusticias y entre miedos,
entre dudas, rencores y esperanzas,
entre buenos y malos sentimientos,
estaba Dios, sentado y esperando.
No estaba en la tierra ni en el cielo.

Me fui a contárselo a la gente,
a gritar mi gran descubrimiento.
Y me encontré que Dios estaba en las montañas,
en las flores y en los monasterios,
en los barrios, en la cárcel, en la iglesia,
en la Biblia, en el cine y en los cuentos.
Resultó que Dios estaba en todos los sitios
Cuando lo había encontrado dentro.

122. ¿Dónde está Dios?

¿Dónde está Dios? Se ve, o no se ve.
Si te tienen que decir dónde está Dios,
Dios se marcha.
De nada vale que te digan
que vive en tu garganta.
Que Dios está en las flores y en los granos,
en los pájaros y en las llagas,
en lo feo, en lo triste, en el aire, en el agua.

Dios está en el mar y a veces en el templo.
Dios está en el dolor que queda
y en el viejo que pasa,
en la madre que alumbra nuevas vidas,
y en la torre de la mezquita blanca.
Dios está en la mina y en la plaza.

Es verdad que está en todas partes,
pero hay que verle,
sin preguntar dónde está
como si fuera mineral o planta.

Quédate en silencio, mírate a la cara.
El misterio de que veas y sientas, ¿no basta?

Pasa un niño cantando, tú le amas,
ahí está Dios.
Le tienes en la lengua cuando cantas
y cuando preguntas dónde está,
esa curiosidad es Dios, que camina
por tu sangre amarga.

En los ojos le tienes cuando ríes,
en las venas cuando amas,
ahí está Dios, en ti,
pero tienes que verle tú,
de nada sirve que te lo señale,
que te diga que está en la ermita, de nada,
has de sentirlo tú,
trepando, arañando, limpiando las paredes
de tu casa.

De nada vale que te diga que está en las manos
de todo el que trabaja,
que se va de las manos del guerrero,
aunque éste comulgue o practique
cualquier religión, dogma o rama;
huye de las manos del que reza y no ama,
del que va a misa y no enciende a los pobres
velas de esperanza;
suele estar en el suburbio

hasta altas horas de la madrugada,
en el hospital, en la casa enrejada.

Dios está en eso tan sin nombre que se sucede
cuando algo te encanta,
pero de nada vale que te diga
que Dios está en cada ser que pasa.

Si te angustia ese hombre
que se compra alpargatas;
si te inquieta la vida del que sube y no baja;
si te olvidas de ti y de aquellos,
y te empeñas en nada,
sin que una angustia se te enquiste
en la entraña;
si amanece un día silbando a la mañana
y sonrías a todos y a todos das las gracias,
Dios está en ti, debajo mismo de tu corbata.

123. Estoy ante ti, Señor

Aquí estoy, Señor de mis utopías y mis fracasos.
Aquí estoy ante ti con un afán sincero de acercarme a tu vida.

Me siento feliz por la fe que me has dado
y el amor con que me amas.
Quiero crecer, superarme,
tocar la altura y lo profundo.

Quiero, Señor Jesús,
dar a mi vida el estilo de la tuya
y hacer del Evangelio un camino de libertad.

Te abro mi corazón tan frágil e inconstante;
te abro mi corazón tan pobre, vacío e inseguro.
Oh Dios, lléname de tu presencia con la fuerza de tu Espíritu.

Te pido me des el don de la oración,
el don de saber acercarme a ti.
Te pido me des el gusto por tu palabra de Vida.

Oh Dios, que mis ojos vean tu rostro
y mis manos palpen tus huellas.
Hazte presente en mi vida
y da nuevo rumbo a mi existencia.

Aquí estoy,
aquí me tienes como arcilla en tus manos:
Moldéame y haz la obra que soñaste conmigo.

124. Camino contigo, Señor

Contigo, Señor Jesús, voy en la barca.
A veces el mar de mi vida se levanta bravo,
y la tempestad juega con mi barco.
La borrasca, Señor, de mis miedos y fracasos;
la borrasca, Señor, de mis inseguridades;
la borrasca, Señor, de mis conflictos y tensiones.

Despierta, Señor, ven en mi ayuda.
Despierta, Jesús,
y conduce mi barca
que zozobra en la tempestad.

Manda, Señor,
que las olas se rompan ante tu presencia;
tú que eres el Señor y el Salvador de los hombres.

Dame fe, Señor Jesús,
para que cuente contigo,
para que me fíe de ti,
para que me abandone en la seguridad
de tu amor y misericordia.

Dame tu Espíritu
para que mi fe sea firme como la roca.
Señor Jesús, contigo no tengo miedo
porque tú me conduces,
porque eres mi Pastor y nada me falta.

Tú das a mi alma paz y sosiego,
tu luz y tu ternura.
Conforta mi pobre corazón.

Señor Jesús,
aunque pase por valles tenebrosos,
aunque pase por noches oscuras,
guíame por el sendero que conduce a la vida.
Nada temo, porque tú vas conmigo.
Tu vara y tu cayado me dan seguridad.
Yo sé que eres bueno
y que unges mi corazón con tu gracia.

Rebosa mi copa con el don de la fe;
llena mi vida con el don de tu Espíritu.
Tu gracia y tu bondad, Señor,
me acompañaron siempre
a lo largo de mi vida.

Tú serás siempre mi morada, mi refugio,
mi casa donde me cobijo.
Señor Jesús,

guía mi vida, fortalece mi fe,
ilumina mis noches,

Gracias, Señor,
porque contigo el camino se hace llano
y nada me falta.
Eres mi pastor,
eres mi guía,
eres mi maestro.

125. Aquí estoy, Padre

Aquí estoy, Padre,
ante tu Hijo colgado del madero de la cruz.
Estoy en silencio, Padre,
como tú también lo estás.

Como tus ojos contemplan a tu Hijo, clavado en alto,
yo también, Padre,
quiero poner mis ojos en el Crucificado.

Padre, no entiendo nada
y te digo con Jesús, tu Hijo,
que por qué le has abandonado,
por qué le has dejado solo.

Acepto, Padre, tu voluntad para con tu Hijo Jesús.
Y creo de corazón que éste es el camino,
éste es el proyecto
que tú le entregaste para salvación del hombre.

Padre, fortaléceme en la fe
para que acepte lo que no comprendo;
dame un corazón sencillo, humilde,
para que vea en tu Hijo crucificado una obra de amor:
la obra más bella, jamás realizada.

Padre bueno y misericordioso,
que has tenido compasión de nosotros
entregando a tu Hijo a la muerte,
y una muerte de cruz;
dame un corazón capaz de responder a tu amor
hasta el extremo,
amando a tu Hijo
entregado por nosotros hasta el extremo.

Oh Dios, enséñame que tus caminos
no son nuestros caminos;
Que tus planes no son nuestros planes;
que tus proyectos van más allá de los nuestros.

Oh Dios, cercano a los hombres en Jesús,
gracias, porque por medio de tu Hijo crucificado

nos has perdonado;
gracias, porque en tu Hijo crucificado
se ha manifestado tu gloria,
tu gracia, tu vida, tu amor y lealtad.

Gracias, Padre.
Estoy aquí ante el Crucificado
y siento en él tu amor inmenso por mí,
Estoy aquí y siento presente tu corazón de Padre
abierto de par en par,
chorreando luz y amor,
en tu Hijo crucificado.

Gracias, Padre, por el don de tu Hijo;
gracias, Padre, porque en tu Hijo crucificado
nos has dado un hermano mayor.

Gracias, Padre,
porque has estado grande con nosotros
y estamos alegres.
Te alabo, te bendigo, porque nos has salvado.
Gracias.

126. Me has llamado, Señor

Señor,
me has llamado a la existencia con un designio preciso,
me has hecho conocer lo importante de mi vida,
me has dado una vocación.

Tú me has llamado y quiero responderte decidido,
tú me has escogido y quiero seguirte con ilusión.
Me llamas a ser testigo tuyo, percibo lo que debo ser,
conozco lo que debo hacer, necesito tu ayuda
para vivir como tú quieres.

Tú me llamas a vivir con los demás,
a descubrirte con los demás, a encontrarte con ellos.
Tú me llamas a tomar en serio el tiempo,
la vida, el hombre, el amor.

Es tu discípulo quien te ve en los demás y los ama,
quien te ve en los demás y los perdona,
quien te ve en los pobres y hace algo por ellos.

Tú me llamas cada día, llamas a todo hombre,
al que está triste, al soberbio, al grande,
al que ostenta poder, al pequeño, al débil.
Tú me llamas siempre,
cuando lloro y cuando sufro, cuando trabajo y cuando amo,
me llamas en la libertad.

Tú, que estás conmigo en todo cuanto hago,
tú que conoces el corazón de cada uno,

ayúdame a vivir mi consagración,
junto a mis hermanos de comunidad
y acompañados siempre por tu Madre
y nuestra Madre. Amén

127. En tus manos, Señor

En tus manos, oh Dios, me abandono.
Modela esta arcilla, como hace con el barro el alfarero.
Dale forma y después, si así lo quieres, hazla pedazos.

Manda, ordena, ¿qué quieres que haga, Señor?
Elogiado y humillado, perseguido, incomprendido y calumniado,
consolado, dolorido, inútil para todo,
sólo me queda decir a ejemplo de tu Madre:
“Hágase en mí según tu palabra”.

Dame el amor por excelencia, el amor de la cruz;
no una cruz heroica, que pudiera satisfacer mi amor propio:
sino aquellas cruces humildes y vulgares,
que llevo con repugnancia.

Las que encuentro cada día en la contradicción,
en el olvido, el fracaso,
en los falsos juicios y en la indiferencia,
en el rechazo y el menosprecio de los demás,
en el malestar y en la enfermedad,
en las limitaciones intelectuales y en la aridez,
en el silencio del corazón.
Solamente entonces tú sabrás que te amo,
aunque yo mismo no lo sepa.
Pero eso basta.

128. Me has seducido, Señor

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
desde que aprendí tu nombre
balbuceado en familia.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
en cada nueva llamada
que el inmenso mar me traía.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
hasta el confín de la tarde,
hasta el umbral de la muerte.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
en cada rostro de pobre

que me gritaba tu voz.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
y en el desigual combate
me has dominado, Señor,
y es bien tuya la victoria.

Me has seducido, Señor,
en desigual batalla
y la victoria es bien nuestra.

129. A ti me vuelvo, Señor

A ti me vuelvo, gran Señor; que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y adonde él nos perdió, tú nos cobraste.

A ti, pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste.

A ti me vuelvo en mi aflicción amarga
y a ti toca, Señor, el darme ayuda,
que soy cordero de tu aprisco ausente
y temo que a carrera corta o larga
cuando a mi daño tu favor no acuda
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

130. Pastor, que con tus silbos...

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú que hiciste cayado de este leño
en que tiendes los brazos poderosos;

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres:
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados;

¿pero cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

131. Pobreza evangélica

No tener nada.
No llevar nada.
No poder nada.
No pedir nada.
Y, de pasada,
no matar nada,
no callar nada.
Solamente el Evangelio, como una faca afilada.
Y el llanto y la risa en la mirada.
Y la mano extendida y apretada.
Y la vida, a caballo, dada.
Y este sol y estos ríos y esta tierra comprada,
para testigos de la revolución ya estallada.

¡Y “nada más”!

132. Te busco desde siempre

Te busco desde siempre. No te he visto
nunca. ¿Voy tras tus huellas? Las rastreo
con ansia, con angustia, y no las veo.
Sé que no sé buscarte, y no desisto.

¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto
en descubrir tu rastro? Mi deseo
no sé si es fe. No sé. No sé si creo
en algo, ¿en qué? No sé. No sé si existo.

Pero, Señor de mis andanzas, Cristo
de mis tinieblas, oye mi jadeo.
No sufro ya la vida, ni resisto

la noche. Y si amanece, y yo no veo
el alba, no podré decirte: «He visto
tu luz, tus pasos en la tierra, y creo».

133. Como la hiedra

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado
el recuerdo que brota cargado de ilusión!

Porque es como la hiedra, déjame que te abrace,

primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que tú lo ves!

134. ¿Dónde está, Señor, tu luz?

Dame, Señor, tu mano guiadora.
Dime dónde la luz del sol se esconde.
Dónde la vida verdadera. Dónde
la verdadera muerte redentora.

Que estoy cierto, Señor, que quiero ahora
saber. Anda, Señor, anda, responde
de una vez para siempre. Dime dónde
se halla tu luz que dicen cegadora.

Dame, Señor, tu mano. Dame el viento
que arrastra a ti a los hombres desvalidos.
O dime dónde está, para buscarlo.

Que estoy ciego, Señor. Que ya no siento
la luz sobre mis ojos ateridos
y ya no tengo Dios para adorarlo.

135. ¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte?

¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo
alegremente y sin temor departe?

Y sólo por ti te amé, y llegué a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera por hallarte.

¡Oh, con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!

136. Todo eres lumbre

Tanto ardes, que tus manos prenden brasas
en la aurora, cual Sol resucitado,
y en la arena por dar un pez asado
y hogar a tus amigos de almas lasas.

Tanto amas, que al camino te acompasas
de Emaús -compañero inesperado-
y enciendes suavemente en su costado
el fuego que del tuyo les traspasas.

Que es llama contagiosa cada herida
que sufriste en la cruz. Todo eres lumbre
avivada en el soplo de la pascua.

Inflama con tus llagas, pues, mi vida;
cambia en rujiente amor mi vieja herrumbre,
mi apagado carbón en gozosa ascua.

137. ¿Qué tengo yo...?

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Que interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas veces, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

138. Partícipes de la naturaleza divina

Eres misterio, Dios mío, de comunión,
compenetración misteriosa, dialogante,
vida enteramente entregada y recibida

en abrazo que funde y que libera.

Llegas hasta mí, te acercas,
salvando distancias infinitas,
para darme un nombre y apellido,
ponerme el vestido y el sello de la casa
e introducirme en el secreto
e intimidad de la familia.

Y siento en mí la corriente de tu vida,
como si Alguien me estuviera recreando
y diciendo «hijo mío» a cada instante.
Y siento también un deseo irresistible
de gritar: «Abba, Padre mío», sobrepasando
la fuerza y la ternura de mi alma.

139. Señor Jesús

Mi fuerza y mi fracaso
eres tú.
Mi herencia y mi pobreza.
Tú, mi justicia,
Jesús.
Mi guerra y mi paz.
¡Mi libertad!
Mi muerte y vida, tú.
palabra de mis gritos,
silencio de mi espera,
testigo de mis sueños,
¡cruz de mi cruz! .
Causa de mi amargura,
perdón de mi egoísmo,
crimen de mi proceso,
juez de mi pobre llanto,
razón de mi esperanza.
¡Tú!
Mi Tierra Prometida
eres tú...
La pascua de mi pascua,
¡nuestra gloria
por siempre,
Señor Jesús!

140. El Cristo de Velázquez

Me gusta el Cristo de Velázquez.
La melena sobre la cara...
y un resquicio en la melena
por donde entra la imaginación.
Algo se ve.
¿Cómo era aquel rostro?

Mira bien,
componlo tú.
¿A quién se parece?
¿A quién te recuerda?
La Luz entra
por los cabellos manchados de sangre
y te ofrecen un espejo.
¡Mira bien! ¿No ves cómo llora?
¿No eres tú? ¿No eres tú mismo?
¡Es el hombre!,
el hombre hecho Dios.
¡Qué consuelo!
No me entendéis...
¿Por qué estoy alegre?
No sé,
tal vez porque me gusta más así:
el hombre hecho Dios,
que el Dios hecho hombre.

141. A Cristo crucificado

Tú me ofreces la vida con tu muerte
y esa vida sin ti yo no la quiero;
porque lo que yo espero, y desespero,
es otra vida en la que pueda verte.

Tú crees en mí. Yo a ti, para creerte,
tendría que morirme lo primero;
morir en ti, porque si en ti no muero
no podría encontrarte sin perderte.

Que de tanto temer que te he perdido,
al cabo, ya no sé qué estoy temiendo:
porque de ti y de mí me siento huido.

Mas con tanto dolor que estoy sintiendo,
por ese amor con el que me has herido,
que vivo en ti cuando me estoy muriendo.

142. Ante la cruz

Ante tu cruz, Señor Jesús, permanecemos en silencio,
con el corazón en suspenso.
Te recordamos recorriendo Palestina y acercándote a los pobres,
y poniendo luz en los ojos de los ciegos
y renovando las ilusiones,
y llamando a cambiar la vida y el mundo,
y anunciando el amor sin medida de Dios Padre.
Ante tu cruz recordamos tu fidelidad hasta el fin
y tu entrega sin reservas.
El mal del mundo y nuestro mal,
la mentira del mundo y nuestra mentira
han querido hacerte desaparecer y lo han logrado:
te han detenido, te han torturado, te han crucificado.
Señor Jesús, ante tu cruz, contemplando tu rostro,

que refleja el rostro dolorido de toda la humanidad
y junto a María, tu madre,
déjanos manifestarte nuestro agradecimiento,
nuestro amor, nuestra fe.
Míranos y danos tu gracia salvadora, Señor Jesús.

143. Al Cristo de Bugobe

Cristo para mis rezos, Cristo roto.
Cristo sin pies para evitar la huida,
destrozados tus brazos y su vida.
Cristo silente, tu mensaje noto.
Tú nos quieres decir sin alboroto,
que murieron por ti, y en la partida
será su sangre semilla escondida,
que crecerá en la luz y ya sin coto.

Tu imagen, como ellos, destrozada
avivará recuerdos en nosotros.
Su muerte no será viento perdido.

En el surco, cosecha enamorada,
presentes crecerán siempre sus rostros
al ver ese mirar tan dolorido.

144. Hazme una cruz sencilla

Hazme una cruz sencilla,
carpintero...;
sin añadidos
ni ornamentos...,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto:

este equilibrio humano
de los dos mandamientos...
Sencilla, sencilla...
Hazme una cruz sencilla, carpintero.

145. Ante tus llagas, Jesús

Jesús, quiero tocar tus manos y costado,
quiero palpar, Jesús, tus heridas,
y beber en tus fuentes escondidas,
y lavar en tus ríos mis pecados.

Quiero estar y vivir siempre a tu lado,
meterme en tus hogueras encendidas,
para quemar allí mi vieja vida
y quedar en ti mismo transformado.

Se acabaron ya las dudas y temores,
se curaron antiguas añoranzas,
enciende el amor nuevos resplandores,

la Pascua resucita la esperanza.
Cesó la noche. El sol de Cristo brilla;
la fe ante las llagas se arrodilla.
Como a Tomás, Señor,
invítanos a comprobar tus heridas
en los hombres que sufren junto a mí.
Y, como a él, dínos hoy, buen Señor,
confía, cree en mí y sígueme.

146. Cristo mío

Casi en las manos sosteniendo el brío,
desprendido y yacente del cuerpo santo
deshabitado está, ¡no alzas el llanto!
Ya tiene luz la rosa y gozo el río.

La muerte confirma su señorío

sobre la carne del Señor y, entre tanto,
si es sombra sana su mortal quebranto,
ya está el tiempo parado, Cristo mío;

ya está el tiempo en el mar y está cumplida
la noche en la mirada redentora
que vio la luz mirando el firmamento.

¡Y volverá el pecado con la vida,
y clavada en la cruz está la Aurora
ya inútil al abrazo y leve al viento!

147. Delante de la cruz

Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y sin ellos quererlo estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédense, Señor, así cantando,
y sin ellos quererlo estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así con la mirada en vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera;
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis me muera.

148. Clavadme a vuestro leño

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido!,
desnudo como Adán, aunque vestido,
de las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido
al mismo precio en que me habéis comprado.

Besos de paz os di para ofenderos;
pero si fugitivo de su dueño
hierran, cuando los hallan, los esclavos,

hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño
y tendreisme seguro con tres clavos.

149. Pender de un leño

Pender de un leño, traspasado el pecho,
y de espinas clavadas ambas sienas;

dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fue heroico hecho.

Pero ¿qué fue nacer en tanto estrecho
donde para mostrar en nuestros bienes,
a dónde bajas, y de dónde vienes,
no quiere un portalillo tener techo?

No fue esta gran hazaña, ¡oh gran Dios mío!,
del tiempo, por haber la helada ofensa
vencido en tierna edad, con pecho fuerte;

qué más fue sudar sangre, que haber frío,
sino porque hay distancia más inmensa
de Dios a hombre, que de hombre a muerte.

150. Quisieron clavar los pies

Ya sacerdote y víctima preparas
con tierno amor, ofrenda y sacrificio,
dando a los hombres generoso indicio,
que es blando lecho, las sangrientas aras.

¿Cómo, Señor, venciendo no reparasen
dar tus sacros miembros tan propicio
al duro hierro y al cruento oficio,
sin aun más tormentos que morir buscaras?

Y cuando fija en el madero tienes
la culpa de los bárbaros tiranos,
y dar al mundo libertad previenes;

quisieron, ciegos de temores vanos,
por afrentar sus pasos y tus bienes,
clavar los pies y atravesar las manos.

151. Ante las llagas

Quiero tocar tus manos y costado,
quiero palpar, Jesús, tus cinco heridas,
y beber en tus fuentes escondidas,
y lavar en tus ríos mis pecados.

Quiero estar y vivir siempre a tu lado,
meterme en tus hogueras encendidas,
para quemar allí mi vieja vida
y quedar en ti mismo transformado.

Se acabaron ya dudas y temores,
se curaron antiguas añoranzas,
enciende el amor nuevos resplandores,

la Pascua resucita la esperanza.
Cesó la noche. El sol de Cristo brilla,
la fe ante las llagas se arrodilla.

152. A Cristo crucificado

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

153. A Jesús crucificado

Delante de la Cruz, los ojos míos,
quédense, Señor, así mirando
y sin ellos quererlo, estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y, sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así, con la mirada en vos prendida,
y así, con la palabra prisionera
como a carne a vuestra cruz asida,

quédese, Señor, el alma entera,
y así, lavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis me muera.

154. Cristo resucitado

Cristo resucitado,
enséñanos tus llagas,
que curen nuestras dudas
y enciendan nuestras almas.

Con todas vuestras ansias,
¿qué visteis en la tumba,
que estaba tan sellada?

Vimos vacío inmenso,
las losas ya quebradas,
la muerte convertida
en la dama del alba.

Despojos encontrados,
el sudario y la sábana
fueron reliquias, signos
de victorias anunciadas.

Lo vimos en el lago,
peces en abundancia,
un pan de eucaristía
gran amor en el alma.

-«¿Me quieres más?». -«Te quiero
con todas mis entrañas».
En eso del querer
él es quien siempre gana.

Dinos, tú, Magdalena,
¿qué pasó en la mañana,
cómo le conociste,
hortelano del alma?

Él pronunció mi nombre,
quitó mis cataratas,
todo resplandecía,
hecho de amor un ascua.
Viajeros de Emaús,
¿cómo era su palabra?,
¿cómo partía el pan,
que era señal y marca?

Era palabra viva,
él se hacía palabra,
y él mismo se partía
en vivas rebanadas.

Di, Tomás, ¿qué sentiste
al penetrar sus llagas

y palpar con tus dedos
la luz de sus entrañas?

Mis dedos se quemaron
en unas dulces brasas;
mis dudas se abrasaron
en hogueras de gracia.

Cristo resucitado,
enséñanos tus llagas,
que curen nuestras dudas
y enciendan nuestras almas.

Testigos de presencia,
testigos de esperanza,
¿cómo le conocemos
en nuestra vida diaria?

-Mirar con ojos limpios,
amor en la mirada,
deseos de encontrarlo
en figura encarnada

Abrir el corazón
al que a tu puerta llama,
y escucharás tu nombre,
signo, presencia y gracia.

155. Jesús resucitado

Movido por mi fe de peregrino
te busco a ti, Jesús, entre las rocas;
algunas hablan ronco, si las tocas,
silentes son las otras al camino.

Cumpliendo con ardor mi fiel destino,
me empozo en las cavernas de hoscas bocas,
acarician su muerte risas locas,
cuando rompe la tumba un ser divino.

Eres tú, buen Jesús, a quien yo invoco,
eres tú, el Salvador, fuente escondida,
quien corta las medidas de mi pena.

Jesús resucitado, álzame un poco;
así mi corazón tendrá en seguida
un triunfo a la esperanza y luz serena.

156. Está vivo

Yo sentí su presencia misteriosa
en las horas terribles del dolor;
lo he sentido en las horas luminosas
desde el gozo y la paz, desde el amor.

A veces su presencia es silenciosa;
a veces, es torrente arrollador.
Te mira, desde el pájaro y la rosa;
te llama desde el fondo, en tu interior.

Aunque yo no lo sienta, él está dentro;
aunque cierre mi puerta, esperará.
Es más fuerte que yo: él es mi centro.

Por siempre y más que yo, él me amará.
Él conduce mi barca mar adentro
¿qué puedo yo temer, si vivo está?

157. Somos de los tuyos

Somos de los tuyos, de tu grupo, Jesús,
si nos acercamos al otro sin juzgarlo.
Somos tuyos si empleamos,
para comprender la medida que aplicamos a lo nuestro,

Somos tuyos si nos alineamos al lado de los pobres,
si hacemos nuestro el dolor de los que sufren,
si estamos junto a los desheredados de la tierra.

Somos de los tuyos, tus seguidores, Jesús,
si elegimos a Dios como el único Señor,
derribando el ídolo encumbrado del dinero;
si optamos por el ser antes que por el tener,
y compartimos lo nuestro con los demás.

Somos de los tuyos, de tu Espíritu,
si nos acogemos a la debilidad frente al poder;
si preferimos servir y ser los últimos
y confiamos sólo en la fuerza del amor.

158. Nuestro dolor te pertenece

Jesús, tu presencia es anuncio gozoso
de gracia y de liberación.
Tú recoges el llanto que anega los ojos de tantos
que sufren tinieblas y silencios.
Tú pones volumen al grito de los oprimidos,
firmas la denuncia y apoyas la protesta
de los que padecen sin tregua la injusticia.
Sientes que es tuya la soledad de cada preso,
la angustia del parado, del eventual y el temporero,
la amargura del anciano abandonado y roto.
Sufres el desencanto de tanta juventud estafada,
el complejo del débil y del fracasado,
el horror de los hombres torturados.
Nuestro dolor te pertenece;
tuyo es el mapa, Señor, de nuestras heridas
Ábrenos el corazón al problema del hermano,

alienta nuestros pasos hacia aquel que nos reclama.
Muéstranos cómo aprovechar las energías malgastadas
en hablar de promoción y estructuras,
mientras tantos padecen en situación de emergencia.
Encabeza, Señor, la marcha ilusionada
de quienes, contigo, intentamos hacer la tierra nueva.

159. Guíanos, Señor

Guíanos tú, Señor, hacia verdes prados
donde el pasto sea abundante.
Haz que nuestros pasos discurran
sin detenerse hacia una fuente de agua clara
donde podamos recuperar nuestras fuerzas
y refrescarnos del cansancio acumulado.
No detestamos el polvo del camino,
sabemos que se impregna
en todos aquellos que trabajan en su vida.
Tampoco nos abruma la escasez de la cosecha
porque tú nos enseñaste a no depender de ella.
Más nos preocupa andar equivocados
o vivir artificialmente entusiasmados
o acaso sentirnos satisfechos.
Sentimos cercano el latido de «otros tiempos»
y nos mueve un deseo sincero de vivir en el «ahora».
Estamos convencidos de que hay que ir mucho más allá.
Pero, tú sabes, Señor, que nosotros no sabemos gran cosa.
Guíanos tú, como lo has hecho tantas veces
y danos sinceridad para buscarte
especialmente en los débiles.
Danos ilusión, aunque sólo sea
para mirar hacia adelante.
Danos sencillez
para poder ir recuperando
lo que no queremos perder, pero perdemos.
Y danos una esperanza de pobre
para que en los buenos momentos
todo lo saboreemos juntos en la mesa desde tu casa;
y en los tiempos difíciles miremos a esa cruz en silencio
y, confiados en que nos sigues animando en todo,
salgamos de nuevo a caminar,
a vivir y a tratar de hacer vivir tu reino.

160. Mirar siempre hacia adelante

Ayúdanos, Señor, a mirar siempre hacia adelante,
a emprender el camino convencidos de que no vamos solos,
de que tú vas con nosotros.

Danos valor, mucho valor,
para afrontar nuestra vida de todos los días,
para ser testigos tuyos en este tiempo

y llevar el ánimo
y la esperanza a nuestros hermanos.

Abre nuestro corazón a los problemas del mundo.
Haz que seamos capaces de escuchar a los demás.
Danos una actitud de humildad
para servir con alegría cada día
sabiendo que, de esta manera,
vamos construyendo tu reino paso a paso.

Ayúdanos a gastar nuestra vida
por el proyecto que Jesús nos encargó.
No queremos defraudarte, Señor,
queremos que cuentes con nosotros.
Estamos seguros de tu apoyo.

Gracias por este tiempo vivido,
gracias por el silencio y por tu mensaje,
gracias porque tú nos has unido de verdad,
gracias por haber estado aquí, gracias por todo,
hasta por los detalles más sencillos.

161. Te buscaré, Señor

Señor, si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estás por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?

Habitas en una claridad inmarcesible.
Pero ¿dónde se halla esa inmarcesible claridad?
¿Quién me conducirá hasta allí para verte en ella?
¿Con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?

Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro. Enséñame a buscarte
y muéstrate a quien te busca
a menos que tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas.

Deseando, te buscaré;
te desearé buscando;
amando te hallaré;
y encontrándote, te amaré.

162. Tu palabra es vida

Quiero, Señor, hacer de tu palabra camino para mi vida;

quiero amar tu voluntad de todo corazón.
Quiero guardar puro mi camino
cumpliendo tu palabra;
de todo corazón te ando buscando, Señor.
¡Tu palabra es vida, tu palabra es amor!
Quiero ser tu discípulo y escucharte cada día;
quiero que tu palabra sea la norma en mi caminar
y encontrar en tus mandatos mis delicias.
Abre mis ojos, Señor, a la luz de tu palabra.

Tu palabra de verdad alumbra mis pasos;
en tu palabra he puesto mi esperanza día y noche.
Con todo el corazón quiero cumplir tu voluntad,
y que tus caminos sean siempre mis caminos.

Enséñame sabiduría y seré libre y feliz;
enséñame prudencia y sabré estar en la vida;
enséñame los secretos de tu corazón de padre
y viviré desde lo profundo de mi existencia.

Tu palabra es más rica que la plata y el oro;
tu palabra es más dulce que la miel;
tu palabra es antorcha para mis pasos;
tu palabra es manantial que apaga mi sed.

Amo tu palabra y gozo al sentirme unido a ti;
espero tu palabra, es respuesta a mis preguntas;
creo en tu palabra y ella alimenta mi fe;
cumpro tu palabra y ella me fortalece.

Tu palabra me enseña a amar la verdad;
a amar hasta las últimas consecuencias;
a mantener el corazón limpio y puro,
a buscar la justicia entre los hombres.

Mantén mi corazón firme con tu palabra;
que ella sea la alegría de mi corazón;
que yo guarde siempre tus mandamientos,
que busque en ellos tu salvación.
¡Tu palabra es vida, tu palabra es amor!

163. Encuentro

Heme aquí, Señor, ante ti.
Siento que me has llamado;
ayúdame a encontrarte en mi vida:
que pueda decir que desde que te he conocido y amado,
algo en mi vida ha cambiado;
que pueda sentir que
desde que te conozco ya no soy el mismo;
que, a pesar de seguir siendo un hombre

sometido a la tentación,
soy ya alguien que goza de tu amistad y de tu cariño;
que pueda creer que me he convertido a ti,
que te he reconocido y aceptado en mi vida,
que los ritmos de mi vivir,
mi gozar y sufrir se han adaptado a ti.
Señor, siento que tú me has llamado.
No dejes mi vida en la soledad sin fin del desierto.
Hazte presente en mi vida:
acompañame, consuélame,
purifícame, acógeme, protégame.
Señor, he entrado en este encuentro contigo
confiado en tu palabra;
tú me has llamado.
Ojalá al final de este tiempo pueda decirte:
«desde que te he conocido ya soy otro, Señor».

164. Atentos a tu palabra

Señor, en estos momentos
nuestra actitud es como la de María:
estamos atentos a tu palabra.
«He aquí la esclava del Señor.
Que se haga en mí según tu palabra».

Como Pedro, proclamamos nuestra fe en ti:
«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».
Ponemos en ti nuestra única esperanza:
«¿A quién, Señor, iremos?
Tú tienes palabras de vida eterna».

A tu lado estaremos seguros.
«Jesús, te seguiremos a donde quiera que vayas».
Sabemos que estamos manchados,
por eso te pedimos como el leproso:
«Señor, si quieres puedes limpiarme».

Y como el ciego de nacimiento acudimos a ti
para que nos libres de nuestra ceguera:
«Señor, haz que vea».

Eres manantial de agua viva,
por eso, como la Samaritana, te aclamamos:
«Señor, danos de esa agua viva

para que no tengamos más sed».

En medio de las dificultades,
como tus discípulos acosados por la tormenta,
también te gritamos:
«Señor, sálvanos que perecemos».
Y deseamos, como los discípulos de Emaús,
que permanezcas siempre a nuestro lado.

165. Oración del enviado

Id por todo el mundo...
Estas palabras están dichas para mí.
Soy continuador de tu obra.
Soy tu compañero en la misión.
Gracias, Jesús.
Me encuentro emocionado por tu confianza.

La mies es mucha y los braceros pocos.
Quiero ser uno de ellos.
Muchas personas están caídas y pasamos de largo.
Quiero ser el buen samaritano.
Conviérteme a mí,
para que yo pueda anunciar a otros la Buena Noticia.

Dame AUDACIA.
En este mundo escéptico y autosuficiente,
tengo vergüenza y miedo.

Dame ESPERANZA.
En esta sociedad recelosa y cerrada,
yo también tengo poca confianza en las personas.

Dame AMOR.
En esta Tierra insolidaria y fría,
yo también siento la ausencia del amor.

Dame CONSTANCIA.
En este ambiente cómodo y superficial,
yo también me canso fácilmente.
Conviérteme primero a mí,
para que yo pueda anunciar a otros la Buena Noticia.
Gracias, Jesús.
Me encuentro emocionado por tu confianza

166. Sin demora, sígueme

Salvador de toda la vida,

los días pasaban y yo no te daba una respuesta.
Llegué incluso a preguntarme:
¿Tengo verdadera necesidad de Dios?
Se levantaron muros de duda y vacilación que,
a la deriva, me alejaban de ti.

Tú, Jesús el Cristo, misteriosa presencia.
Tú has querido esperarme.
En el fondo de mis contradicciones,
e incluso de mis rebeldías interiores,
he percibido una vez más
esa transparencia del evangelio:
tu amor no es una palabra vana,
es tu continua presencia, tu confianza, tu perdón.

Comprendí que, por el Espíritu,
tú, el resucitado, me habitabas
sin haberme nunca abandonado.
Me amaste antes de que yo te amara.

De regreso a tu fuente, heme aquí dispuesto
a decirte y repetirte un sí para siempre,
el sí de la Virgen María.

Una luz despunta
y en mi corazón rompe la aurora.
Escucharé por siempre tu llamada:
sin demora, ¡sígueme!

167. Tú habitas en el mundo

¡El mundo! El mundo es el lugar donde estás tú.
A ti te va la vida,
la fiesta y las manos callosas
de los que construyen el mundo.
A ti te va todo lo que sea crecer,
avanzar, ir más lejos,
hacer más humanidad.
Tú quieres estar bien en medio,
en el centro de la vida
en el corazón del hombre
y de la sociedad.
Nosotros nos empeñamos en ponerte aparte.
O fuera o dentro.
O en las nubes o en intimidad.

O encima o debajo.
Siempre sacándote del mundo.

Te llevamos a la periferia.
Pero no te vas del centro.
Te sitúas en las entrañas de la vida.
Allá donde se juega
el futuro de la humanidad.
Allá estás tú, siempre en medio,
impertérrito, sin que te afecten los olvidos,
las exclusiones o lo marginación.

¡El mundo! El mundo es tu sitio.
Ahí es donde tenemos que buscarte.
Que tú no eres un dios de vitrina.
Eres lo bastante fuerte como para resistir
en la primera fila de la lucha,
donde silban las balas
y levantan montañas de escombros las bombas.

¡Ahí es donde tenemos que buscarte,
con Jesús, el Mesías de los pobres!
Y luego cantar contigo
la canción de la victoria.
Y hacer fiesta.
Y gozar en el hogar de los hijos.

Señor Jesús, hermano de los pobres:
frente al turbio resplandor de los poderosos
te hiciste impotencia.
Desde las alturas estelares de la divinidad
bajaste al hombre hasta tocar fondo.
Siendo riqueza, te hiciste pobreza.
Siendo el eje del mundo,
te hiciste periferia, marginación, cautividad.

Dejaste a un lado a los ricos y satisfechos
y tomaste la antorcha de los oprimidos
y olvidados, y apostaste por ellos.
Dijiste que los ricos ya tenían su dios
y que sólo los pobres ofrecen espacios libres al asombro;
para ellos será el sol y el reino, el trigo y la cosecha.

¡Bienaventurados!
Es hora de alzar las tiendas y ponernos en camino
para detener la desdicha y el sollozo,
el llanto y las lágrimas,
para romper el metal de las cadenas
y sostener la dignidad combatiente;
que viene llegando, implacable.
el amanecer de liberación
en que las espadas serán enterradas
en la tierra germinadora.

Son muchos los pobres, Señor; son legión.

Su clamor es sordo, creciente, impetuoso
y, en ocasiones, amenazante
como una tempestad que se acerca.
Danos, Señor Jesús,
tu corazón sensible y arriesgado,
líbranos de la indiferencia y la pasividad;
haznos capaces de comprometernos y de apostar,
también nosotros, por los pobres y abandonados.
Es hora de recoger los estandartes de la justicia y de la paz
y meternos hasta el fondo de las muchedumbres
entre tensiones y conflictos,
y desatar al materialismo con soluciones alternativas.
Danos, oh rey de los pobres,
la sabiduría para tejer una única guirnalda
con esas dos flores rojas: contemplación y combate.

168. Vosotros sois la luz del mundo

Vosotros sois luz del mundo
y ardiente sal de la tierra,
ciudad esbelta en el monte,
fermento en la masa nueva.

Vosotros sois los sarmientos,
y yo la vid verdadera.
Si el Padre poda las ramas,
más fruto llevan las cepas.

Vosotros sois la abundancia
del reino que ya está cerca;
los doce mil señalados
que no caerán en la siega.

169. El reinado de Dios

Tu reino, Señor, se hace presente
cuando se fomenta la justicia
y es respetada la libertad.
Cuando todos somos hijos tuyos,
los sueños deletrean: amistad
hermanos, paciencia, caridad.

Tu reinado, Señor, viene a nosotros
siempre que el pueblo dispone
de sustento, vivienda, trabajo y sanidad.
Tú nos enseñas, por Jesús,

a vivir con dignidad la vida
y a festejarla en la fraternidad.

En tu reino, Señor, no caben privilegios
de quienes se creen el fruto de la espiga
en honor y dignidad.
Eres un Dios vivo,
enemigo de los ídolos humanos,
y no hay mayor cansancio que el tuyo,
Señor, ascendiendo nuestra sed
de vanidades por un bosque de luz.

El reino que predicaste
llega casi de puntillas,
se revela y está escondido.
Es simiente que se esparce por los campos,
levadura que fermenta entre la masa,
luz que muestra el horizonte a los perdidos.

El reino de Dios, según los evangelios,
es un banquete de bodas,
un adviento de ternura que reparte los panes
en las manos frágiles
de los que gozan detrás del corazón.

170. Sed de Dios

Dios mío, yo te busco y no te encuentro;
Sed de ti tiene mi pobre corazón;
te busco y me siento con frecuencia defraudado,
porque mi alma se encuentra como tierra reseca.

Tengo sed de ti: de tu amor y lealtad,
de tu verdad y sinceridad.
Tengo sed de ti: de tu fidelidad y comprensión,
de tu amor y misericordia.

Tu amor, Señor, es vida para mi pobre vida:
tu rostro irradia la luz de tu gracia y verdad;
tus manos están abiertas al perdón y la acogida;
todo tu ser es tuerza de salvación para el hombre.

En las noches, en la soledad pienso en ti;
y mi corazón camina hacia la luz de tu mirada;
tú llenas mi noche, das sentido a mi existencia,
y eres para mí amigo bueno que me acompaña.

Por ti mi corazón no duerme;
por ti estoy como centinela esperando tu llegada;
por ti mi corazón vuela hasta tocar tu rostro;
por ti mi alma se aprieta contra ti,
buscándote en mi interior.

Líbrame, Señor, de los ídolos que luchan en mí;

líbrame, Señor, de los dioses que se disputan mi existencia
y que buscan manipular mi vida
y deshacerla en sus garras.

Oh, Dios, mi corazón te busca, fascinado y apasionado,
porque sólo en ti hay respuesta a lo largo del camino;
te busco, después de dejar atrás
cosas vacías que encontré
y que ahora, son para mí nada, ante ti
que eres mi tesoro escondido.
Tengo sed de ti, de tu pan, de tu palabra de vida
y de la verdad de tu evangelio.
Tengo sed de ti de comunión con tu Iglesia,
de vivir el carisma marista.
Tengo sed de ti, de la fuerza de tu Espíritu.

Te alabo con mi comunidad que también te busca;
te busco con los hermanos que caminan conmigo;
te busco y sé que estás vivo, presente entre nosotros
porque en tu nombre, Señor Jesús, nos hemos reunido.

171. Tu gloria es el hombre nuevo

Nos llaman, Señor, cristianos
y nosotros nos gloriamos de llevar tu nombre.
Proclamamos día y noche tu salvación.
Por amor a tu reino
proclamamos que éste no es el mundo
de los hijos de Dios.
Desafiamos a los señores de este mundo,
llamamos pecado a la legalidad imperante
y opresión a la pretendida paz.

Confesamos que el hombre nuevo
no es una utopía:
Jesús es la primera piedra del nuevo mundo.
Pero nos dicen: «¿y vosotros?
Mostradnos vuestra salvación».
Señor, por culpa nuestra
la gente duda de ti,
se burlan de tu poder,
dicen: «No hay Dios».
Señor, conviértenos
para que sea santificado tu nombre.

Tu gloria es el hombre nuevo.
¡Manifiesta tu gloria ante las naciones!

Queremos sinceramente el hombre nuevo,
pero aún sentimos latir, en nuestro pecho,
nuestro viejo corazón.
Nos aplicamos con coraje
a luchar por la liberación,
pero intempestivamente descubrimos
al enemigo dentro.

Andamos divididos, Señor
y los opresores,
los que no creen en nada
porque lo tienen todo,
se aprovechan de nuestras contradicciones
para desprestigiar tu liberación.

Por eso acudimos, Señor, ante ti;
te pedimos que aun en nuestras debilidades
se manifieste tu fuerza de liberación.

Que no encubramos nuestras flaquezas
ni nos resignemos a ellas.
Que al sentirnos necesitados
busquemos ayuda en otros hermanos
para que así, llevándonos unos a otros,
el amor edifique una nueva humanidad.

Ésta será tu victoria, Señor, y la nuestra.
No nos niegues tu Espíritu.
Ven con nosotros a caminar.

172. Un día me miraste

Un día me miraste
como miraste a Pedro...
No te vieron mis ojos,
pero sentí que el cielo
bajaba hasta mis manos.

¡Qué lucha de silencios
libraron en la noche
tu amor y mi deseo!

Un día me miraste,
y todavía siento la huella de ese llanto
que me abrasó por dentro.

Aún voy por los caminos,
soñando aquel encuentro...
Un día me miraste
como miraste a Pedro.

Vives en el pan
roto y compartido.
Vives en la copa
redonda de vino.

Banquete de pobres.
Botín de mendigos.
Compañero fiel,
amigo entre amigos.

Vestido de vientos
y sol de domingo,
moreno de viñas
y hermoso de trigos.

Muerto por los hombres,
y en los hombres vivo.
Cuando nos juntamos,
te abrimos caminos,
y vienes y pasas
alegre y activo
por todas las cosas
por todos los sitios.

Cantamos tu muerte:
el definitivo
triunfo de la vida
por mundos y siglos.

Cantamos la muerte
fatal del destino.
Cantamos la fiesta
final del sentido.

Vives en el pan
roto y compartido.
Vives en la copa
redonda de vino.

173. ¿Dónde te buscaré?

Señor, si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estás por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible.
Pero, ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?

¿Quién me conducirá hasta allí para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te vi,
Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro...
Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca,
porque no puedo ir en tu busca
a menos que Tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si Tú no te manifiestas.
Deseando, te buscaré;
te desearé buscando;
amando, te hallaré;
y encontrándote, te amaré.

174. No es fácil seguirte, Señor

No es fácil seguirte, Señor.
No es cómodo seguir tu camino.
Tú quieres hombres recios y arriesgados.
Tú dijiste: «La mies es mucha y los obreros pocos».
«Sois la sal de la tierra».
«Sois la luz del mundo».
«Sois el fermento de la masa».
Señor, aquí estoy,
con mis manos finas, sin callos; no han segado.
Aquí estoy con mi corazón apagado
y con miedo a incendiar vidas y arder yo mismo.
Aquí estoy con mi luz para mí solo,
con mi lámpara sin brillar.
Aquí estoy con mi sal desvirtuada,
mientras los otros me piden sabor.
Aquí estoy con mi fermento seco,
mientras los otros me piden fuerza.
Quiero ser fermento, luz, sal.
Quiero arriesgar mi vida por la tuya,
arriesgar mi vida por mis hermanos.
Señor, los hombres están sedientos,
de amor, de paz, de alegría, de ti.
Te quiero presente, Señor, en mis diversiones.
Te quiero presente en nuestras amistades,
en nuestro trabajo, en nuestra vida.
Quiero proclamar que tú vives, que estás vivo.
Quiero ser fermento, luz, sal,
para mí y para los otros.
Quiero comprometerme.
Nada fácil, Señor.

175. Ayer te vi, Señor

Señor, estoy hecho un lío.
Tengo muy claro que estás en cada uno de los hombres.
Y que estás más vivo y más a gusto en los que más sufren.
Todo esto lo he pensado mil veces y explicado otras tantas.

El lío no está en las ideas, sino en la vida.
Ayer iba muy de prisa, ¿recuerdas?
Tú estabas en la esquina de aquella plaza,
junto al semáforo,
disfrazado de pobretón de 60 años,
con barba, ropa raída, muerto de frío,
una gorra y una botella casi vacía en la mano.

Ni te di nada, ni te dije nada, ni quería haberte visto.
Es que me estorbabas. Compréndelo, Señor.
Además de pobre eres impertinente,
comprometedor, aprovechado...
Si no fueras tan así, te daría alguna monedilla,
hasta un apretón de manos y una sonrisa.
A lo mejor te presentaba como amigo y como hermano,
que es lo que eres, pero ¡ya te figuras!
Seguramente te pegabas a mí como una lapa
y me hacías la vida imposible ¡Como no hay necesitados...!
Señor, párate a pensar un poco y mira lo que nos exigés.

Si me tomo en serio eso de que estás en los que sufren,
de que todos somos hermanos...
tengo que llenar la casa de pobres,
darles techo y comida, juntarme con ellos, aliarme con ellos,
organizarme, luchar... ¡hacerme uno de ellos!
Si me pides tanto amor
y me has dado un corazón tan pequeño,
nunca podré llegar
ni a la milésima parte de lo que me pides,
aunque también sé, Señor,
que no amo ni la milésima parte de lo que soy capaz.

A veces pienso que juegas a desconcertarnos.
Por una parte, apareces como la suprema inteligencia
y el amor supremo;
y, por otra, como la extrema debilidad,
encarnada en los más necesitados.
Pero te entiendo: cuanto más pobres nos presentamos ante ti,
más grandes somos para ti;
pero no acabo de convencerme de que
en ese pobre de la esquina estás tú.

Dame, Señor, la fe y el amor necesarios
para verte en el pobre.

Dame, Señor, el corazón ardiente
para encontrarte en el pequeño y en el débil.
Que te vea, Señor, en los que no tienen pan.
Que me descubran a mí, y a ti en mí,
porque comparto mi pan.
Que sepa que me ves desde el pobre de la esquina.
Que nunca olvide que me amas bastante más
de lo que yo amo a ese pobre de la plaza.
Y dame, Señor, tu limosna de amor,
cuando yo, pobre de tantas cosas, pase por tu lado...

176. Ofrecimiento

Haz que mis ojos vean lo que tú ves.
Haz que mis oídos oigan el estruendo de tu voz
en las ondas de lo creado.
Haz que mis labios sólo canten
los cantos de tu amor y tu alegría.
Padre amado,
realiza por medio de mí la obra de la verdad.
Ten mis manos ocupadas en servir a todos los hombres.
Haz que mi voz esparza de continuo
semillas de amor para ti,
en el terreno de los hombres que te buscan.
Haz que mis pies avancen siempre
por el camino de la justicia.
Guíame de la ignorancia a la luz.
Padre, mueve mi corazón
y hazme sentir simpatía por todo lo viviente.
Que tu palabra sea el maestro de la mía.
Piensa con mis pensamientos,
actúa con mis manos,
camina con mis pies,
toda mi vida para dar vida a los hombres.

177. Ofrecimiento

Te ofrezco, Señor, este encuentro contigo.
En tus manos pongo mi mejor disposición,
las ganas de vivir hoy para ti
y en servicio de los hermanos.

En tus manos pongo el esfuerzo que tú me pides;
y en mis manos quiero recibir tu gracia para realizarlo.

Bendíceme, alientame, acompáñame, Señor Jesús,
para que realice tu obra.
Dame tu Espíritu Santo
para que viva hoy en paz, en gozo y alegría.
Lo que soy, lo que tengo,
lo que sueño para hoy es tuyo.

Toma mi corazón, Señor,
y vive tú en él.

Jesús, que hoy vivas tú en nuestros corazones.

178. Ofrecimiento

Señor, estamos aquí, en tu presencia,
para hacerte el ofrecimiento de nuestra vida.

Con nuestra oración
y las preocupaciones que nos inquietan,
con nuestras esperanzas y alegrías,
con nuestros problemas y sufrimientos
ponemos en tus manos todo nuestro ser
y toda la vida de nuestros hermanos.
Con ello queremos colaborar
en la construcción de tu reino.

En la eucaristía nos unimos
a tu ofrecimiento libre y generoso al Padre.
Que en los acontecimientos de este día
estemos dispuestos a escuchar tu palabra
y a responder con prontitud como lo hizo María.

Que a lo largo de nuestra vida
seamos valientes para seguir a Jesús
y sepamos darlo a conocer y a amar
a ejemplo de Marcelino Champagnat.

Señor, ayúdanos hoy y siempre
a estar disponibles
para el servicio a nuestros hermanos.

179. Cada mañana

Cada mañana sales al balcón
y oteas el horizonte
por ver si vuelvo

Cada mañana bajas saltando las escaleras
y echas a correr por el campo
cuando me adivinas a lo lejos.

Cada mañana me cortas la palabra,
te abalanzas sobre mí
y me rodeas con un abrazo redondo
el cuerpo entero.

Cada mañana contratas la banda de músicos
y organizas una fiesta por mí
por el ancho mundo.
Cada mañana me dices al oído
con voz de primavera:
hoy puedes empezar de nuevo.

180. Padre, me pongo en tus manos

Padre:
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo,
con tal de que tu plan vaya adelante
en toda la humanidad y en mí.

Ilumina mi vida con la luz de Jesús.
No vino a ser servido,
vino a servir.
Que mi vida sea como la de él: servir.
Grano de trigo
que muere en el surco del mundo.
Que sea así de verdad, Padre.

Te confío mi vida.
Te la doy.
Condúceme.
Envíame aquel Espíritu
que movía a Jesús.
Me pongo en tus manos,
enteramente,
sin reservas,
con una confianza absoluta
porque tú eres mi Padre.

181. Ofrecimiento del día

Al comenzar este nuevo día,
te saludamos, Padre bueno,
y ponemos en tus manos
la jornada que comienza,
Tú nos cuidas cada día
y muestras con nosotros
tu providencia amorosa de Padre,
al igual que lo hiciste en otro tiempo
con Israel, tu pueblo elegido.

Tú eres quien conduce la historia
y en particular nuestras vidas
de educadores, de catequistas,
de testigos de tu reino

Tú eres también quien un día nos llamaste
a esta hermosa vocación,
para llevar a cabo tu obra salvadora.

Guiados por la fe que a ti conduce
y animados por el celo que de ti mana,
te pedimos la abundancia de tus gracias
para llevar a cabo, día a día,
la hermosa tarea de ser testigos entre los jóvenes.

Hoy te alabamos de todo corazón
y te ofrecemos nuestra jornada,
unidos a tantos santos maestros,
como Marcelino Champagnat,
y a tantos hermanos y hermanas
que vivieron unidos a ti
siendo signos vivos de tu amor entre los niños.

182. Señor, aquí estoy

Señor, aquí estoy junto a mis hermanos.
Me presento ante ti con todo lo que soy y tengo.
Mi capacidad de amar, a veces demasiado pequeña.
Traigo en mis manos el trabajo y la diversión de todo un día.
También mis errores, mis fracasos, mis faltas;
esas que tú tan bien conoces, comprendes, perdonas y olvidas.

Traigo ante ti mi cuerpo cansado y mi alma inquieta.
Te doy gracias por las miradas alegres de mis hermanos,
que me han causado bienestar;
también porque me han hecho sentir
que merece la pena vivir y servir.

Perdóname, Señor, por no haberme ocupado
de mi hermano que hoy estaba triste;
por no haber sabido llevar
la alegría y la paz a su corazón;
por no haber sido capaz
de sacar partido
de la fuerza de amor que has puesto en mí.

También por haberme olvidado de ti,
con demasiada frecuencia, a lo largo de este día;
por haber olvidado el privilegio de tu llamada,
el don de la vocación.
Señor, aquí estoy con mis hermanos,
con todo lo que soy y tengo.

Te reconozco como mi Dios y Señor;
concédeme un descanso tranquilo;
concédeme la alegría de saludar
por la mañana al sol naciente
elevando mi canto, y con él mi alma, hacia ti.

A pesar de todo,
incluso a pesar del mal

y de mis propios errores, Señor,
con mis hermanos, a quienes quiero,
a los que tú también llamaste,
aquí estoy, ante ti.

183. Al anochecer

Al concluir, Señor, un día más,
me confío a ti por entero:
mis progresos y mis fallos,
mis sentimientos y mis dudas,
mis afectos y mi desconsuelo.

Dame paciencia, Señor, a pesar
de las preocupaciones que me asaltan;
dame valor para cambiar en mi vida
lo que debo cambiar;
dame serenidad para aceptar
lo que no puedo cambiar.

Te doy gracias, Señor,
por cuanto hacen los demás para ayudarme.
Te ruego que esta noche no te alejes
de cuantos tienen miedo o están solos.
Acaricia los cuerpos que sufren;
consuela al que está angustiado y deprimido;
ayuda a quien vacila en su fe.

Alivia los sufrimientos;
infunde paz en las mentes;
y esperanza en los corazones.

Haz, Señor,
que en lugar de maldecir a las tinieblas
estemos prestos a encender nuestras lámparas
para iluminar el mundo.

184. Al comenzar un año

* Al comenzar un nuevo año, Señor,
mi corazón se levanta hacia ti
en busca de tu mirada.
Escucha las palabras
de quien siente la vida de nuevo,
y estáte atento, Señor;
sé cercano a mi mano abierta.
Da respuesta a mi pregunta;
ayúdame en mi inquietud,
tú que eres mi Señor y mi Dios,
en quien yo confío.

T. Mira, Señor, nuestro corazón de pobres,
que como un pajarillo
busca abrigo entre tus manos;
toma nuestra arcilla y moldéala
según los proyectos que tienes para nosotros.
Queremos estar ante tus ojos
y dejarnos penetrar por tu mirada;
delante de tus ojos, Señor,
nos sentimos pequeños y frágiles.
Derrama tu ternura y tu bondad
para que nuestro corazón
se sienta fuerte y animoso.

* Señor, aparta de mi camino el mal que me rodea
y no dejes que en este nuevo año
la mentira se adueñe de mí;
dame mansedumbre y humildad
para que mi corazón, Señor, no sea violento.
Confío en la abundancia de tu amor
y camino hacia ti firme de que me acoges en tu casa.
Haz, Señor, que camine siempre en tu presencia
y que tema apartarme de ti.

T. Guíanos, Señor, tú que eres bueno y santo;
guíanos hacia la luz
y que caminemos como hijos de la luz;
guíanos y allana nuestro camino
para que seamos fieles a tu ley.
Que tu camino, Señor,
sea la pasión de nuestro corazón,
y que tu Espíritu nos ayude en cada paso.
Que nuestras palabras, Señor,
sean la expresión de nuestro interior.

* Señor, dame un corazón limpio
para que te pueda ver;
dame un corazón de pobre
para que viva cada día tu reino; Señor,
dame un corazón misericordioso
para que derrame misericordia;
dame un corazón lleno de paz
para que sea hijo tuyo;
dame un corazón
que tenga hambre y sed de justicia
para que sea saciado y haga tu voluntad;
dame un corazón manso
para que posea la tierra.
Que mi corazón se alegre y se regocije
porque todo lo espero de ti, Señor, Dios mío.

T. A ti nos acogemos, Señor: protégenos.
En ti ponemos nuestra confianza
como un niño en su madre: ayúdanos.
A ti ofrecemos lo que somos
y lo que tenemos: acógelo.
A ti, que eres Dios de la vida,
te pedimos fuerza: anímanos.
Nuestro corazón te ama y,
lleno de gozo, exulta en ti.

* Bendíceme, Señor, y guíame por el camino justo;
como un gran escudo defiéndeme, sé mi fortaleza.
Que tus alas, Señor, me cobijen y guarden
mientras yo voy viviendo el año que hoy me entregas.

185. Emaús:

Encuentro en la fracción del pan

Lector

Emaús, Señor, también tiene un camino. Es el camino en busca de tu paso. Ayer fueron dos de los tuyos, camino de una aldea comentando lo sucedido. Se alejaban de Jerusalén donde todo había acabado a sus ojos, porque tú, para ellos, no eras más que eso ... ¡un acabado!

(Para la reflexión y oración personal)

Te gusta, Señor, hacer de tu vida un camino;
te gusta hacer camino con los hombres, paso a paso.
No sabes nunca ir solo. Te has acercado a los dos que conversaban y discutían.

Se han parado, Señor, y están tristes
y distantes y no te saben amigo a su lado.
Eres lejano al hombre cuando huye,
cuando no es fiel en la lucha que un día ha comenzado.
Te han dicho, Señor, que si eres único y no sabes;
que si eres como tantos, uno más de paso;
que si de lo ocurrido estos días apenas te has enterado.

Hoy, en la tarde que cae, te recuerdan
con tu imagen de cruz y el sepulcro sellado,
porque sus ojos cansados no vieron la sangre
y el agua que nacía del manantial de un costado.
Te siguieron, Señor, en el camino,
hasta donde les llevó su paso;
no pusieron su sandalia desnuda sobre el polvo fresco
que dejó tu pie de recuerdos salpicado.

Señor, el camino se va perdiendo entre dos luces
y la tarde va cayendo y la luz se va apagando.
Eres desconocido cuando la noche,
las sombras, el miedo, el fracaso
se hacen camino oscuro en el hombre,
y aunque tú estás presente, el hombre se siente solo.

Señor, les has dicho que son torpes y lentos para creer,
que la fe es abandono de niño en tus manos,
que la fe es decirle a la vida:
¡Vive!, con la vida que tu amor leal al hombre has dado.

Cerca está la aldea, Señor, y el camino se ha hecho corto.
Ellos han llegado sin saber que tú has llegado.
Tú has hecho además de seguir adelante y dejarlos.
«Quédate con nosotros,
que está atardeciendo, y el día va de caída».

Te has quedado.
Te has quedado para sentarte a su mesa,
para compartir el pan.
Te has quedado para pasar la copa entre todos.
Te has quedado para quedarte entre los hombres.
¡Te has quedado!

Te has recostado a la mesa con ellos,
has tomado el pan y lo has bendecido.
Lo has partido, como hiciste hace tres noches
en la cena del adiós.

Lector

Se les abrieron los ojos y le reconocieron resucitado. Se les abrieron los ojos y ya no estaba a su lado. Estaba cuando le creían muerto y el corazón de los dos se caía desolado. Estaba en medio de quien hacía camino y, al caminar, iba dejando en el paso su cansancio. Estaba donde el hombre sufre y llora porque el camino de Dios es el hombre paso a paso. Se han dicho como niños inundados de alegría mirándose a los ojos palmo a palmo: «¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba en el camino?»

(A dos coros)

Han vuelto a casa, Señor. Han encontrado reunidos a los suyos
y la noticia que ellos llevaban, la han recibido en abrazo:
«¡Es verdad! ¡Ha resucitado el Señor!»
Ahí estás tú, tal vez desconocido en el camino,
y aunque desconocido, cercano.

Ahí estás tú en medio de quien te busca
porque el buscarte es haberte ya encontrado.
Ahí estás tú, hecho camino del hombre,
para que el hombre, al seguirte con la cruz,
siempre a tu lado,
siembre en el mundo encrucijadas de amor.

Señor Jesús,
Emaús es el camino del hombre
que aunque huye no va solo.
El hermano es sandalia
que al pie perdido le lleva dejando rastro.
Señor Jesús,
Emaús es el camino del hombre
en el gozo y la paz de haber resucitado.
Es la noticia que alegra el corazón del hombre
y corre al encuentro del hombre
haciendo el camino del hermano.

Señor Jesús, quédate
con nosotros que la noche está cayendo
y el corazón del hombre busca camino paso a paso.
Jesús, camino del hombre para el hombre
que busca y comparte.
Emaús, no está lejano.

186. Buen pastor-mal rebaño

Dime, pastor, pastor bueno,
¿por qué estás preocupado?,
¿por qué te sientes tan triste,
mirando a uno y otro lado?

¿Qué le pasa a tus ovejas?
¿Algún peligro al rebaño?
¿Hay escasez de alimentos?
¿Un camino equivocado?
Dime, pastor, pastor fuerte,
¿qué le pasa a tu rebaño?

El rebaño está seguro
y no hay lobo que haga estrago.
Las ovejas están sanas,
yo las curo con cuidado.
No les falta el alimento,
la bebida y el buen pasto.

Tampoco se sienten solas,
conocen bien mi cayado.
Yo les colmo de ternuras,
del cariño necesario.

¿Por qué entonces estás triste,
que casi veo tu llanto?

Me entristecen las ovejas
que se apartan de mi lado,
se entretienen con sus cuentos,
ni siquiera me hacen caso.

Se cansan de mis palabras
y se buscan otros pastos.
Les ofrezco un buen banquete,
pero dicen que está rancio.

¿No seré yo buen pastor?
¿Estaré ya desfasado?

Hay numerosas ovejas
que se escapan a otros campos,
buscando experiencias nuevas
siguiendo pastores falsos.

Mi rebaño disminuye, un puñado.
Siento gran pena y angustia
por la oveja que ha marchado;
temo que pueda comer
los pastos envenenados.

Entre las pocas que quedan
hay también mucho pecado:
se envidian y se dividen
y caminan con retraso.

Hay muchísimas ovejas
que no son de mi rebaño,
quiero que todas se pongan
bajo mi dulce cayado.

Comprendo bien, buen pastor,
que te sientas apenado.
Quiero quedarme contigo
y atender a tu rebaño.

187. Pastor bueno

Reúne a tus ovejas, Señor,
desde los lugares donde están dispersas
entre nieblas y oscuridad.
Llévalas al buen pasto;
que descansen en buenos prados.
Busca a las que están perdidas;
trae a las que van erradas.

Cura a las que están heridas;
sana a las que están enfermas.
Cuida a las que están preñadas;
guárdalas a todas en tu redil.

Señor Jesús,
puesto que tú eres nuestro buen pastor,
ayúdanos a ser ovejas de tu rebaño.
Reúne a todo el pueblo en el redil de tu amor
para que haya un solo rebaño y un solo pastor.

188. Ando por mi camino, pasajero

Ando por mi camino, pasajero,
y a veces creo que voy sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía,
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
él apresura el paso; se diría
que quiere ir a mi lado todo el día,
invisible y seguro el compañero.

Al llegar a terreno solitario,
él me presta valor para que siga,
y, si descanso, junto a mí reposa.
Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa.

189. La Samaritana

Allí, junto a aquel pozo,
convidaste, Señor, a mi alma herida
con las aguas eternas, que, gustadas,
encienden más la sed del agua viva.
Ella, la pecadora,
del mal de tus ausencias padecía,
y en un instante descubrió los hondos,
los claros manantiales de la dicha.

Nueva samaritana,
mi alma se hace, Señor, la contradice
en tus caminos interiores.

¡Oye,
no pases tan de prisa!
¡He aquí el pozo, el corazón, el agua;
reposa tu fatiga!
¡Oiga yo tus palabras! Haga un alto
tu amor en mi conquista!
¡He aquí el brocal del corazón!
Sentaos aquí, junto a mi vida!

190. En la Ascensión

¡Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto!
y tú, rompiendo el puro
aire, ¿te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?
A este mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay!, nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿do vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas.

191. Sencillo cirineo

Quiero cargar, oh Dios, con mi dolor
y subir, a tu lado, por la vida;
llevar sobre mis hombros tanta herida
y tanta dolorosa cruz, Señor.

Quiero ser cirineo del amor
de tanta y tanta gente escarnecida
que sobrevive a cada amanecida
y a la guerra y al hambre y al horror.

Déjame que recoja mi madero
y que sea, una vez, tu compañero
en la senda que al Gólgota te guía.

Y déjame que lleve, sobre todo
tu cruz, Señor, para aprender el modo
de ser tu cirineo cada día.

192. Yo he recibido una tradición

He recibido una tradición que llega hasta nosotros,
una tradición que procede del Señor:
partir un pan, entregarlo, para todos,
partirlo con gesto decidido y delicado,
como alguien que se parte en rebanadas de amistad.

Se reúnen gozosos los amigos,
dispuestos a escuchar y compartir.
La palabra enciende los deseos de estar con el Señor.
¡Ven, Señor! Quédate con nosotros.
Te necesitamos.

Te necesitan todos. Te queremos.
El Señor se hace presente en su palabra,
recordamos su evangelio y su vida generosa,
recordamos su muerte por amor.
Y el recuerdo se actualiza.

Sentimos que el Señor
renueva su victoria entre nosotros.
Nadie pregunta cómo es o dónde está,
pero él alegra y llena los vacíos.
Se come después el pan partido,
abrazo transformante y abrazo a los hermanos
semilla de mundo nuevo y sabor de eternidad.

Todo será diferente.
El mundo empezó a ser nuevo
en la Cena y en la Pascua;
el mundo empieza a ser nuevo
cuando nosotros comulgamos. ¡Ven, Señor!

Nos despedimos,
sabiendo que el Señor nos acompaña,
y nosotros seremos sus testigos.

193. Oración del buen samaritano

**Se acercó y le vendó las heridas,
derramando en ellas aceite y vino. (Lc. 10,34).**

Señor, no quiero pasar de lejos
ante el hombre herido en el camino de la vida.
Quiero acercarme
y contagiarme de compasión
para expresar tu ternura,
para ofrecer el aceite que cura heridas,
el vino que recrea y enamora.

Tú, Jesús, buen samaritano,
acércate a mí,
como hiciste siempre.

Ven a mí para introducirme
en la posada de tu corazón.
Acércate a mí,
herido por las flechas de la vida,
por el dolor de tantos hermanos,
por los misiles de la guerra,

por la violencia de los poderosos.

Sí, acércate a mí,
buen samaritano;
llévame en tus hombros,
pues soy oveja perdida;
carga con todas mis caídas,
ayúdame en todas mis tribulaciones,
hazte presente en todas mis horas bajas.

Ven, buen samaritano,
y ayúdame a tener buenos sentimientos
para no dar nunca ningún rodeo
ante el hermano que sufre,
sino hacerme compañero de sus caminos,
amigo de sus soledades,
cercano a sus dolencias,
para ser, como tú «ilimitadamente bueno»
y pasar por el mundo «haciendo el bien»
y «curando las dolencias».

194. Al caer la tarde

Estamos, Señor, en tu presencia quizás, como los de Emaús,
decepcionados, porque «nosotros esperábamos».
Ahora que cae la tarde sobre nuestras vidas
no permitas, Señor, que nos decepcionemos de tu amor.

Es verdad que a veces esperamos un cristianismo sin cruz,
una vida comunitaria de camino de rosas.
Olvidamos que seguirte es cargar con la cruz de cada día
y, sin embargo, es siguiéndote como llegaremos a ser felices,
a encontrar la verdadera vida.

¿Sabes, Señor, por qué nos decepcionamos?
Porque esperamos lo que nunca prometiste.
Tu seguimiento no es fácil, aunque es muy hermoso,
la vida comunitaria se construye día a día, no es algo acabado,
y sabemos que lo hace posible el amor.

Ahora que vamos de camino quédate con nosotros.
Recuérdanos que sigue siendo necesario el camino de la cruz
para llegar a la resurrección.
Quédate con nosotros,
que a veces nos decepcionamos de tu amor,
porque pensamos
que nos tienes que conceder rápidamente todo,
incluso nuestros egoísmos personales.

Quédate con nosotros, que cae la tarde,
y que tu Espíritu ponga luz en nuestra ceguera
para reconocerte al partir el pan.

195. Oración de la transfiguración

Señor, ¡qué bien estamos aquí! (Mt. 17,4).

Señor, ¡qué bien se está aquí, en tu presencia,
que nos transfigura y nos enamora!

Tú eres presencia de amistad,
el gozo desbordante del encuentro,
la blancura de nieve del amor.

Tú, Señor resucitado y transfigurado,
eres nuestro «éxtasis»,
nos haces salir de nosotros
para encontrarnos en el tú de tu amor.

Señor, ¡qué bien se está aquí!
Y tú no eres un lugar,
ni un espacio, ni un tiempo.

Tú eres todo y siempre presente
en la montaña de la vida.
¡Qué bien se está contigo
donde quiera que uno esté,
sintiendo el gozo de tu amor,
la alegría desbordante de que estás vivo
para interceder siempre a nuestro favor

!Señor, ¡qué bien! Tú siempre aquí
en la altura y bajura de mi vida.
Te acercas para quedarte conmigo.

Cuando salga de la oración,
te vendrás conmigo «hasta el final»,
y sentiré tu presencia siempre humilde
y sentiré tu vida cotidiana,
presente entre jóvenes, libros, canciones
y el bullicio de la calle principal,
caminando y transfigurando...
aunque los hombres no sepamos reconocerte.

196. Cristo, Rey

Jesús, con todos nuestros hermanos
proclamamos que tú solo
eres el verdadero y único Señor.

Tú eres el Señor.
Eres el Señor de los humildes,
de los que no tienen dinero ni poder;
de los que lloran, de los mansos,
de los amantes de la paz;
de los que no tienen armas ni pan.

Jesús, tú eres Señor de los profetas de hoy;
de los que denuncian la opresión y el poder;

de los que trabajan por derribar otros reyes;
de los que se declaran en rebeldía contra los reyes
que maltratan, que explotan, que oprimen.

Tú eres, Jesús rey de los mártires de nuestro tiempo;
de los que soportan la incomprensión de los «buenos»:
de los que sufren represión por defender causas justas;
de los que están en prisión para que otros seamos libres;
de los que se juegan la vida para que no exista discriminación
por causa de razas, de clases sociales, de religión...

Jesús, tú eres Señor, pero no de los de medallas ni títulos,
de los que se erigen estatuas en la plaza para dejar huella;
de los que miden su señorío
por la fuerza de sus ejércitos o de sus armas.

Jesús, te proclamamos Señor y Rey
por tu capacidad de servir y de amar.

Te proclamamos rey porque nos das la vida,
la libertad, la verdad y la justicia.

Te reconocemos nuestro Dios
porque nos has hecho tus amigos,
tus hijos, tus predilectos.

Jesús, rey y señor nuestro.

Haz de nuestra comunidad
un pueblo de señores,
cuyo título señorial nos venga
porque sabemos servir,
porque sabemos luchar
por los necesitados de nuestro mundo,
porque sabemos amar
a quien camina a nuestro lado.

Señor Jesús: Sé nuestro señor.
Sé nuestro rey. Sé nuestro Dios.
Ayúdanos a trabajar para extender
en nuestra comunidad y por el mundo
tu reino de fraternidad,
de justicia, de felicidad y de paz.
Tu reino de vida, de verdad,
de gracia y de amor.

197. El siervo de Yahveh

Siervo de Dios, humilde y obediente,
siervo bueno de Dios, sacrificado,
en todos los dolores iniciado,
de todo sufrimiento el más consciente.

Tus manos acarician tiernamente

las heridas del hombre torturado,
en tus espaldas cargas los pecados
y nos curas certera, enteramente.
En tu rostro, los golpes, salivazos;
en tus manos, los clavos y las llagas;
en la espalda, los fuertes latigazos.
Y cargas nuestros pesos, nuestras plagas,
te fundes con el hombre en un abrazo
y todas nuestras deudas tú las pagas.

Siervo de Dios, humilde y abnegado;
siervo mío, sacrificado y generoso;
siervo limpio y total;
siervo de los siervos;
siervo de amor;
siervo-Dios
Siervo.

Conocedor de todas las dolencias,
experimentado en todo sufrimiento,
puede comprender al abatido,
estar cerca del que sufre,
y decir palabras hondas, verdaderas,
palabras compasivas,
vivas.

Con tus manos acaricias nuestras llagas,
porque tienes las tuyas bien llagadas;
tu rostro, endurecido por los golpes,
escupido y afeado, espejo de los pobres;
tus espaldas sostienen los fardos y pecados,
todo el peso del mundo,
el hombre.

Siervo de Dios y de los hombres,
nos liberas y pagas el rescate;
nos metes a todos en tus llagas;
te fundes con nosotros, solidario,
en acto de servicio,
servicio-amor total,
amigo.

198. Oración del educador

Tú eres mi camino, Señor, mi luz y mi consejo.
Tú pones en mis manos los corazones
que has creado.
Dame tu fuerza en mi trabajo
de educador cristiano,
que mi testimonio sea aceptado por todos
y que descubran que eres tú mismo

quien llama al bien y a la plenitud.

Da a los jóvenes y niños que has puesto
en mi camino
un espíritu sincero para conocer la Verdad
y aceptarla en su interior.
Dales el espíritu de la libertad
para que puedan acoger
las experiencias de cada día
y respondan a tus llamadas.

Danos un corazón abierto
para poder aprender de ellos la inquietud,
el amor y la ilusión de vivir,
el gozo de conocerse y aceptarse.
Saber agradecer sus pasos en su caminar.

Que nuestra tarea educativa,
poniendo toda la confianza en María,
pueda empezar cada día
con una esperanza renovada,
sabiendo que su amor de madre nos acompaña
y su presencia nos estimula.

199. Oración de los educadores

Señor, aquí nos tienes reunidos en tu nombre.
Estamos reunidos
y nos sentimos también unidos,
porque nos ocupa y preocupa lo mismo a todos
y, lo que es mejor, lo mismo que a ti, Señor:
hacer un mundo de hermanos,
que proclaman la fe y celebran la vida.

Tú lo sabes bien, Señor,
se nos hace difícil
muy difícil, a veces, el camino.

Difícil, mantenernos unidos
entre tantos pluralismos legítimos
tantos intereses ocultos
y tantos egoísmos inconfesados.

Se nos hace difícil la comprensión
ante los grandes y pequeños fallos
de unos y otros.

Difícil la esperanza,
ante tantos momentos de esterilidad.

Difícil el entusiasmo,
en un clima de indiferencia o mediocridad.

Difícil la valentía,
en tiempo de tanto miedo
a arriesgar, incluso,
por los mayores ideales.

Difícil la opción evangélica
por los más pobres, sencillos, necesitados,
cuando el confort y justificaciones fáciles
le destronan de tantas vidas
y entronizan a la diosa de la comodidad.

Difícil amar a los hombres,
cuando quizás no agradecen
y cuando muerden la mano que les tiendes:

Difícil la superación y la formación permanente.
cuando triunfa el oportunismo,
cuando enseguida creemos saber tanto,
alardeamos de experiencia, de intuiciones.
de conocimiento de la realidad...
Todo difícil, Señor.

Pero sabemos que la fuerza que nos das
es mayor que las dificultades.
Sabemos que, del fracaso y del pecado,
Tú sacas vida, victoria, resurrección.

Ayúdanos, Señor,
a mejorar nuestro ser de cristianos.
Ayúdanos a madurar nuestra actitud comunitaria,
nuestra capacidad crítica y creativa,
nuestra solidaridad con todos los hombres.

Que nunca la norma, la costumbre,
el programa o la estructura,
estén por encima de la persona.

Señor, libertador,
sácanos de nuestras trincheras o prisiones,
de las estructuras educativas o eclesiales
que impiden verte y realizarnos.

Necesitamos experimentar, cada vez más, Señor,
que tú eres la verdad que salva,
el libertador, el camino,
la vida que da sentido a la vida...
para ser testigos tuyos, imágenes tuyas,
y apasionados defensores
de la dignidad de todos los hermanos.

Que al convencimiento, Señor,
de que siempre hay motivos para desconfiar,

desunirnos, y desanimarnos,
siga la convicción de que hay muchos más motivos
para confiar, unirse y seguir con entusiasmo.

En tus manos, Señor, nos ponemos: guíanos.
Evangelízanos a través de los acontecimientos,
de la historia, de la vida.
Queremos contar siempre contigo.
Queremos que siempre cuentes con nosotros.
Gracias, Señor.

200. Oración del animador

Señor, cuando pienso que soy animador
recuerdo muchas palabras tuyas
dichas desde tu experiencia para mí;
«Vosotros no os dejéis llamar maestro
porque uno sólo es vuestro Maestro
y vosotros sois hermanos».
«Que no ocurra con vosotros como
pasa con otros grupos de la tierra.
Al contrario, El que ocupa un cargo,
sea el servidor de todos».

¿Cómo unir, Señor, el compañerismo con la firmeza,
la humildad con la energía, el diálogo con las decisiones,
la cercanía con la organización,
la igualdad con la función de responsable?
¿Cómo transmitir a los niños
y a los jóvenes tu Buena Noticia
si yo no la vivo con ilusión, fuerza y generosidad?
¿Cómo ser sal, luz y levadura,
si yo ando todavía dudando y diciendo: «Sí, pero»?
Conviérteme primero a mí
para que pueda anunciar la Buena Noticia
a todos los jóvenes con quienes voy
a compartir mi experiencia de animador.
Tú que supiste hacer tan bien una síntesis
entre acción y oración, suavidad y firmeza,
acogida y exigencia, corazón y objetividad,
amor y lucha,
ayúdame también a mí a animar
con los ojos puestos en ti
y los oídos en tus palabras:
«No he venido a ser servido sino a servir».
Gracias porque me has llamado y elegido
para ser acompañante de otras personas
en su camino hacia ti.
Lléname de tu fuego y de tu Espíritu
y agarra mi mano con la tuya
para que juntos agarremos muchas manos

y muchas personas puedan vivir y sonreír
saboreando la buena noticia de tu evangelio.
María, Buena Madre,
conduce tú también mis manos, mis pies,
mis labios, toda mi persona,
de tal manera que no sea sino el instrumento
que hagas actuar.
¡Virgen Santa!
Quiero consagrarme a ti al estilo de Marcelino.
Acoge a tu hijo que se echa en tus manos
con una gran confianza
y acoge también a todos los niños y jóvenes
con quienes voy a trabajar.

201. Lo más importante no es...

Lo más importante no es, Señor,

QUE YO TE BUSQUE,
sino que tú me busques en todos los caminos.

QUE YO TE LLAME POR TU NOMBRE,
sino que tú tienes el mío tatuado en la palma de tus manos.
QUE YO TE GRITE CUANDO NO TENGO NI PALABRA,
sino que tú gimes en mí con tu grito.

QUE YO TENGA PROYECTOS PARA TI,
sino que tú me invitas a caminar contigo hacia el futuro.
QUE YO TE COMPRENDA,
sino que tú me comprendes en mi último secreto.

QUE YO HABLE DE TI CON SABIDURÍA,
sino que tú vives en mí y te expresas a tu manera.

QUE YO TE GUARDE EN MI CAJA DE SEGURIDAD.
sino que yo soy una esponja en el fondo de tu océano.

QUE YO TE AME CON TODO MI CORAZÓN
Y TODAS MIS FUERZAS,
sino que tú me amas con todo tu corazón y todas tus fuerzas.

QUE YO TRATE DE ANIMARME, DE PLANIFICAR
sino que tu fuego arde dentro de mis huesos.

PORQUE ¿CÓMO PODRÍA YO BUSCARTE, AMARTE...
si tú no me buscas, llamas y amas primero?

EL SILENCIO AGRADECIDO ES MI ÚLTIMA PALABRA,
y mi mejor manera de encontrarte.

202. Cántico de San Francisco

Altísimo, omnipotente, buen Señor:
tuyas son las alabanzas, la gloria, el honor
y toda bendición.
Sólo a ti, Altísimo, convienen
y ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre.

Loado seas, Señor mío, con todas tus criaturas
especialmente el hermano sol.
Él hace el día y nos alumbra
y es bello y radiante y con gran resplandor.
De ti, Altísimo, es un signo claro.

Loado seas, Señor mío,
por la hermana luna y las estrellas.
En el cielo las has formado
claras, preciosas y bellas.

Loado seas, Señor mío,
por el hermano viento,
y por el aire, nublado y sereno
y por todo tiempo,
por el cual sustentas a tus criaturas.

Loado seas, Señor mío,
por la hermana agua
la cual es muy útil,
humilde, preciosa y casta.

Loado seas, Señor mío,
por el hermano fuego
por el cual alumbras la noche y es bello
y alegre, robusto y fuerte.

Loado seas, Señor mío,
por nuestra hermana tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce frutos diversos
con coloridas flores y hierbas.
Loado seas, Señor mío,
por quienes perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados los que las soportan en paz
porque tú, Altísimo, los coronarás.

Loado seas, Señor mío,
por nuestra hermana muerte,
de la que ningún viviente puede escapar.
Bienaventurados aquéllos que acierten a cumplir
tu santísima voluntad,

porque la muerte no les hará mal.

Loado seas, Señor mío,
dadle gracias, criaturas todas,
y servidle con gran humildad y amor.

203. Epílogo abierto

Yo me atengo a lo dicho:
La justicia,
a pesar de la ley y la costumbre,
a pesar del dinero y la limosna.

La humanidad, para ser yo, verdadero.
La libertad, para ser hombre.
Y la pobreza,
para ser libre.

la fe, cristiana,
para andar de noche,
y, sobre todo, para andar de día.

Y, en todo caso, hermanos,
yo me atengo a lo dicho: ¡la esperanza!

204. Hijo mío, pasa y entra

¡Hijo mío, tanto tiempo! ¡cuánta espera!
Tú, sin rumbo; yo, con pena.
Tú, tan lejos; yo, tan cerca.
Tú, sin padre; yo, a tu vera.

Cuántas noches paso enteras,
encendiendo las estrellas,
por si vienes, por si llegas.
Oteando las fronteras.
¡Si llegara, si viniera...!
De repente, de la niebla,
de la nieve, tu silueta.

Mira, hijo, ya alborea...
para ti está abierta,
para siempre nuestra puerta.
Hijo mío, ¡PASA... y ENTRA!

205. Pastor

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.
Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más,
y siempre contigo!

206. Oración a María

Virgen del Magnificat,
acompaña nuestra peregrinación solidaria
al encuentro de los preferidos de tu amor,
ensancha nuestro corazón,
afina nuestra sensibilidad,
ayúdanos a ser tu rostro materno
para los niños y jóvenes,
especialmente para los más desatendidos.
María, Madre de la Iglesia,
suscita en nosotros vigor apostólico
y voluntad de desvivirnos por el reino;
anima a los hermanos, bendice
a los que trabajan con nosotros,
alienta a los animadores y catequistas,
fortalece a quienes trabajan
en la promoción humana
y en la construcción de la justicia.
Educatriz de Nazaret,
suscita jóvenes que quieran entregarse
al seguimiento de tu Hijo en la vida marista,
conserva y haz crecer tu propia obra.
María, nuestra Buena Madre
y nuestro Recurso Ordinario,
renovamos nuestra consagración a ti,
con todo lo que somos y hacemos;
enséñanos a integrar
el amor a Dios y el amor al hermano;
haz que sepamos amar a Dios
desde el mundo y al mundo desde Dios.
Hazte presente entre nosotros. Bendícenos, Madre.

207. María consagrada

María, la consagrada por excelencia y siempre llena de gracia.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que con tu deseo y tu espiritualidad
aceleraste la salvación del mundo.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, arca de la alianza de Dios con los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Padre con amor de hija.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Hijo con amor de madre.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Espíritu Santo con amor de esposa.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que guardabas fielmente en el corazón
las palabras y acciones de Jesús.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la más semejante a Jesús en todo.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la fiel servidora del Reino de Dios.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la más humilde y pobre entre los pobres del Señor.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, océano de bondad y ternura maternal.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, colmada de nueva plenitud de gracia en Pentecostés.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, estrella y guía de la evangelización.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que alcanzas de Dios gracias para todos los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, rostro maternal de Dios para los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, esperanza de la Iglesia en su caminar hacia el Padre.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, madre y formadora nuestra.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, activa presencia en nuestra vida y apostolado.

Bendice a nuestra familia religiosa.

208. Madre de los pobres

Hermana peregrina de los pobres de Yahvé,
profetisa de los pobres libertados,
madre de todos los hombres de este mundo único
porque eres la Madre del Dios hecho hombre.
Con todos los que creen en Cristo
y con todos aquellos que de algún modo buscan su reino,
te llamamos a ti, Madre,
para que le hables por todos nosotros.

Pídele a él, que murió en la cruz
para salvar a los hombres,
pídele que nosotros, sus discípulos,
sepamos vivir y morir
por la total liberación de nuestros hermanos.

Pídele que nos devore el hambre
y la sed de aquella justicia
que despoja y redime.

A él, que derribó el muro de la separación,
pídele que todos los que llevamos el sello de su nombre
busquemos de hecho, por encima de todo lo que divide,
aquella unidad reclamada por él mismo en testamento,
y que sólo es posible en la libertad de los hijos de Dios.
Pídele a él, que vive resucitado junto al Padre,
que nos comunique la fuerza jubilosa de su Espíritu
para que sepamos vencer el egoísmo, la rutina y el miedo.

Madre, enséñanos a leer sinceramente
el evangelio de Jesús
y a traducirlo en la vida
con todas sus revolucionarias consecuencias,
en el espíritu radical de las bienaventuranzas
y en el riesgo total de aquel amor
que sabe dar la vida por los que ama.
Por Jesucristo, tu Hijo,
El Hijo de Dios, nuestro hermano.

209. Madre nuestra, estamos junto a ti

Madre nuestra, enséñanos a amar...,
enséñanos a sufrir...,
enséñanos a compartir...

Madre nuestra, estamos junto a ti,
y queremos que tú estés a nuestro lado

Madre nuestra, queremos acompañarte
en estos momentos de soledad y de martirio...

Madre nuestra, queremos escuchar
y rumiar en nuestro corazón tu confianza,
tus sentimientos y tu vivencia de Jesús...

Madre nuestra, tú estuviste siempre
muy cerca de Jesús,
aunque en la sombra ;
enséñanos a estar siempre muy cerca Jesús...

Madre nuestra, tú viviste la pasión
y la muerte de Jesús...,
compartiendo como nadie su dolor,
su agonía, su amor hasta el final.
Enséñanos a sentir vivamente la paz de Jesús
y a llevar en nosotros
los sufrimientos del Cristo doliente de hoy

Madre nuestra, enséñanos a amar...,
enséñanos a sufrir...,
enséñanos a compartir...

210. Gracias, Señor, por María

Te damos gracias, Señor,
por Jesucristo, al que enviaste
a anunciar la Buena Nueva.

Te damos gracias con todos los profetas
y apóstoles que prestaron sus ojos, sus oídos,
sus labios para ver, escuchar y anunciar tu mensaje.
Te alabamos y te damos gracias por María,
la dócil pregonera de tu acción salvadora,
que cantó en el Magnificat
la fe de los pobres a quienes tú prefieres.

Ella nos impulsa a abrir el corazón
para que también nosotros recibamos a Cristo,
y pone en nuestros labios palabras encendidas
para contar a otros tus grandes obras.

Proclama nuestra alma tu grandeza, Señor,
y, agradecidos, a ti nos ofrecemos
para colaborar con María, Reina de apóstoles,
en la tarea del anuncio del evangelio
a todos los hombres.

211. María es magnificat

Engrandece mi corazón al Señor
y todo mi ser se llena del Dios que me ha creado,
que tiene un plan maravilloso
de salvación para los hombres.
Porque se fija en los que piensan que no valen nada,
en los que no cuentan para el mundo.
Siempre dirán mi nombre
de generación en generación,
porque me he fiado de tus planes,
que salen del corazón de mi Señor.
Él hace maravillas, es maravilloso;
derriba a los que explotan,
a los que viven en la nada los sube muy alto,
a los que tienen hambre los sacia con sus bienes,
los que se creen algo no le convencen.
Dios es tres veces santo y su misericordia es su grandeza.
Es un Dios que mantiene su fidelidad
de generación en generación.
No se cansa nunca de amar a los hombres,

su bondad es su arma más poderosa.
Y su deseo es la amistad de todos los hombres.
Auxilia siempre a los que le invocan,
como nos ha prometido miles de veces.
Mi alma es feliz con mi Señor
porque siempre se ha portado
conmigo espléndidamente
y no sabe qué más hacer por mí.
Por ello yo sólo viviré para decir a todos los hombres
que Dios es amor y ama por los siglos de los siglos.

212. Oración a María

María, acudimos a ti como a nuestra Madre,
para decirte lo agradecidos que estamos a Dios
por habernos llamado a formar parte de tu familia,
y por tenerte a ti, primera y perfecta
discípula de Jesús, como nuestro modelo.

Queremos hacer, Madre,
de tu Magnificat nuestra oración peculiar.
Ayúdanos a adquirir
un mayor conocimiento
del amor de Dios en nuestras vidas
y a reconocer que todo es un don suyo,
que todo nos ha sido dado por amor
y que tenemos que seguir a Jesús,
encarnando su amor,
siendo hermanos para todos,
y con dedicación especial
para los jóvenes y para los más abandonados.

Tú eres nuestro Recurso Ordinario,
por eso te pedimos
que ruegues por nosotros y con nosotros,
para que continuemos creciendo
en el amor y lleguemos a ser:

- hombres de esperanza radiante,
convencidos de la presencia activa del Espíritu,
que nos llama a todos, hombres y mujeres,
a ser cooperadores en la creación de un mundo mejor;
- hombres de corazón de escucha y discernimiento,
que buscan siempre la voluntad del Padre;
- hombres audaces
que no han perdido el entusiasmo por su vida consagrada,
dispuestos a proclamar a Jesús y su evangelio,
con el corazón inflamado en su amor.

Ayúdanos a ser hermanos
para todos los que encontremos en el camino de la vida
y a que nos presentemos ante los demás como tú eras,
atentos y compasivos de corazón.

Acepta nuestro amor, Madre;
que, según tu ejemplo y con tu intercesión,
Cristo llegue a ser el centro de nuestras vidas.

213. Gracias, Madre

Gracias, Madre,
por tu actitud permanente de servicio.
Gracias por ir de prisa a la montaña,
recorriendo kilómetros a golpe de latidos de amor,
para ayudar a tu prima que te necesita.

Gracias, Madre, por venir a servir,
por tus manos grandes llenas de callos de la vida,
por estar atenta a quien pueda necesitar una ayuda,
para tender una mano amiga a quien se siente solo.

Gracias por entrar en la casa de los hombres
a compartir la alegría de un niño que nace,
la tristeza del trabajo agotador,
el gozo de una familia
con sus problemas de cada día.

Gracias, Madre buena,
Señora del servicio,
para llevar a los hombres a Cristo
oculto en el corazón pero presente en el gesto.

Gracias, Señora de los caminos,
visitante para servir siempre y a todos,
con los pies descalzos
contemplando tu riqueza llamada Jesús.

Gracias, Madre, en el servicio permanente,
con tus horas extras de amor
y tus ojos atentos a las necesidades;
para llevar calor donde el hielo congela la amistad;
para llevar amor donde los corazones viven sin calor.

214. María, Madre de la Iglesia

María, Madre de la Iglesia,
inspiradora y guía de Marcelino Champagnat
al fundar la congregación marista.
Nos acogemos a tu protección materna,
queremos dedicar nuestra vida a amarte,
a cantar tus alabanzas
y a darte a conocer a los que están a nuestro lado.

Fieles a nuestra vocación y misión,
queremos trabajar siempre por la mayor gloria de Dios,
por la felicidad de nuestros hermanos de comunidad
y por la educación de los niños
y jóvenes a nosotros confiados.

Con la confianza de hijos,
te alabamos por nuestra congregación,
por cada uno de sus miembros,
por las personas allegadas y por la labor apostólica
a la que dedicamos nuestros esfuerzos e ilusiones.

Tú que fuiste maestra para nuestro Fundador,
enséñanos a seguir sus pasos con fidelidad,
llevando una vida de pobreza y sencillez,
imitando su amor al trabajo y su entrega generosa
a sus hermanos y a todos los hombres.

Concédenos que nuestro servicio al Señor,
siguiendo tu ejemplo de perfecta discípula,
sea fiel y generoso hasta el final de nuestra vida,
para que, en unión de nuestros hermanos,
podamos llegar a la comunión plena en la casa del Padre.

215. Magnificat

«Ahora me doy cuenta, de lo grande que es Dios».
Y siento tal exaltación interior,
que tengo ganas de gritar,
de llamar a todas las ventanas,
de llenar con mi voz todos los rincones de la tierra:
¡Dios es inmenso! Y sanará mi humanidad herida,
mi corazón en soledad e insatisfecho.

Porque se ha fijado en mí,
porque me ha cogido desde dentro:
porque me quiere y me saca de mi religión estática,
que mantiene las cosas como están,
para incluirme en la marcha de los que nada tienen,
en el amor y en el fracaso de los sin voz,
de los pobres y marginados,
a quienes Dios ama y entrega la decisión salvadora,

el poder de acogida.

Y dirán que soy la más feliz del mundo
todos los que se encuentren conmigo,
porque lo que ha hecho en mi vida
es algo impresionante;
por algo le llaman Santo y Poderoso.
Y nos sigue queriendo tanto ahora como antes.

Se ha metido en nuestra historia
y ha hecho cosas maravillosas:
a los que se creían valer algo,
les ha desbaratado todos sus planes;
a los satisfechos, a los seguros,
les ha dejado totalmente desorientados;
a los que tienen el poder
y deciden sobre la vida de tantos hombres,
los ha tirado de sus puestos;
y a los pobres y oprimidos les ha dado
la decisión de actuar sobre
el centro de la vida y de la felicidad,
de decidir si vivir tiene sentido,
si el hombre puede ser feliz,
si la vida puede ser aún amor y proyecto;
a los que tienen hambre de pan y de cariño
les ha llenado hasta rebosar,
y a los ricos, de corazón satisfecho,
hartos de consideración y de bienes de consumo
les hace comprender que no tienen nada,
que sus manos están vacías,
que se tienen que ir porque no valen,
porque nada de lo que tienen puede darles la felicidad
de sentirse acogidos, queridos,
habitados en su propio corazón.

Lleva al pueblo de la mano y se preocupa de él
y lo trata como a un hijo, como lo había hecho siempre,
aunque a veces pareciera lo contrario;
su amor no se ha olvidado lo más mínimo.
Y ya lo había prometido así desde antiguo,
desde nuestros padres, para ellos
y los que llevarán su vida en todos los tiempos.

216. Madre de los pequeños

Madre de los pequeños, de los pobres,
de los sencillos, de los pecadores;
ayúdanos a crecer en la mente y en el corazón.
Ayúdanos a reconocer la grandeza
que Dios ha puesto en cada uno.
Ayúdanos a decir y a gritar junto a ti:
«El Señor ha hecho maravillas en mí,
el Señor ha hecho maravillas

en cada uno de mis hermanos».

Y ayúdanos con tu fuerza
a hacer de nuestra vida una maravilla de amor.
Que luchemos para derrotar de su trono
a los que pisotean a tus hijos más pequeños,
para que puedan llegar a cantar
su propio Magnificat.

Cuanto más te amemos,
más nos preocuparán nuestros hermanos.
Cuanta más familia humana construyamos
más cerca de ti estamos, Madre,
más cerca de tu Hijo, hermano de todos.

Ojalá los veamos a todos en él.
Ojalá te veamos a ti en todo.

217. Mirando a María

María, veo claro tu ejemplo luminoso:
en la meditación y en el silencio
descubriste, poco a poco, el sentido de tu vida,
guardando todas las cosas en tu corazón.
Y mira yo.
Me conformo con ir tirando,
sobrevivo un día tras otro,
con desgana y monotonía,
sin razones para vivir,
sin ideales ni esperanza,
sin nada que me azote el alma
y me lance a la aventura de buscar ilusión.
Ayúdame, María,
a buscar, cada día, el sentido de mi vida.
Ayúdame a vivir enteramente
desprendido de mí mismo.
Ayúdame a caminar por la senda
del aprendizaje costoso y del esfuerzo.
Ayúdame a encontrar, cada día un poco más,
en la entrega y superación constantes,
la alegría de vivir.

218. Miro tus ojos, Madre

Miro tus ojos, Madre, y veo millones de madres
que aman, sueñan y vibran de placer ante su primer hijo.
Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de enamorados,
encendidos y penetrantes como dardos de amor
que traspasan máscaras, escudos y blindajes.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos tiernos, centelleantes de amor
de niños, hipnotizados por los labios que le besan,
los pechos que le alimentan, la sonrisa que les envuelve,

los ojos de amor que cargan las pilas de su alma
para las siempre nuevas sensaciones de placer y de esperanza.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de jóvenes
que encuentran su primer trabajo,
suben al pódium del éxito,
o estrenan nuevo amor.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de ancianos
ebrios de tanto arte y maravilla,
serenamente penetrantes, escudriñadores de lo esencial,
distráidos ante las promesas y banalidades del ahora,
iluminados ante el nieto que les revive lo mejor y lo primero:
el amor, y les ayuda olvidar lo peor, tanta lucha estéril.

Miro tus ojos, Madre, y los veo llorosos,
interrogativos, suplicantes
ante el hijo que muere de hambre o enfermedad,
en brazos de tantas madres...
Ante el joven, arrancado de los que ama,
para matar no sabe a quién ni por qué,
o para morir no sabe dónde ni para qué.

Ante la pobre viuda que sorbe sus lágrimas
en la soledad más oscura.
Ante los hijos que ven cómo sus padres les maltratan,
se maltratan y separan.
Ante tantos pobres que arrastran sus harapos,
sin esperar ni siquiera esperanzas
porque para ellos no hay pascua ni navidad,
ni primavera, ni amanecer.
Ante los ancianos abandonados,
que ven pasar junto a ellos
todas las carrozas de bienes
sin dejar nada a su lado.

Miro tus ojos, Madre,
y veo todos los sentimientos nobles
que dan encanto a los ojos de los hombres.
Miro tus ojos, Madre,
y no veo ni un solo sentimiento de odio,
de indiferencia ni condena.
Miro tus ojos, Madre,
y veo que por amor gozan,
la suma de todos los ojos que gozan.

Y veo que por amor lloran,
como la suma de todos los ojos que lloran.
Y veo que por amor lloran
y gozan a un tiempo, porque con tu mirada,
a muchas lágrimas de dolor
las conviertes en lágrimas de alegría.

Miro tus ojos, Madre,
y veo en tus ojos los ojos de Jesús,
que son los más bonitos.

Miro tus ojos, Madre, y veo que me miras.
Y veo que me sonríes.

Miro tus ojos Madre,
y veo en tus ojos... mis ojos.
Miro. ¡Ya no veo nada, Madre!
¡Ni siquiera hablo! ¡Ahora... solo siento!

219. María, enséñame

Virgen Madre, María,
enséñame a saber sonreír ante las dificultades.
A saber ofrecer a Dios todo lo que en mi vida acontece.
A saber consolar y ayudar al que sufre y está triste.

Enséñame, Madre, a saber perdonar las ofensas,
calumnias y difamaciones,
a saber corregir cuando uno yerra;
a saber comprender
y tener el corazón abierto
ante las debilidades humanas.

Enséñame, Madre,
a saber valorar el don de Dios, su gracia,
la paz, la armonía cristiana
que nos hace sentirnos felices;
a saber olvidar las ofensas
y a evitar lo desagradable,
las tensiones, los malentendidos;
a saber callar...

Te lo pedimos con el ansia de llevar adelante
el proyecto de una vida cristiana
siguiendo tus huellas y las de tu Hijo,
Cristo, nuestro hermano.

220. Magnificat

Me alegro y soy tan feliz
que por esto doy gracias

con toda el alma a mi Señor.
Nadie ha hecho tanto por mí como Dios.
Él me quiso desde siempre
aunque yo no me daba cuenta del todo.
Me colmó de todos sus favores,
por eso todos envidian mi suerte.

Todo se lo debo a él
que está por encima del hombre
y quiere su bien; que es bueno y poderoso
que es fiel y nunca falla a su palabra.

No le gustan los que se cruzan
seguros de sí mismos
porque en realidad no lo están
y su corazón, al final, los engaña.

Yo sé que puso a los pequeños y los pobres,
que vivían sin muchas pretensiones,
por encima de los señores arrogantes
y de corazón amargado,
que tienen por dios al dinero.

Siempre dijo que estaría
con los que actúan como yo
y así lo hará,
porque es fiel y siempre cumple su palabra.

Lo sé porque él lo ha dicho muchas veces
y siempre lo ha cumplido.
Por eso me alegro y soy feliz
y doy gracias con toda el alma a mi Señor.

221. Cuenta con María

Mi corazón, Señora, Santa María, está contigo.
Como el discípulo amado
yo también quiero tenerte en mi casa,
en mi vida, en mi trabajo,
en mis ilusiones, en los momentos duros.

Quiero, María, Madre de Jesús y madre mía,
que me acompañes hoy.
Contigo quiero vivir este día
llevando a Jesús en mi corazón;
contigo quiero caminar, paso a paso,
dejando huellas de su presencia;
contigo quiero hacer encuentro con los hombres,
hijos de Dios.

Quiero que alientes mi fe en Jesús
y mi adhesión a su evangelio.
Quiero, Santa María,

Señora del corazón profundo y silencioso,
que me ayudes a hacer camino
hoy en la presencia de Dios.

Enséñame a adorarle, a aceptarle,
a amarle momento a momento.
Enséñame a abrir mi corazón a su voluntad,
a su proyecto en mi vida.

Enséñame a vivir en este día
al ritmo de su palabra de vida.
Abre mi corazón a los hombres,
a la comunidad creyente.

Abre mi vida al compromiso
y comunión con la Iglesia de Jesús.
Quiero ser hoy constructor de su reino de verdad,
justicia y paz.

Quiero ser hoy servidor
de los hombres más necesitados.
Despierta en mi corazón, Madre buena,
la alegría y el gozo
para que deje semillas de esperanza
a mi paso por la tierra.

Sé tú, Señora de la comunidad,
como ángel custodio que cuide mis pasos;
se tú, Madre de la Iglesia,
como casa de puertas y ventanas abiertas
donde encuentre el calor de un hogar
con la lumbre encendida.
Cuento contigo hoy.

Permanece a mi lado
como estuviste fiel junto a la cruz de tu hijo.
Que tu amor de madre,
que tu bondad y ternura
me acompañen en los pasos de mi camino.
Yo te amo, te necesito y me entrego todo a ti.
Gracias, Madre,
por tu presencia en mi camino de cada día.

222. Buenos días, Señora

Buenos días, Señora.
Cuando amanece y veo la luz nueva
que alegra el universo,
pienso que te ha bastado entreabrir lo ojos
para llenar el mundo de alegría.

Toda esta luz es reflejo de tu mirada,
como toda tú eres reflejo de la luz del mundo, Jesucristo,
vencedor de la tiniebla y de la muerte.

Tus manos orantes me sosiegan y me dan confianza;
tu actitud de contemplación ante el misterio que te habita
me estimula a vivir en contemplación y en adoración contigo.

Te presento lo que soy y lo que amo.
Me presento yo mismo en unión con todos mis hermanos.
Tú nos conoces y nos acoges a todos.

Tu corazón es el hogar
en que cada uno tiene su sitio reservado.
Por eso, desde que amanece la luz,
aflora espontáneamente a mis labios
una palabra que es saludo gozoso
y compromiso agradecido.

En tus manos y en tu compañía queremos pasar este día, Madre.

223. Oración a Marcelino

Señor,
por medio de Marcelino, tu hijo,
te presentamos nuestras inquietudes y necesidades:

Que la caridad sea nuestro afán
y que nos amemos unos a otros como hermanos.

Que nos esforcemos
por vivir siempre en tu presencia
y que seamos hombres de paz
y constructores de paz a nuestro alrededor.

Que la humildad y sencillez

sean nuestra característica
en el apostolado y en el trato con las personas,
y que hagamos todo lo posible
por amar a María y hacerla amar.

Que sepamos amar a los niños y a los jóvenes
como la mejor forma
para ayudarles en su educación
y les inculquemos la devoción
a nuestra Madre común.

Que nos esforcemos por ser fieles
a nuestra vocación
correspondiendo a la fidelidad de Dios
para con cada uno de nosotros.

Que sepamos mantenernos
en el espíritu de pobreza y desprendimiento
propio de la vocación
a la que hemos sido llamados.

224. Alabanza y agradecimiento

Señor,
al recordar hoy el testamento de nuestro Fundador,
te damos gracias por habernos llamado a seguirte tras sus pasos.
Que la insistencia que nos hace para que vivamos en la unidad,
en la caridad y en el amor
nos impulse a crecer como hijos tuyos.

Gracias, Padre,
por la ilusión que has puesto en nosotros
para ser verdaderos apóstoles de los niños y de los jóvenes.
Te alabamos por ayudarnos a poner en práctica
su recomendación de amarlos intensamente
para que les podamos ayudar en su formación.

Te bendecimos, Señor
por haber inspirado a Marcelino Champagnat
la fundación de una familia de hermanos.
Gracias porque este rasgo de nuestro carisma
hace que nos sintamos como hermanos
y, en nuestras comunidades, se viva el don de la fraternidad.

Gracias, Señor, por habernos llamado
a vivir la virginidad por el reino de los cielos.
Bendito seas por este don.

Que sepamos vivirla con gozo
y que la amemos y guardemos con esmero.
Que, como signo de amor perfecto,
se convierta en fuente de fecundidad para el mundo.

Te damos gracias, Señor, y te bendecimos
por nuestra pobreza voluntaria.
Que con ella construyamos la comunidad fraterna
como un solo corazón y una sola alma.
Que nuestras formas de vivirla
constituyan un signo personal
y comunitario de evangelio.
Gracias, Jesús,
por habernos llamado a configurarnos contigo
en tu gozosa y, a veces dolorosa, obediencia
a la voluntad del Padre.

Te bendecimos, Señor, por permitirnos buscar,
conocer y realizar juntos esta voluntad del Padre.
Concédenos la disponibilidad necesaria
para realizar tu misión allí donde seamos más necesarios
para la implantación de tu reino.

225. Oración de alabanza

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que pertenece al grupo de hombres de fe,
que saben entregarse de por vida a ser testigos,
en un mundo, a veces hostil e indiferente.

Te bendecimos, Señor,
por Marcelino Champagnat,
que fue un hombre de fe,
que sin esperar recompensa material alguna,
no se cansó en su vida de compartir las fatigas y los problemas
de los hombres, de los niños y de los jóvenes de su tiempo.

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que a pesar de las dificultades que encontró en su camino,
optó por dar su vida en la entrega a los demás.

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que fue un hombre de familia
y que empeñó su vida y sus fuerzas
para hacer el don a sus discípulos,
los Hermanos, de una verdadera familia
en la que reinara la caridad,
la comprensión y el perdón.

226. Oración de la Familia Marista

Señor, Padre nuestro,
tú has querido que la obra de Marcelino
se distinguiese por la sencillez evangélica,
la fraternidad y la entrega filial,
presidida por María, la Madre buena.

Dígnate conservar entre nosotros
estas virtudes fundamentales
y aumentar el número
de los que hoy formamos la Familia Marista.

Que sepamos crecer como hijos muy queridos,
imitando al Padre Champagnat
en su amor por los necesitados.

Que una devoción tierna y filial a la Madre buena
consolide nuestros lazos fraternos
y nos ayude a crecer, cada día más, en el espíritu de hijos,
que es la esencia del Evangelio.

Te rogamos, Señor,
que sigas manteniendo y renovando la obra de Marcelino,
para que la sencillez y la educación cristiana marista,
logren un nuevo impulso entre la juventud. Amén.

227. Agranda la puerta, Padre

Agranda la puerta, Padre
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños.
Yo he crecido, a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad,
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.

228. Peticiones desoídas

Yo había pedido a Dios poder para ser amado,
y me he encontrado con el amor
para no necesitar ser poderoso.

Yo le había pedido la salud para hacer grandes cosas,
y me he encontrado con la enfermedad
para hacerme grande.

Yo le había pedido la riqueza para ser feliz,
y me he encontrado con la felicidad
para poder vivir en la pobreza.

Yo le había pedido leyes para dominar a otros,

y me he encontrado libertad para liberarlos.

Yo le había pedido admiradores
para estar rodeado de gente,
y me he encontrado amigos para no estar solo.

Yo le había pedido ideas para convencer,
y me he encontrado respeto para convivir.

Yo le había pedido dinero para comprar cosas,
y me he encontrado personas para compartir mi dinero.

Yo le había pedido milagros para creer,
y él me ha dado fe para hacer milagros.

Yo le había pedido una religión para ganarme el cielo,
y él sólo me ha dado a su Hijo
para acompañarme por la tierra.

Yo le había pedido de todo para gozar en la vida,
y él me ha dado la vida para que goce de todo.

Yo le había pedido ser un dios,
y él sólo pudo hacerme ser humano.

229. Oración por las vocaciones

Jesús, Buen Pastor,
suscita en todas las comunidades
personas consagradas y misioneros
según las necesidades del mundo entero,
que tú amas y quieres salvar.

Te confiamos en particular
nuestra congregación y nuestra provincia;
crea en nosotros el clima espiritual
de los primeros cristianos,
para que podamos ser un cenáculo de oración
en amorosa acogida del Espíritu Santo y de sus dones.

Asiste a nuestros superiores
y a todas las personas consagradas.
Guía los pasos de aquellos
que han acogido generosamente tu llamada
y se preparan para su consagración.
Vuelve tu mirada de amor
hacia tantos jóvenes bien dispuestos
y llámalos en tu seguimiento.
Ayúdalos a comprender
que sólo en ti pueden realizarse plenamente.

Confianto estos grandes intereses a tu corazón
a la poderosa intercesión de María,
madre y modelo de todas las vocaciones, te suplicamos
que sostengas nuestra fe en la certeza de que el Padre
nos concederá lo que tú mismo has mandado que pidamos.

230. Me estoy haciendo mayor

Señor, tú sabes bien que estoy en camino ...
Líbrame de la pretensión de poner en orden la vida de los otros.
Dame ser sabio; mas no agrío ni malhumorado.
Hazme atento y servicial, pero no autoritario.
Que no me crea necesario;
que no diga mi experiencia, si no se me pide.

Haz que sepa sonreír cada vez que nombro mis limitaciones.
Dame sed de seguirte, con una santidad sencilla y silenciosa.
Que busque espacios de silencio y oración
para decirte mi amor y sentirme tan amado.
Que no me domine la tristeza y que me habite la confianza.

Hazme capaz de descubrir el bien y la bondad donde estén.
Que vea en las personas sus cualidades y no sus defectos.
Señor, que no sea un gruñón, egoísta, descontento y criticón.
Que valore y agradezca las atenciones de los otros.
Que abra mi boca para la felicitación, la acogida y la alabanza.

Dame el regalo de la ternura en mis palabras y acciones.
Que tenga siempre en mis labios la gratitud a detalles y atenciones.
Que mi mirada y mi sonrisa digan mi paz interior
y la serenidad de mi alma.
Que mi amor a María avive la llama de mi felicidad.
Que su mirada serena y limpia me ayude a seguir luchando.

Soy tuyo y mis años te pertenecen. Te confío mi vida.
Me abro a tu confianza y amor de Padre.
Une mis sufrimientos a los de Jesús. Me amó hasta la muerte.
En su corazón tengo seguro refugio.
En su sagrario, su presencia viva.
En mi corazón le llevo. Su espíritu me da confianza,
y con mis labios paladeo: ¡Señor, Jesús, en ti confío! Amén.

166. Sin demora, sígueme

Salvador de toda la vida,
los días pasaban y yo no te daba una respuesta.
Llegué incluso a preguntarme:
¿Tengo verdadera necesidad de Dios?

Se levantaron muros de duda y vacilación que,
a la deriva, me alejaban de ti.

Tú, Jesús el Cristo, misteriosa presencia.
Tú has querido esperarme.
En el fondo de mis contradicciones,
e incluso de mis rebeldías interiores,
he percibido una vez más
esa transparencia del evangelio:
tu amor no es una palabra vana,
es tu continua presencia, tu confianza, tu perdón.

Comprendí que, por el Espíritu,
tú, el resucitado, me habitabas
sin haberme nunca abandonado.
Me amaste antes de que yo te amara.

De regreso a tu fuente, heme aquí dispuesto
a decirte y repetirte un sí para siempre,
el sí de la Virgen María.

Una luz despunta
y en mi corazón rompe la aurora.
Escucharé por siempre tu llamada:
sin demora, ¡sígueme!

167. Tú habitas en el mundo

¡El mundo! El mundo es el lugar donde estás tú.
A ti te va la vida,
la fiesta y las manos callosas
de los que construyen el mundo.
A ti te va todo lo que sea crecer,
avanzar, ir más lejos,
hacer más humanidad.
Tú quieres estar bien en medio,
en el centro de la vida
en el corazón del hombre
y de la sociedad.
Nosotros nos empeñamos en ponerte aparte.
O fuera o dentro.
O en las nubes o en intimidad.
O encima o debajo.
Siempre sacándote del mundo.

Te llevamos a la periferia.
Pero no te vas del centro.
Te sitúas en las entrañas de la vida.
Allá donde se juega
el futuro de la humanidad.
Allá estás tú, siempre en medio,
impertérrito, sin que te afecten los olvidos,
las exclusiones o lo marginación.

¡El mundo! El mundo es tu sitio.
Ahí es donde tenemos que buscarte.
Que tú no eres un dios de vitrina.
Eres lo bastante fuerte como para resistir
en la primera fila de la lucha,
donde silban las balas
y levantan montañas de escombros las bombas.

¡Ahí es donde tenemos que buscarte,
con Jesús, el Mesías de los pobres!
Y luego cantar contigo
la canción de la victoria.
Y hacer fiesta.
Y gozar en el hogar de los hijos.

Señor Jesús, hermano de los pobres:
frente al turbio resplandor de los poderosos
te hiciste impotencia.
Desde las alturas estelares de la divinidad
bajaste al hombre hasta tocar fondo.
Siendo riqueza, te hiciste pobreza.
Siendo el eje del mundo,
te hiciste periferia, marginación, cautividad.

Dejaste a un lado a los ricos y satisfechos
y tomaste la antorcha de los oprimidos
y olvidados, y apostaste por ellos.
Dijiste que los ricos ya tenían su dios
y que sólo los pobres ofrecen espacios libres al asombro;
para ellos será el sol y el reino, el trigo y la cosecha.

¡Bienaventurados!
Es hora de alzar las tiendas y ponernos en camino
para detener la desdicha y el sollozo,
el llanto y las lágrimas,
para romper el metal de las cadenas
y sostener la dignidad combatiente;
que viene llegando, implacable.
el amanecer de liberación
en que las espadas serán enterradas
en la tierra germinadora.

Son muchos los pobres, Señor; son legión.
Su clamor es sordo, creciente, impetuoso
y, en ocasiones, amenazante
como una tempestad que se acerca.

Danos, Señor Jesús,
tu corazón sensible y arriesgado,
líbranos de la indiferencia y la pasividad;
haznos capaces de comprometernos y de apostar,
también nosotros, por los pobres y abandonados.
Es hora de recoger los estandartes de la justicia y de la paz
y meternos hasta el fondo de las muchedumbres
entre tensiones y conflictos,
y desatar al materialismo con soluciones alternativas.
Danos, oh rey de los pobres,
la sabiduría para tejer una única guirnalda
con esas dos flores rojas: contemplación y combate.

168. Vosotros sois la luz del mundo

Vosotros sois luz del mundo
y ardiente sal de la tierra,
ciudad esbelta en el monte,
fermento en la masa nueva.

Vosotros sois los sarmientos,
y yo la vid verdadera.
Si el Padre poda las ramas,
más fruto llevan las cepas.

Vosotros sois la abundancia
del reino que ya está cerca;
los doce mil señalados
que no caerán en la siega.

169. El reinado de Dios

Tu reino, Señor, se hace presente
cuando se fomenta la justicia
y es respetada la libertad.
Cuando todos somos hijos tuyos,
los sueños delectan: amistad
hermanos, paciencia, caridad.

Tu reinado, Señor, viene a nosotros
siempre que el pueblo dispone
de sustento, vivienda, trabajo y sanidad.
Tú nos enseñas, por Jesús,
a vivir con dignidad la vida
y a festejarla en la fraternidad.

En tu reino, Señor, no caben privilegios
de quienes se creen el fruto de la espiga
en honor y dignidad.
Eres un Dios vivo,
enemigo de los ídolos humanos,
y no hay mayor cansancio que el tuyo,
Señor, ascendiendo nuestra sed
de vanidades por un bosque de luz.

El reino que predicaste
llega casi de puntillas,
se revela y está escondido.
Es simiente que se esparce por los campos,
levadura que fermenta entre la masa,
luz que muestra el horizonte a los perdidos.

El reino de Dios, según los evangelios,
es un banquete de bodas,
un adviento de ternura que reparte los panes
en las manos frágiles
de los que gozan detrás del corazón.

170. Sed de Dios

Dios mío, yo te busco y no te encuentro;
Sed de ti tiene mi pobre corazón;
te busco y me siento con frecuencia defraudado,
porque mi alma se encuentra como tierra reseca.

Tengo sed de ti: de tu amor y lealtad,
de tu verdad y sinceridad.
Tengo sed de ti: de tu fidelidad y comprensión,
de tu amor y misericordia.

Tu amor, Señor, es vida para mi pobre vida:
tu rostro irradia la luz de tu gracia y verdad;
tus manos están abiertas al perdón y la acogida;
todo tu ser es tuerza de salvación para el hombre.

En las noches, en la soledad pienso en ti;
y mi corazón camina hacia la luz de tu mirada;
tú llenas mi noche, das sentido a mi existencia,
y eres para mí amigo bueno que me acompaña.

Por ti mi corazón no duerme;
por ti estoy como centinela esperando tu llegada;
por ti mi corazón vuela hasta tocar tu rostro;
por ti mi alma se aprieta contra ti,
buscándote en mi interior.

Librame, Señor, de los ídolos que luchan en mí;
librame, Señor, de los dioses que se disputan mi existencia
y que buscan manipular mi vida
y deshacerla en sus garras.

Oh, Dios, mi corazón te busca, fascinado y apasionado,
porque sólo en ti hay respuesta a lo largo del camino;
te busco, después de dejar atrás
cosas vacías que encontré
y que ahora, son para mí nada, ante ti
que eres mi tesoro escondido.
Tengo sed de ti, de tu pan, de tu palabra de vida
y de la verdad de tu evangelio.
Tengo sed de ti de comunión con tu Iglesia,
de vivir el carisma marista.
Tengo sed de ti, de la fuerza de tu Espíritu.

Te alabo con mi comunidad que también te busca;
te busco con los hermanos que caminan conmigo;
te busco y sé que estás vivo, presente entre nosotros
porque en tu nombre, Señor Jesús, nos hemos reunido.

171. Tu gloria es el hombre nuevo

Nos llaman, Señor, cristianos
y nosotros nos gloriamos de llevar tu nombre.
Proclamamos día y noche tu salvación.
Por amor a tu reino
proclamamos que éste no es el mundo
de los hijos de Dios.
Desafiamos a los señores de este mundo,
llamamos pecado a la legalidad imperante
y opresión a la pretendida paz.

Confesamos que el hombre nuevo
no es una utopía:
Jesús es la primera piedra del nuevo mundo.
Pero nos dicen: «¿y vosotros?
Mostradnos vuestra salvación».
Señor, por culpa nuestra
la gente duda de ti,
se burlan de tu poder,
dicen: «No hay Dios».
Señor, conviértenos
para que sea santificado tu nombre.
Tu gloria es el hombre nuevo.
¡Manifiesta tu gloria ante las naciones!

Queremos sinceramente el hombre nuevo,
pero aún sentimos latir, en nuestro pecho,
nuestro viejo corazón.
Nos aplicamos con coraje
a luchar por la liberación,
pero intempestivamente descubrimos
al enemigo dentro.

Andamos divididos, Señor
y los opresores,
los que no creen en nada
porque lo tienen todo,
se aprovechan de nuestras contradicciones
para desprestigiar tu liberación.

Por eso acudimos, Señor, ante ti;
te pedimos que aun en nuestras debilidades
se manifieste tu fuerza de liberación.

Que no encubramos nuestras flaquezas
ni nos resignemos a ellas.
Que al sentirnos necesitados
busquemos ayuda en otros hermanos
para que así, llevándonos unos a otros,
el amor edifique una nueva humanidad.

Ésta será tu victoria, Señor, y la nuestra.
No nos niegues tu Espíritu.
Ven con nosotros a caminar.

172. Un día me miraste

Un día me miraste
como miraste a Pedro...
No te vieron mis ojos,
pero sentí que el cielo
bajaba hasta mis manos.

¡Qué lucha de silencios
libraron en la noche
tu amor y mi deseo!

Un día me miraste,
y todavía siento la huella de ese llanto
que me abrasó por dentro.

Aún voy por los caminos,
soñando aquel encuentro...
Un día me miraste
como miraste a Pedro.

Vives en el pan
roto y compartido.

Vives en la copa
redonda de vino.

Banquete de pobres.
Botín de mendigos.
Compañero fiel,
amigo entre amigos.

Vestido de vientos
y sol de domingo,
moreno de viñas
y hermoso de trigos.

Muerto por los hombres,
y en los hombres vivo.
Cuando nos juntamos,
te abrimos caminos,
y vienes y pasas
alegre y activo
por todas las cosas
por todos los sitios.

Cantamos tu muerte:
el definitivo
triunfo de la vida
por mundos y siglos.

Cantamos la muerte
fatal del destino.
Cantamos la fiesta
final del sentido.

Vives en el pan
roto y compartido.
Vives en la copa
redonda de vino.

173. ¿Dónde te buscaré?

Señor, si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estás por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible.
Pero, ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?
¿Quién me conducirá hasta allí para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te vi,

Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro...
Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca,
porque no puedo ir en tu busca
a menos que Tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si Tú no te manifiestas.
Deseando, te buscaré;
te desearé buscando;
amando, te hallaré;
y encontrándote, te amaré.

174. No es fácil seguirte, Señor

No es fácil seguirte, Señor.
No es cómodo seguir tu camino.
Tú quieres hombres recios y arriesgados.
Tú dijiste: «La mies es mucha y los obreros pocos».
«Sois la sal de la tierra».
«Sois la luz del mundo».
«Sois el fermento de la masa».
Señor, aquí estoy,
con mis manos finas, sin callos; no han segado.
Aquí estoy con mi corazón apagado
y con miedo a incendiar vidas y arder yo mismo.
Aquí estoy con mi luz para mí solo,
con mi lámpara sin brillar.
Aquí estoy con mi sal desvirtuada,
mientras los otros me piden sabor.
Aquí estoy con mi fermento seco,
mientras los otros me piden fuerza.
Quiero ser fermento, luz, sal.
Quiero arriesgar mi vida por la tuya,
arriesgar mi vida por mis hermanos.
Señor, los hombres están sedientos,
de amor, de paz, de alegría, de ti.
Te quiero presente, Señor, en mis diversiones.
Te quiero presente en nuestras amistades,
en nuestro trabajo, en nuestra vida.
Quiero proclamar que tú vives, que estás vivo.
Quiero ser fermento, luz, sal,
para mí y para los otros.
Quiero comprometerme.
Nada fácil, Señor.

175. Ayer te vi, Señor

Señor, estoy hecho un lío.
Tengo muy claro que estás en cada uno de los hombres.
Y que estás más vivo y más a gusto en los que más sufren.
Todo esto lo he pensado mil veces y explicado otras tantas.

El lío no está en las ideas, sino en la vida.
Ayer iba muy deprimida, ¿recuerdas?
Tú estabas en la esquina de aquella plaza,
junto al semáforo,
disfrazado de pobretón de 60 años,
con barba, ropa raída, muerto de frío,
una gorra y una botella casi vacía en la mano.

Ni te di nada, ni te dije nada, ni quería haberte visto.
Es que me estorbabas. Compréndelo, Señor.
Además de pobre eres impertinente,
comprometedor, aprovechado...
Si no fueras tan así, te daría alguna monedilla,
hasta un apretón de manos y una sonrisa.
A lo mejor te presentaba como amigo y como hermano,
que es lo que eres, pero ¡ya te figuras!
Seguramente te pegabas a mí como una lapa
y me hacías la vida imposible ¡Como no hay necesitados...!
Señor, párate a pensar un poco y mira lo que nos exigés.

Si me tomo en serio eso de que estás en los que sufren,
de que todos somos hermanos...
tengo que llenar la casa de pobres,
darles techo y comida, juntarme con ellos, aliarme con ellos,
organizarme, luchar... ¡hacerme uno de ellos!
Si me pides tanto amor
y me has dado un corazón tan pequeño,
nunca podré llegar
ni a la milésima parte de lo que me pides,
aunque también sé, Señor,
que no amo ni la milésima parte de lo que soy capaz.

A veces pienso que juegas a desconcertarnos.
Por una parte, apareces como la suprema inteligencia
y el amor supremo;
y, por otra, como la extrema debilidad,
encarnada en los más necesitados.
Pero te entiendo: cuanto más pobres nos presentamos ante ti,
más grandes somos para ti;
pero no acabo de convencerme de que
en ese pobre de la esquina estás tú.

Dame, Señor, la fe y el amor necesarios
para verte en el pobre.
Dame, Señor, el corazón ardiente
para encontrarte en el pequeño y en el débil.
Que te vea, Señor, en los que no tienen pan.
Que me descubran a mí, y a ti en mí,

porque comparto mi pan.
Que sepa que me ves desde el pobre de la esquina.
Que nunca olvide que me amas bastante más
de lo que yo amo a ese pobre de la plaza.
Y dame, Señor, tu limosna de amor,
cuando yo, pobre de tantas cosas, pase por tu lado...

176. Ofrecimiento

Haz que mis ojos vean lo que tú ves.
Haz que mis oídos oigan el estruendo de tu voz
en las ondas de lo creado.
Haz que mis labios sólo canten
los cantos de tu amor y tu alegría.
Padre amado,
realiza por medio de mí la obra de la verdad.
Ten mis manos ocupadas en servir a todos los hombres.
Haz que mi voz esparza de continuo
semillas de amor para ti,
en el terreno de los hombres que te buscan.
Haz que mis pies avancen siempre
por el camino de la justicia.
Guíame de la ignorancia a la luz.
Padre, mueve mi corazón
y hazme sentir simpatía por todo lo viviente.
Que tu palabra sea el maestro de la mía.
Piensa con mis pensamientos,
actúa con mis manos,
camina con mis pies,
toda mi vida para dar vida a los hombres.

177. Ofrecimiento

Te ofrezco, Señor, este encuentro contigo.
En tus manos pongo mi mejor disposición,
las ganas de vivir hoy para ti
y en servicio de los hermanos.

En tus manos pongo el esfuerzo que tú me pides;
y en mis manos quiero recibir tu gracia para realizarlo.

Bendíceme, alíentame, acompáñame, Señor Jesús,
para que realice tu obra.
Dame tu Espíritu Santo
para que viva hoy en paz, en gozo y alegría.
Lo que soy, lo que tengo,
lo que sueño para hoy es tuyo.

Toma mi corazón, Señor,
y vive tú en él.
Jesús, que hoy vivas tú en nuestros corazones.

178. Ofrecimiento

Señor, estamos aquí, en tu presencia,
para hacerte el ofrecimiento de nuestra vida.

Con nuestra oración
y las preocupaciones que nos inquietan,
con nuestras esperanzas y alegrías,
con nuestros problemas y sufrimientos
ponemos en tus manos todo nuestro ser
y toda la vida de nuestros hermanos.
Con ello queremos colaborar
en la construcción de tu reino.

En la eucaristía nos unimos
a tu ofrecimiento libre y generoso al Padre.
Que en los acontecimientos de este día
estemos dispuestos a escuchar tu palabra
y a responder con prontitud como lo hizo María.

Que a lo largo de nuestra vida
seamos valientes para seguir a Jesús
y sepamos darlo a conocer y a amar
a ejemplo de Marcelino Champagnat.

Señor, ayúdanos hoy y siempre
a estar disponibles
para el servicio a nuestros hermanos.

179. Cada mañana

Cada mañana sales al balcón
y oteas el horizonte
por ver si vuelvo

Cada mañana bajas saltando las escaleras
y echas a correr por el campo
cuando me adivinas a lo lejos.

Cada mañana me cortas la palabra,
te abalanzas sobre mí
y me rodeas con un abrazo redondo
el cuerpo entero.

Cada mañana contratas la banda de músicos
y organizas una fiesta por mí
por el ancho mundo.
Cada mañana me dices al oído
con voz de primavera:
hoy puedes empezar de nuevo.

180. Padre, me pongo en tus manos

Padre:
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo,
con tal de que tu plan vaya adelante
en toda la humanidad y en mí.

Ilumina mi vida con la luz de Jesús.
No vino a ser servido,
vino a servir.
Que mi vida sea como la de él: servir.
Grano de trigo
que muere en el surco del mundo.
Que sea así de verdad, Padre.

Te confío mi vida.
Te la doy.
Condúceme.
Envíame aquel Espíritu
que movía a Jesús.
Me pongo en tus manos,
enteramente,
sin reservas,
con una confianza absoluta
porque tú eres mi Padre.

181. Ofrecimiento del día

Al comenzar este nuevo día,
te saludamos, Padre bueno,
y ponemos en tus manos
la jornada que comienza,
Tú nos cuidas cada día
y muestras con nosotros
tu providencia amorosa de Padre,
al igual que lo hiciste en otro tiempo
con Israel, tu pueblo elegido.

Tú eres quien conduce la historia
y en particular nuestras vidas
de educadores, de catequistas,
de testigos de tu reino

Tú eres también quien un día nos llamaste
a esta hermosa vocación,
para llevar a cabo tu obra salvadora.
Guiados por la fe que a ti conduce
y animados por el celo que de ti mana,
te pedimos la abundancia de tus gracias

para llevar a cabo, día a día,
la hermosa tarea de ser testigos entre los jóvenes.

Hoy te alabamos de todo corazón
y te ofrecemos nuestra jornada,
unidos a tantos santos maestros,
como Marcelino Champagnat,
y a tantos hermanos y hermanas
que vivieron unidos a ti
siendo signos vivos de tu amor entre los niños.

182. Señor, aquí estoy

Señor, aquí estoy junto a mis hermanos.
Me presento ante ti con todo lo que soy y tengo.
Mi capacidad de amar, a veces demasiado pequeña.
Traigo en mis manos el trabajo y la diversión de todo un día.
También mis errores, mis fracasos, mis faltas;
esas que tú tan bien conoces, comprendes, perdonas y olvidas.

Traigo ante ti mi cuerpo cansado y mi alma inquieta.
Te doy gracias por las miradas alegres de mis hermanos,
que me han causado bienestar;
también porque me han hecho sentir
que merece la pena vivir y servir.

Perdóname, Señor, por no haberme ocupado
de mi hermano que hoy estaba triste;
por no haber sabido llevar
la alegría y la paz a su corazón;
por no haber sido capaz
de sacar partido
de la fuerza de amor que has puesto en mí.

También por haberme olvidado de ti,
con demasiada frecuencia, a lo largo de este día;
por haber olvidado el privilegio de tu llamada,
el don de la vocación.
Señor, aquí estoy con mis hermanos,
con todo lo que soy y tengo.

Te reconozco como mi Dios y Señor;
concédeme un descanso tranquilo;
concédeme la alegría de saludar
por la mañana al sol naciente
elevando mi canto, y con él mi alma, hacia ti.

A pesar de todo,
incluso a pesar del mal
y de mis propios errores, Señor,
con mis hermanos, a quienes quiero,
a los que tú también llamaste,

aquí estoy, ante ti.

183. Al anochecer

Al concluir, Señor, un día más,
me confío a ti por entero:
mis progresos y mis fallos,
mis sentimientos y mis dudas,
mis afectos y mi desconsuelo.

Dame paciencia, Señor, a pesar
de las preocupaciones que me asaltan;
dame valor para cambiar en mi vida
lo que debo cambiar;
dame serenidad para aceptar
lo que no puedo cambiar.

Te doy gracias, Señor,
por cuanto hacen los demás para ayudarme.
Te ruego que esta noche no te alejes
de cuantos tienen miedo o están solos.
Acaricia los cuerpos que sufren;
consuela al que está angustiado y deprimido;
ayuda a quien vacila en su fe.

Alivia los sufrimientos;
infunde paz en las mentes;
y esperanza en los corazones.

Haz, Señor,
que en lugar de maldecir a las tinieblas
estemos prestos a encender nuestras lámparas
para iluminar el mundo.

184. Al comenzar un año

* Al comenzar un nuevo año, Señor,
mi corazón se levanta hacia ti
en busca de tu mirada.
Escucha las palabras
de quien siente la vida de nuevo,
y estáte atento, Señor;
sé cercano a mi mano abierta.
Da respuesta a mi pregunta;
ayúdame en mi inquietud,
tú que eres mi Señor y mi Dios,
en quien yo confío.

T. Mira, Señor, nuestro corazón de pobres,
que como un pajarillo
busca abrigo entre tus manos;
toma nuestra arcilla y moldéala
según los proyectos que tienes para nosotros.
Queremos estar ante tus ojos
y dejarnos penetrar por tu mirada;
delante de tus ojos, Señor,
nos sentimos pequeños y frágiles.
Derrama tu ternura y tu bondad
para que nuestro corazón
se sienta fuerte y animoso.

* Señor, aparta de mi camino el mal que me rodea
y no dejes que en este nuevo año
la mentira se adueñe de mí;
dame mansedumbre y humildad
para que mi corazón, Señor, no sea violento.
Confío en la abundancia de tu amor
y camino hacia ti firme de que me acoges en tu casa.
Haz, Señor, que camine siempre en tu presencia
y que tema apartarme de ti.

T. Guíanos, Señor, tú que eres bueno y santo;
guíanos hacia la luz
y que caminemos como hijos de la luz;
guíanos y allana nuestro camino
para que seamos fieles a tu ley.
Que tu camino, Señor,
sea la pasión de nuestro corazón,
y que tu Espíritu nos ayude en cada paso.
Que nuestras palabras, Señor,
sean la expresión de nuestro interior.

* Señor, dame un corazón limpio
para que te pueda ver;
dame un corazón de pobre

para que viva cada día tu reino; Señor,
dame un corazón misericordioso
para que derrame misericordia;
dame un corazón lleno de paz
para que sea hijo tuyo;
dame un corazón
que tenga hambre y sed de justicia
para que sea saciado y haga tu voluntad;
dame un corazón manso
para que posea la tierra.
Que mi corazón se alegre y se regocije
porque todo lo espero de ti, Señor, Dios mío.

T. A ti nos acogemos, Señor: protégenos.
En ti ponemos nuestra confianza
como un niño en su madre: ayúdanos.
A ti ofrecemos lo que somos
y lo que tenemos: acógelo.
A ti, que eres Dios de la vida,
te pedimos fuerza: anímanos.
Nuestro corazón te ama y,
lleno de gozo, exulta en ti.

* Bendíceme, Señor, y guíame por el camino justo;
como un gran escudo defiéndeme, sé mi fortaleza.
Que tus alas, Señor, me cobijen y guarden
mientras yo voy viviendo el año que hoy me entregas.

185. Emaús:

Encuentro en la fracción del pan

Lector

Emaús, Señor, también tiene un camino. Es el camino en busca de tu paso. Ayer fueron dos de los tuyos, camino de una aldea comentando lo sucedido. Se alejaban de Jerusalén donde todo había acabado a sus ojos, porque tú, para ellos, no eras más que eso ... ¡un acabado!

(Para la reflexión y oración personal)

Te gusta, Señor, hacer de tu vida un camino;
te gusta hacer camino con los hombres, paso a paso.
No sabes nunca ir solo. Te has acercado a los dos que conversaban y discutían.

Se han parado, Señor, y están tristes
y distantes y no te saben amigo a su lado.
Eres lejano al hombre cuando huye,
cuando no es fiel en la lucha que un día ha comenzado.
Te han dicho, Señor, que si eres único y no sabes;
que si eres como tantos, uno más de paso;
que si de lo ocurrido estos días apenas te has enterado.

Hoy, en la tarde que cae, te recuerdan
con tu imagen de cruz y el sepulcro sellado,

porque sus ojos cansados no vieron la sangre
y el agua que nacía del manantial de un costado.
Te siguieron, Señor, en el camino,
hasta donde les llevó su paso;
no pusieron su sandalia desnuda sobre el polvo fresco
que dejó tu pie de recuerdos salpicado.

Señor, el camino se va perdiendo entre dos luces
y la tarde va cayendo y la luz se va apagando.
Eres desconocido cuando la noche,
las sombras, el miedo, el fracaso
se hacen camino oscuro en el hombre,
y aunque tú estás presente, el hombre se siente solo.

Señor, les has dicho que son torpes y lentos para creer,
que la fe es abandono de niño en tus manos,
que la fe es decirle a la vida:
¡Vive!, con la vida que tu amor leal al hombre has dado.

Cerca está la aldea, Señor, y el camino se ha hecho corto.
Ellos han llegado sin saber que tú has llegado.
Tú has hecho además de seguir adelante y dejarlos.
«Quédate con nosotros,
que está atardeciendo, y el día va de caída».

Te has quedado.
Te has quedado para sentarte a su mesa,
para compartir el pan.
Te has quedado para pasar la copa entre todos.
Te has quedado para quedarte entre los hombres.
¡Te has quedado!

Te has recostado a la mesa con ellos,
has tomado el pan y lo has bendecido.
Lo has partido, como hiciste hace tres noches
en la cena del adiós.

Lector

Se les abrieron los ojos y le reconocieron resucitado. Se les abrieron los ojos y ya no estaba a su lado. Estaba cuando le creían muerto y el corazón de los dos se caía desolado. Estaba en medio de quien hacía camino y, al caminar, iba dejando en el paso su cansancio. Estaba donde el hombre sufre y llora porque el camino de Dios es el hombre paso a paso. Se han dicho como niños inundados de alegría mirándose a los ojos palmo a palmo: «¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba en el camino?»

(A dos coros)

Han vuelto a casa, Señor. Han encontrado reunidos a los suyos
y la noticia que ellos llevaban, la han recibido en abrazo:
«¡Es verdad! ¡Ha resucitado el Señor!»
Ahí estás tú, tal vez desconocido en el camino,
y aunque desconocido, cercano.
Ahí estás tú en medio de quien te busca
porque el buscarte es haberte ya encontrado.
Ahí estás tú, hecho camino del hombre,

para que el hombre, al seguirte con la cruz,
siempre a tu lado,
siembre en el mundo encrucijadas de amor.

Señor Jesús,
Emaús es el camino del hombre
que aunque huye no va solo.
El hermano es sandalia
que al pie perdido le lleva dejando rastro.
Señor Jesús,
Emaús es el camino del hombre
en el gozo y la paz de haber resucitado.
Es la noticia que alegra el corazón del hombre
y corre al encuentro del hombre
haciendo el camino del hermano.

Señor Jesús, quédate
con nosotros que la noche está cayendo
y el corazón del hombre busca camino paso a paso.
Jesús, camino del hombre para el hombre
que busca y comparte.
Emaús, no está lejano.

186. Buen pastor-mal rebaño

Dime, pastor, pastor bueno,
¿por qué estás preocupado?,
¿por qué te sientes tan triste,
mirando a uno y otro lado?

¿Qué le pasa a tus ovejas?
¿Algún peligro al rebaño?
¿Hay escasez de alimentos?
¿Un camino equivocado?
Dime, pastor, pastor fuerte,
¿qué le pasa a tu rebaño?

El rebaño está seguro
y no hay lobo que haga estrago.
Las ovejas están sanas,
yo las curo con cuidado.
No les falta el alimento,
la bebida y el buen pasto.

Tampoco se sienten solas,
conocen bien mi cayado.
Yo les colmo de ternuras,

del cariño necesario.

¿Por qué entonces estás triste,
que casi veo tu llanto?

Me entristecen las ovejas
que se apartan de mi lado,
se entretienen con sus cuentos,
ni siquiera me hacen caso.

Se cansan de mis palabras
y se buscan otros pastos.
Les ofrezco un buen banquete,
pero dicen que está rancio.

¿No seré yo buen pastor?
¿Estaré ya desfasado?

Hay numerosas ovejas
que se escapan a otros campos,
buscando experiencias nuevas
siguiendo pastores falsos.

Mi rebaño disminuye, un puñado.
Siento gran pena y angustia
por la oveja que ha marchado;
temo que pueda comer
los pastos envenenados.

Entre las pocas que quedan
hay también mucho pecado:
se envidian y se dividen
y caminan con retraso.

Hay muchísimas ovejas
que no son de mi rebaño,
quiero que todas se pongan
bajo mi dulce cayado.

Comprendo bien, buen pastor,
que te sientas apenado.
Quiero quedarme contigo
y atender a tu rebaño.

Reúne a tus ovejas, Señor,
desde los lugares donde están dispersas
entre nieblas y oscuridad.
Llévalas al buen pasto;
que descansen en buenos prados.
Busca a las que están perdidas;
trae a las que van erradas.

Cura a las que están heridas;
sana a las que están enfermas.
Cuida a las que están preñadas;
guárdalas a todas en tu redil.

Señor Jesús,
puesto que tú eres nuestro buen pastor,
ayúdanos a ser ovejas de tu rebaño.
Reúne a todo el pueblo en el redil de tu amor
para que haya un solo rebaño y un solo pastor.

188. Ando por mi camino, pasajero

Ando por mi camino, pasajero,
y a veces creo que voy sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía,
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
él apresura el paso; se diría
que quiere ir a mi lado todo el día,
invisible y seguro el compañero.

Al llegar a terreno solitario,
él me presta valor para que siga,
y, si descanso, junto a mí reposa.
Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa.

189. La Samaritana

Allí, junto a aquel pozo,
convidaste, Señor, a mi alma herida
con las aguas eternas, que, gustadas,
encienden más la sed del agua viva.
Ella, la pecadora,
del mal de tus ausencias padecía,
y en un instante descubrió los hondos,
los claros manantiales de la dicha.

Nueva samaritana,
mi alma se hace, Señor, la encontradiza
en tus caminos interiores.
¡Oye,
no pases tan de prisa!
¡He aquí el pozo, el corazón, el agua;
reposa tu fatiga!
¡Oiga yo tus palabras! Haga un alto
tu amor en mi conquista!
¡He aquí el brocal del corazón!
Sentaos aquí, junto a mi vida!

190. En la Ascensión

¡Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto!
y tú, rompiendo el puro
aire, ¿te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?
A este mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay!, nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿do vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas.

191. Sencillo cirineo

Quiero cargar, oh Dios, con mi dolor
y subir, a tu lado, por la vida;
llevar sobre mis hombros tanta herida
y tanta dolorosa cruz, Señor.

Quiero ser cirineo del amor
de tanta y tanta gente escarnecida
que sobrevive a cada amanecida
y a la guerra y al hambre y al horror.

Déjame que recoja mi madero
y que sea, una vez, tu compañero
en la senda que al Gólgota te guía.

Y déjame que lleve, sobre todo
tu cruz, Señor, para aprender el modo
de ser tu cirineo cada día.

192. Yo he recibido una tradición

He recibido una tradición que llega hasta nosotros,
una tradición que procede del Señor:
partir un pan, entregarlo, para todos,
partirlo con gesto decidido y delicado,
como alguien que se parte en rebanadas de amistad.

Se reúnen gozosos los amigos,
dispuestos a escuchar y compartir.
La palabra enciende los deseos de estar con el Señor.
¡Ven, Señor! Quédate con nosotros.
Te necesitamos.

Te necesitan todos. Te queremos.
El Señor se hace presente en su palabra,
recordamos su evangelio y su vida generosa,
recordamos su muerte por amor.
Y el recuerdo se actualiza.

Sentimos que el Señor
renueva su victoria entre nosotros.
Nadie pregunta cómo es o dónde está,
pero él alegra y llena los vacíos.
Se come después el pan partido,
abrazo transformante y abrazo a los hermanos
semilla de mundo nuevo y sabor de eternidad.

Todo será diferente.
El mundo empezó a ser nuevo
en la Cena y en la Pascua;
el mundo empieza a ser nuevo
cuando nosotros comulgamos. ¡Ven, Señor!

Nos despedimos,
sabiendo que el Señor nos acompaña,
y nosotros seremos sus testigos.

193. Oración del buen samaritano

**Se acercó y le vendó las heridas,
derramando en ellas aceite y vino. (Lc. 10,34).**

Señor, no quiero pasar de lejos
ante el hombre herido en el camino de la vida.
Quiero acercarme
y contagiarme de compasión
para expresar tu ternura,
para ofrecer el aceite que cura heridas,
el vino que recrea y enamora.

Tú, Jesús, buen samaritano,
acércate a mí,
como hiciste siempre.

Ven a mí para introducirme
en la posada de tu corazón.
Acércate a mí,
herido por las flechas de la vida,
por el dolor de tantos hermanos,
por los misiles de la guerra,
por la violencia de los poderosos.

Sí, acércate a mí,
buen samaritano;
llévame en tus hombros,
pues soy oveja perdida;
carga con todas mis caídas,
ayúdame en todas mis tribulaciones,
hazte presente en todas mis horas bajas.

Ven, buen samaritano,
y ayúdame a tener buenos sentimientos
para no dar nunca ningún rodeo
ante el hermano que sufre,
sino hacerme compañero de sus caminos,
amigo de sus soledades,
cercano a sus dolencias,
para ser, como tú «ilimitadamente bueno»
y pasar por el mundo «haciendo el bien»
y «curando las dolencias».

194. Al caer la tarde

Estamos, Señor, en tu presencia quizás, como los de Emaús,
decepcionados, porque «nosotros esperábamos».
Ahora que cae la tarde sobre nuestras vidas
no permitas, Señor, que nos decepcionemos de tu amor.

Es verdad que a veces esperamos un cristianismo sin cruz,
una vida comunitaria de camino de rosas.
Olvidamos que seguirte es cargar con la cruz de cada día
y, sin embargo, es siguiéndote como llegaremos a ser felices,
a encontrar la verdadera vida.

¿Sabes, Señor, por qué nos decepcionamos?
Porque esperamos lo que nunca prometiste.
Tu seguimiento no es fácil, aunque es muy hermoso,
la vida comunitaria se construye día a día, no es algo acabado,
y sabemos que lo hace posible el amor.

Ahora que vamos de camino quédate con nosotros.
Recuérdanos que sigue siendo necesario el camino de la cruz
para llegar a la resurrección.
Quédate con nosotros,
que a veces nos decepcionamos de tu amor,
porque pensamos
que nos tienes que conceder rápidamente todo,
incluso nuestros egoísmos personales.

Quédate con nosotros, que cae la tarde,
y que tu Espíritu ponga luz en nuestra ceguera
para reconocerte al partir el pan.

195. Oración de la transfiguración

Señor, ¡qué bien estamos aquí! (Mt. 17,4).

Señor, ¡qué bien se está aquí, en tu presencia,
que nos transfigura y nos enamora!

Tú eres presencia de amistad,
el gozo desbordante del encuentro,
la blancura de nieve del amor.

Tú, Señor resucitado y transfigurado,
eres nuestro «éxtasis»,
nos haces salir de nosotros
para encontrarnos en el tú de tu amor.

Señor, ¡qué bien se está aquí!
Y tú no eres un lugar,
ni un espacio, ni un tiempo.

Tú eres todo y siempre presente
en la montaña de la vida.
¡Qué bien se está contigo
donde quiera que uno esté,
sintiendo el gozo de tu amor,
la alegría desbordante de que estás vivo
para interceder siempre a nuestro favor

!Señor, ¡qué bien! Tú siempre aquí
en la altura y bajura de mi vida.
Te acercas para quedarte conmigo.

Cuando salga de la oración,
te vendrás conmigo «hasta el final»,
y sentiré tu presencia siempre humilde
y sentiré tu vida cotidiana,
presente entre jóvenes, libros, canciones
y el bullicio de la calle principal,
caminando y transfigurando...
aunque los hombres no sepamos reconocerte.

196. Cristo, Rey

Jesús, con todos nuestros hermanos
proclamamos que tú solo
eres el verdadero y único Señor.

Tú eres el Señor.
Eres el Señor de los humildes,
de los que no tienen dinero ni poder;
de los que lloran, de los mansos,
de los amantes de la paz;
de los que no tienen armas ni pan.

Jesús, tú eres Señor de los profetas de hoy;
de los que denuncian la opresión y el poder;
de los que trabajan por derribar otros reyes;

de los que se declaran en rebeldía contra los reyes
que maltratan, que explotan, que oprimen.

Tú eres, Jesús rey de los mártires de nuestro tiempo;
de los que soportan la incomprensión de los «buenos»:
de los que sufren represión por defender causas justas;
de los que están en prisión para que otros seamos libres;
de los que se juegan la vida para que no exista discriminación
por causa de razas, de clases sociales, de religión...

Jesús, tú eres Señor, pero no de los de medallas ni títulos,
de los que se erigen estatuas en la plaza para dejar huella;
de los que miden su señorío
por la fuerza de sus ejércitos o de sus armas.

Jesús, te proclamamos Señor y Rey
por tu capacidad de servir y de amar.

Te proclamamos rey porque nos das la vida,
la libertad, la verdad y la justicia.

Te reconocemos nuestro Dios
porque nos has hecho tus amigos,
tus hijos, tus predilectos.

Jesús, rey y señor nuestro.

Haz de nuestra comunidad
un pueblo de señores,
cuyo título señorial nos venga
porque sabemos servir,
porque sabemos luchar
por los necesitados de nuestro mundo,
porque sabemos amar
a quien camina a nuestro lado.

Señor Jesús: Sé nuestro señor.
Sé nuestro rey. Sé nuestro Dios.
Ayúdanos a trabajar para extender
en nuestra comunidad y por el mundo
tu reino de fraternidad,
de justicia, de felicidad y de paz.
Tu reino de vida, de verdad,
de gracia y de amor.

197. El siervo de Yahveh

Siervo de Dios, humilde y obediente,
siervo bueno de Dios, sacrificado,
en todos los dolores iniciado,
de todo sufrimiento el más consciente.

Tus manos acarician tiernamente
las heridas del hombre torturado,

en tus espaldas cargas los pecados
y nos curas certera, enteramente.
En tu rostro, los golpes, salivazos;
en tus manos, los clavos y las llagas;
en la espalda, los fuertes latigazos.
Y cargas nuestros pesos, nuestras plagas,
te fundes con el hombre en un abrazo
y todas nuestras deudas tú las pagas.

Siervo de Dios, humilde y abnegado;
siervo mío, sacrificado y generoso;
siervo limpio y total;
siervo de los siervos;
siervo de amor;
siervo-Dios
Siervo.

Conocedor de todas las dolencias,
experimentado en todo sufrimiento,
puede comprender al abatido,
estar cerca del que sufre,
y decir palabras hondas, verdaderas,
palabras compasivas,
vivas.

Con tus manos acaricias nuestras llagas,
porque tienes las tuyas bien llagadas;
tu rostro, endurecido por los golpes,
escupido y afeado, espejo de los pobres;
tus espaldas sostienen los fardos y pecados,
todo el peso del mundo,
el hombre.

Siervo de Dios y de los hombres,
nos liberas y pagas el rescate;
nos metes a todos en tus llagas;
te fundes con nosotros, solidario,
en acto de servicio,
servicio-amor total,
amigo.

198. Oración del educador

Tú eres mi camino, Señor, mi luz y mi consejo.
Tú pones en mis manos los corazones
que has creado.
Dame tu fuerza en mi trabajo
de educador cristiano,
que mi testimonio sea aceptado por todos
y que descubran que eres tú mismo
quien llama al bien y a la plenitud.

Da a los jóvenes y niños que has puesto
en mi camino
un espíritu sincero para conocer la Verdad
y aceptarla en su interior.
Dales el espíritu de la libertad
para que puedan acoger
las experiencias de cada día
y respondan a tus llamadas.

Danos un corazón abierto
para poder aprender de ellos la inquietud,
el amor y la ilusión de vivir,
el gozo de conocerse y aceptarse.
Saber agradecer sus pasos en su caminar.

Que nuestra tarea educativa,
poniendo toda la confianza en María,
pueda empezar cada día
con una esperanza renovada,
sabiendo que su amor de madre nos acompaña
y su presencia nos estimula.

199. Oración de los educadores

Señor, aquí nos tienes reunidos en tu nombre.
Estamos reunidos
y nos sentimos también unidos,
porque nos ocupa y preocupa lo mismo a todos
y, lo que es mejor, lo mismo que a ti, Señor:
hacer un mundo de hermanos,
que proclaman la fe y celebran la vida.

Tú lo sabes bien, Señor,
se nos hace difícil
muy difícil, a veces, el camino.

Difícil, mantenernos unidos
entre tantos pluralismos legítimos
tantos intereses ocultos
y tantos egoísmos inconfesados.

Se nos hace difícil la comprensión
ante los grandes y pequeños fallos
de unos y otros.

Difícil la esperanza,
ante tantos momentos de esterilidad.

Difícil el entusiasmo,
en un clima de indiferencia o mediocridad.

Difícil la valentía,
en tiempo de tanto miedo
a arriesgar, incluso,
por los mayores ideales.

Difícil la opción evangélica
por los más pobres, sencillos, necesitados,
cuando el confort y justificaciones fáciles
le destronan de tantas vidas
y entronizan a la diosa de la comodidad.

Difícil amar a los hombres,
cuando quizás no agradecen
y cuando muerden la mano que les tiendes:

Difícil la superación y la formación permanente.
cuando triunfa el oportunismo,
cuando enseguida creemos saber tanto,
alardeamos de experiencia, de intuiciones.
de conocimiento de la realidad...
Todo difícil, Señor.

Pero sabemos que la fuerza que nos das
es mayor que las dificultades.
Sabemos que, del fracaso y del pecado,
Tú sacas vida, victoria, resurrección.

Ayúdanos, Señor,
a mejorar nuestro ser de cristianos.
Ayúdanos a madurar nuestra actitud comunitaria,
nuestra capacidad crítica y creativa,
nuestra solidaridad con todos los hombres.

Que nunca la norma, la costumbre,
el programa o la estructura,
estén por encima de la persona.

Señor, libertador,
sácanos de nuestras trincheras o prisiones,
de las estructuras educativas o eclesiales
que impiden verte y realizarnos.

Necesitamos experimentar, cada vez más, Señor,
que tú eres la verdad que salva,
el libertador, el camino,
la vida que da sentido a la vida...
para ser testigos tuyos, imágenes tuyas,
y apasionados defensores
de la dignidad de todos los hermanos.

Que al convencimiento, Señor,
de que siempre hay motivos para desconfiar,
desunirnos, y desanimarnos,

siga la convicción de que hay muchos más motivos para confiar, unirse y seguir con entusiasmo.

En tus manos, Señor, nos ponemos: guíanos.
Evangelízanos a través de los acontecimientos,
de la historia, de la vida.
Queremos contar siempre contigo.
Queremos que siempre cuentes con nosotros.
Gracias, Señor.

200. Oración del animador

Señor, cuando pienso que soy animador
recuerdo muchas palabras tuyas
dichas desde tu experiencia para mí;
«Vosotros no os dejéis llamar maestro
porque uno sólo es vuestro Maestro
y vosotros sois hermanos».
«Que no ocurra con vosotros como
pasa con otros grupos de la tierra.
Al contrario, El que ocupa un cargo,
sea el servidor de todos».

¿Cómo unir, Señor, el compañerismo con la firmeza,
la humildad con la energía, el diálogo con las decisiones,
la cercanía con la organización,
la igualdad con la función de responsable?
¿Cómo transmitir a los niños
y a los jóvenes tu Buena Noticia
si yo no la vivo con ilusión, fuerza y generosidad?
¿Cómo ser sal, luz y levadura,
si yo ando todavía dudando y diciendo: «Sí, pero»?
Conviérteme primero a mí
para que pueda anunciar la Buena Noticia
a todos los jóvenes con quienes voy
a compartir mi experiencia de animador.
Tú que supiste hacer tan bien una síntesis
entre acción y oración, suavidad y firmeza,
acogida y exigencia, corazón y objetividad,
amor y lucha,
ayúdame también a mí a animar
con los ojos puestos en ti
y los oídos en tus palabras:
«No he venido a ser servido sino a servir».
Gracias porque me has llamado y elegido
para ser acompañante de otras personas
en su camino hacia ti.
Lléname de tu fuego y de tu Espíritu
y agarra mi mano con la tuya
para que juntos agarremos muchas manos
y muchas personas puedan vivir y sonreír

saboreando la buena noticia de tu evangelio.
María, Buena Madre,
conduce tú también mis manos, mis pies,
mis labios, toda mi persona,
de tal manera que no sea sino el instrumento
que hagas actuar.
¡Virgen Santa!
Quiero consagrarme a ti al estilo de Marcelino.
Acoge a tu hijo que se echa en tus manos
con una gran confianza
y acoge también a todos los niños y jóvenes
con quienes voy a trabajar.

201. Lo más importante no es...

Lo más importante no es, Señor,

QUE YO TE BUSQUE,
sino que tú me busques en todos los caminos.

QUE YO TE LLAME POR TU NOMBRE,
sino que tú tienes el mío tatuado en la palma de tus manos.
QUE YO TE GRITE CUANDO NO TENGO NI PALABRA,
sino que tú gimes en mí con tu grito.

QUE YO TENGA PROYECTOS PARA TI,
sino que tú me invitas a caminar contigo hacia el futuro.
QUE YO TE COMPRENDA,
sino que tú me comprendes en mi último secreto.

QUE YO HABLE DE TI CON SABIDURÍA,
sino que tú vives en mí y te expresas a tu manera.

QUE YO TE GUARDE EN MI CAJA DE SEGURIDAD.
sino que yo soy una esponja en el fondo de tu océano.

QUE YO TE AME CON TODO MI CORAZÓN
Y TODAS MIS FUERZAS,
sino que tú me amas con todo tu corazón y todas tus fuerzas.

QUE YO TRATE DE ANIMARME, DE PLANIFICAR
sino que tu fuego arde dentro de mis huesos.

PORQUE ¿CÓMO PODRÍA YO BUSCARTE, AMARTE...
si tú no me buscas, llamas y amas primero?

EL SILENCIO AGRADECIDO ES MI ÚLTIMA PALABRA,

y mi mejor manera de encontrarte.

202. Cántico de San Francisco

Altísimo, omnipotente, buen Señor:
tuyas son las alabanzas, la gloria, el honor
y toda bendición.
Sólo a ti, Altísimo, convienen
y ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre.

Loado seas, Señor mío, con todas tus criaturas
especialmente el hermano sol.
Él hace el día y nos alumbra
y es bello y radiante y con gran resplandor.
De ti, Altísimo, es un signo claro.

Loado seas, Señor mío,
por la hermana luna y las estrellas.
En el cielo las has formado
claras, preciosas y bellas.

Loado seas, Señor mío,
por el hermano viento,
y por el aire, nublado y sereno
y por todo tiempo,
por el cual sustentas a tus criaturas.

Loado seas, Señor mío,
por la hermana agua
la cual es muy útil,
humilde, preciosa y casta.

Loado seas, Señor mío,
por el hermano fuego
por el cual alumbras la noche y es bello
y alegre, robusto y fuerte.

Loado seas, Señor mío,
por nuestra hermana tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce frutos diversos
con coloridas flores y hierbas.
Loado seas, Señor mío,
por quienes perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados los que las soportan en paz
porque tú, Altísimo, los coronarás.

Loado seas, Señor mío,
por nuestra hermana muerte,
de la que ningún viviente puede escapar.
Bienaventurados aquéllos que acierten a cumplir
tu santísima voluntad,
porque la muerte no les hará mal.

Loado seas, Señor mío,
dadle gracias, criaturas todas,
y servidle con gran humildad y amor.

203. Epílogo abierto

Yo me atengo a lo dicho:
La justicia,
a pesar de la ley y la costumbre,
a pesar del dinero y la limosna.

La humanidad, para ser yo, verdadero.
La libertad, para ser hombre.
Y la pobreza,
para ser libre.

la fe, cristiana,
para andar de noche,
y, sobre todo, para andar de día.

Y, en todo caso, hermanos,
yo me atengo a lo dicho: ¡la esperanza!

204. Hijo mío, pasa y entra

¡Hijo mío, tanto tiempo! ¡cuánta espera!
Tú, sin rumbo; yo, con pena.
Tú, tan lejos; yo, tan cerca.
Tú, sin padre; yo, a tu vera.

Cuántas noches paso enteras,
encendiendo las estrellas,
por si vienes, por si llegas.
Oteando las fronteras.
¡Si llegara, si viniera...!
De repente, de la niebla,
de la nieve, tu silueta.

Mira, hijo, ya alborea...
para ti está abierta,
para siempre nuestra puerta.
Hijo mío, ¡PASA... y ENTRA!

205. Pastor

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.
Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más,
y siempre contigo!

206. Oración a María

Virgen del Magnificat,
acompaña nuestra peregrinación solidaria
al encuentro de los preferidos de tu amor,
ensancha nuestro corazón,
afina nuestra sensibilidad,
ayúdanos a ser tu rostro materno
para los niños y jóvenes,
especialmente para los más desatendidos.
María, Madre de la Iglesia,
suscita en nosotros vigor apostólico
y voluntad de desvivirnos por el reino;
anima a los hermanos, bendice
a los que trabajan con nosotros,
alienta a los animadores y catequistas,
fortalece a quienes trabajan
en la promoción humana
y en la construcción de la justicia.
Educatriz de Nazaret,
suscita jóvenes que quieran entregarse
al seguimiento de tu Hijo en la vida marista,
conserva y haz crecer tu propia obra.
María, nuestra Buena Madre
y nuestro Recurso Ordinario,
renovamos nuestra consagración a ti,
con todo lo que somos y hacemos;
enséñanos a integrar
el amor a Dios y el amor al hermano;
haz que sepamos amar a Dios
desde el mundo y al mundo desde Dios.
Hazte presente entre nosotros. Bendícenos, Madre.

207. María consagrada

María, la consagrada por excelencia y siempre llena de gracia.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que con tu deseo y tu espiritualidad
aceleraste la salvación del mundo.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, arca de la alianza de Dios con los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Padre con amor de hija.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Hijo con amor de madre.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que amas al Espíritu Santo con amor de esposa.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que guardabas fielmente en el corazón
las palabras y acciones de Jesús.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la más semejante a Jesús en todo.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la fiel servidora del Reino de Dios.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, la más humilde y pobre entre los pobres del Señor.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, océano de bondad y ternura maternal.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, colmada de nueva plenitud de gracia en Pentecostés.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, estrella y guía de la evangelización.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, que alcanzas de Dios gracias para todos los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, rostro maternal de Dios para los hombres.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, esperanza de la Iglesia en su caminar hacia el Padre.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, madre y formadora nuestra.

Bendice a nuestra familia religiosa.

María, activa presencia en nuestra vida y apostolado.

Bendice a nuestra familia religiosa.

208. Madre de los pobres

Hermana peregrina de los pobres de Yahvé,
profetisa de los pobres libertados,
madre de todos los hombres de este mundo único
porque eres la Madre del Dios hecho hombre.
Con todos los que creen en Cristo
y con todos aquellos que de algún modo buscan su reino,
te llamamos a ti, Madre,
para que le hables por todos nosotros.

Pídele a él, que murió en la cruz
para salvar a los hombres,
pídele que nosotros, sus discípulos,
sepamos vivir y morir
por la total liberación de nuestros hermanos.

Pídele que nos devore el hambre
y la sed de aquella justicia
que despoja y redime.

A él, que derribó el muro de la separación,
pídele que todos los que llevamos el sello de su nombre
busquemos de hecho, por encima de todo lo que divide,
aquella unidad reclamada por él mismo en testamento,
y que sólo es posible en la libertad de los hijos de Dios.
Pídele a él, que vive resucitado junto al Padre,
que nos comunique la fuerza jubilosa de su Espíritu
para que sepamos vencer el egoísmo, la rutina y el miedo.

Madre, enséñanos a leer sinceramente
el evangelio de Jesús
y a traducirlo en la vida
con todas sus revolucionarias consecuencias,
en el espíritu radical de las bienaventuranzas
y en el riesgo total de aquel amor
que sabe dar la vida por los que ama.
Por Jesucristo, tu Hijo,
El Hijo de Dios, nuestro hermano.

209. Madre nuestra, estamos junto a ti

Madre nuestra, enséñanos a amar...,
enséñanos a sufrir...,
enséñanos a compartir...

Madre nuestra, estamos junto a ti,
y queremos que tú estés a nuestro lado

Madre nuestra, queremos acompañarte
en estos momentos de soledad y de martirio...

Madre nuestra, queremos escuchar
y rumiar en nuestro corazón tu confianza,
tus sentimientos y tu vivencia de Jesús...

Madre nuestra, tú estuviste siempre
muy cerca de Jesús,
aunque en la sombra ;
enséñanos a estar siempre muy cerca Jesús...

Madre nuestra, tú viviste la pasión
y la muerte de Jesús...,
compartiendo como nadie su dolor,
su agonía, su amor hasta el final.
Enséñanos a sentir vivamente la paz de Jesús
y a llevar en nosotros
los sufrimientos del Cristo doliente de hoy

Madre nuestra, enséñanos a amar...,
enséñanos a sufrir...,
enséñanos a compartir...

210. Gracias, Señor, por María

Te damos gracias, Señor,
por Jesucristo, al que enviaste
a anunciar la Buena Nueva.

Te damos gracias con todos los profetas
y apóstoles que prestaron sus ojos, sus oídos,
sus labios para ver, escuchar y anunciar tu mensaje.
Te alabamos y te damos gracias por María,
la dócil pregonera de tu acción salvadora,
que cantó en el Magnificat
la fe de los pobres a quienes tú prefieres.

Ella nos impulsa a abrir el corazón
para que también nosotros recibamos a Cristo,
y pone en nuestros labios palabras encendidas
para contar a otros tus grandes obras.

Proclama nuestra alma tu grandeza, Señor,
y, agradecidos, a ti nos ofrecemos
para colaborar con María, Reina de apóstoles,
en la tarea del anuncio del evangelio
a todos los hombres.

211. María es magnificat

Engrandece mi corazón al Señor
y todo mi ser se llena del Dios que me ha creado,
que tiene un plan maravilloso
de salvación para los hombres.
Porque se fija en los que piensan que no valen nada,
en los que no cuentan para el mundo.
Siempre dirán mi nombre
de generación en generación,
porque me he fiado de tus planes,
que salen del corazón de mi Señor.
Él hace maravillas, es maravilloso;
derriba a los que explotan,
a los que viven en la nada los sube muy alto,
a los que tienen hambre los sacia con sus bienes,
los que se creen algo no le convencen.
Dios es tres veces santo y su misericordia es su grandeza.
Es un Dios que mantiene su fidelidad
de generación en generación.
No se cansa nunca de amar a los hombres,

su bondad es su arma más poderosa.
Y su deseo es la amistad de todos los hombres.
Auxilia siempre a los que le invocan,
como nos ha prometido miles de veces.
Mi alma es feliz con mi Señor
porque siempre se ha portado
conmigo espléndidamente
y no sabe qué más hacer por mí.
Por ello yo sólo viviré para decir a todos los hombres
que Dios es amor y ama por los siglos de los siglos.

212. Oración a María

María, acudimos a ti como a nuestra Madre,
para decirte lo agradecidos que estamos a Dios
por habernos llamado a formar parte de tu familia,
y por tenerte a ti, primera y perfecta
discípula de Jesús, como nuestro modelo.

Queremos hacer, Madre,
de tu Magnificat nuestra oración peculiar.
Ayúdanos a adquirir
un mayor conocimiento
del amor de Dios en nuestras vidas
y a reconocer que todo es un don suyo,
que todo nos ha sido dado por amor
y que tenemos que seguir a Jesús,
encarnando su amor,
siendo hermanos para todos,
y con dedicación especial
para los jóvenes y para los más abandonados.

Tú eres nuestro Recurso Ordinario,
por eso te pedimos
que ruegues por nosotros y con nosotros,
para que continuemos creciendo
en el amor y lleguemos a ser:

- hombres de esperanza radiante,
convencidos de la presencia activa del Espíritu,
que nos llama a todos, hombres y mujeres,
a ser cooperadores en la creación de un mundo mejor;
- hombres de corazón de escucha y discernimiento,
que buscan siempre la voluntad del Padre;
- hombres audaces
que no han perdido el entusiasmo por su vida consagrada,
dispuestos a proclamar a Jesús y su evangelio,
con el corazón inflamado en su amor.

Ayúdanos a ser hermanos
para todos los que encontremos en el camino de la vida
y a que nos presentemos ante los demás como tú eras,
atentos y compasivos de corazón.

Acepta nuestro amor, Madre;
que, según tu ejemplo y con tu intercesión,
Cristo llegue a ser el centro de nuestras vidas.

213. Gracias, Madre

Gracias, Madre,
por tu actitud permanente de servicio.
Gracias por ir de prisa a la montaña,
recorriendo kilómetros a golpe de latidos de amor,
para ayudar a tu prima que te necesita.

Gracias, Madre, por venir a servir,
por tus manos grandes llenas de callos de la vida,
por estar atenta a quien pueda necesitar una ayuda,
para tender una mano amiga a quien se siente solo.

Gracias por entrar en la casa de los hombres
a compartir la alegría de un niño que nace,
la tristeza del trabajo agotador,
el gozo de una familia
con sus problemas de cada día.

Gracias, Madre buena,
Señora del servicio,
para llevar a los hombres a Cristo
oculto en el corazón pero presente en el gesto.

Gracias, Señora de los caminos,
visitante para servir siempre y a todos,
con los pies descalzos
contemplando tu riqueza llamada Jesús.

Gracias, Madre, en el servicio permanente,
con tus horas extras de amor
y tus ojos atentos a las necesidades;
para llevar calor donde el hielo congela la amistad;
para llevar amor donde los corazones viven sin calor.

214. María, Madre de la Iglesia

María, Madre de la Iglesia,
inspiradora y guía de Marcelino Champagnat
al fundar la congregación marista.
Nos acogemos a tu protección materna,
queremos dedicar nuestra vida a amarte,
a cantar tus alabanzas
y a darte a conocer a los que están a nuestro lado.

Fieles a nuestra vocación y misión,
queremos trabajar siempre por la mayor gloria de Dios,
por la felicidad de nuestros hermanos de comunidad
y por la educación de los niños
y jóvenes a nosotros confiados.

Con la confianza de hijos,
te alabamos por nuestra congregación,
por cada uno de sus miembros,
por las personas allegadas y por la labor apostólica
a la que dedicamos nuestros esfuerzos e ilusiones.

Tú que fuiste maestra para nuestro Fundador,
enséñanos a seguir sus pasos con fidelidad,
llevando una vida de pobreza y sencillez,
imitando su amor al trabajo y su entrega generosa
a sus hermanos y a todos los hombres.

Concédenos que nuestro servicio al Señor,
siguiendo tu ejemplo de perfecta discípula,
sea fiel y generoso hasta el final de nuestra vida,
para que, en unión de nuestros hermanos,
podamos llegar a la comunión plena en la casa del Padre.

215. Magnificat

«Ahora me doy cuenta, de lo grande que es Dios».
Y siento tal exaltación interior,
que tengo ganas de gritar,
de llamar a todas las ventanas,
de llenar con mi voz todos los rincones de la tierra:
¡Dios es inmenso! Y sanará mi humanidad herida,
mi corazón en soledad e insatisfecho.

Porque se ha fijado en mí,
porque me ha cogido desde dentro:
porque me quiere y me saca de mi religión estática,
que mantiene las cosas como están,
para incluirme en la marcha de los que nada tienen,
en el amor y en el fracaso de los sin voz,
de los pobres y marginados,
a quienes Dios ama y entrega la decisión salvadora,

el poder de acogida.

Y dirán que soy la más feliz del mundo
todos los que se encuentren conmigo,
porque lo que ha hecho en mi vida
es algo impresionante;
por algo le llaman Santo y Poderoso.
Y nos sigue queriendo tanto ahora como antes.

Se ha metido en nuestra historia
y ha hecho cosas maravillosas:
a los que se creían valer algo,
les ha desbaratado todos sus planes;
a los satisfechos, a los seguros,
les ha dejado totalmente desorientados;
a los que tienen el poder
y deciden sobre la vida de tantos hombres,
los ha tirado de sus puestos;
y a los pobres y oprimidos les ha dado
la decisión de actuar sobre
el centro de la vida y de la felicidad,
de decidir si vivir tiene sentido,
si el hombre puede ser feliz,
si la vida puede ser aún amor y proyecto;
a los que tienen hambre de pan y de cariño
les ha llenado hasta rebosar,
y a los ricos, de corazón satisfecho,
hartos de consideración y de bienes de consumo
les hace comprender que no tienen nada,
que sus manos están vacías,
que se tienen que ir porque no valen,
porque nada de lo que tienen puede darles la felicidad
de sentirse acogidos, queridos,
habitados en su propio corazón.

Lleva al pueblo de la mano y se preocupa de él
y lo trata como a un hijo, como lo había hecho siempre,
aunque a veces pareciera lo contrario;
su amor no se ha olvidado lo más mínimo.
Y ya lo había prometido así desde antiguo,
desde nuestros padres, para ellos
y los que llevarán su vida en todos los tiempos.

216. Madre de los pequeños

Madre de los pequeños, de los pobres,
de los sencillos, de los pecadores;
ayúdanos a crecer en la mente y en el corazón.
Ayúdanos a reconocer la grandeza
que Dios ha puesto en cada uno.
Ayúdanos a decir y a gritar junto a ti:
«El Señor ha hecho maravillas en mí,
el Señor ha hecho maravillas

en cada uno de mis hermanos».

Y ayúdanos con tu fuerza
a hacer de nuestra vida una maravilla de amor.
Que luchemos para derrotar de su trono
a los que pisotean a tus hijos más pequeños,
para que puedan llegar a cantar
su propio Magnificat.

Cuanto más te amemos,
más nos preocuparán nuestros hermanos.
Cuanta más familia humana construyamos
más cerca de ti estamos, Madre,
más cerca de tu Hijo, hermano de todos.

Ojalá los veamos a todos en él.
Ojalá te veamos a ti en todo.

217. Mirando a María

María, veo claro tu ejemplo luminoso:
en la meditación y en el silencio
descubriste, poco a poco, el sentido de tu vida,
guardando todas las cosas en tu corazón.
Y mira yo.
Me conformo con ir tirando,
sobrevivo un día tras otro,
con desgana y monotonía,
sin razones para vivir,
sin ideales ni esperanza,
sin nada que me azote el alma
y me lance a la aventura de buscar ilusión.
Ayúdame, María,
a buscar, cada día, el sentido de mi vida.
Ayúdame a vivir enteramente
desprendido de mí mismo.
Ayúdame a caminar por la senda
del aprendizaje costoso y del esfuerzo.
Ayúdame a encontrar, cada día un poco más,
en la entrega y superación constantes,
la alegría de vivir.

218. Miro tus ojos, Madre

Miro tus ojos, Madre, y veo millones de madres
que aman, sueñan y vibran de placer ante su primer hijo.
Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de enamorados,
encendidos y penetrantes como dardos de amor
que traspasan máscaras, escudos y blindajes.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos tiernos, centelleantes de amor
de niños, hipnotizados por los labios que le besan,
los pechos que le alimentan, la sonrisa que les envuelve,

los ojos de amor que cargan las pilas de su alma
para las siempre nuevas sensaciones de placer y de esperanza.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de jóvenes
que encuentran su primer trabajo,
suben al pódium del éxito,
o estrenan nuevo amor.

Miro tus ojos, Madre, y veo ojos de ancianos
ebrios de tanto arte y maravilla,
serenamente penetrantes, escudriñadores de lo esencial,
distráidos ante las promesas y banalidades del ahora,
iluminados ante el nieto que les revive lo mejor y lo primero:
el amor, y les ayuda olvidar lo peor, tanta lucha estéril.

Miro tus ojos, Madre, y los veo llorosos,
interrogativos, suplicantes
ante el hijo que muere de hambre o enfermedad,
en brazos de tantas madres...
Ante el joven, arrancado de los que ama,
para matar no sabe a quién ni por qué,
o para morir no sabe dónde ni para qué.

Ante la pobre viuda que sorbe sus lágrimas
en la soledad más oscura.
Ante los hijos que ven cómo sus padres les maltratan,
se maltratan y separan.
Ante tantos pobres que arrastran sus harapos,
sin esperar ni siquiera esperanzas
porque para ellos no hay pascua ni navidad,
ni primavera, ni amanecer.
Ante los ancianos abandonados,
que ven pasar junto a ellos
todas las carrozas de bienes
sin dejar nada a su lado.

Miro tus ojos, Madre,
y veo todos los sentimientos nobles
que dan encanto a los ojos de los hombres.
Miro tus ojos, Madre,
y no veo ni un solo sentimiento de odio,
de indiferencia ni condena.
Miro tus ojos, Madre,
y veo que por amor gozan,
la suma de todos los ojos que gozan.

Y veo que por amor lloran,
como la suma de todos los ojos que lloran.
Y veo que por amor lloran
y gozan a un tiempo, porque con tu mirada,
a muchas lágrimas de dolor
las conviertes en lágrimas de alegría.

Miro tus ojos, Madre,
y veo en tus ojos los ojos de Jesús,
que son los más bonitos.

Miro tus ojos, Madre, y veo que me miras.
Y veo que me sonríes.

Miro tus ojos Madre,
y veo en tus ojos... mis ojos.
Miro. ¡Ya no veo nada, Madre!
¡Ni siquiera hablo! ¡Ahora... solo siento!

219. María, enséñame

Virgen Madre, María,
enséñame a saber sonreír ante las dificultades.
A saber ofrecer a Dios todo lo que en mi vida acontece.
A saber consolar y ayudar al que sufre y está triste.

Enséñame, Madre, a saber perdonar las ofensas,
calumnias y difamaciones,
a saber corregir cuando uno yerra;
a saber comprender
y tener el corazón abierto
ante las debilidades humanas.

Enséñame, Madre,
a saber valorar el don de Dios, su gracia,
la paz, la armonía cristiana
que nos hace sentirnos felices;
a saber olvidar las ofensas
y a evitar lo desagradable,
las tensiones, los malentendidos;
a saber callar...

Te lo pedimos con el ansia de llevar adelante
el proyecto de una vida cristiana
siguiendo tus huellas y las de tu Hijo,
Cristo, nuestro hermano.

220. Magnificat

Me alegro y soy tan feliz
que por esto doy gracias

con toda el alma a mi Señor.
Nadie ha hecho tanto por mí como Dios.
Él me quiso desde siempre
aunque yo no me daba cuenta del todo.
Me colmó de todos sus favores,
por eso todos envidian mi suerte.

Todo se lo debo a él
que está por encima del hombre
y quiere su bien; que es bueno y poderoso
que es fiel y nunca falla a su palabra.

No le gustan los que se cruzan
seguros de sí mismos
porque en realidad no lo están
y su corazón, al final, los engaña.

Yo sé que puso a los pequeños y los pobres,
que vivían sin muchas pretensiones,
por encima de los señores arrogantes
y de corazón amargado,
que tienen por dios al dinero.

Siempre dijo que estaría
con los que actúan como yo
y así lo hará,
porque es fiel y siempre cumple su palabra.

Lo sé porque él lo ha dicho muchas veces
y siempre lo ha cumplido.
Por eso me alegro y soy feliz
y doy gracias con toda el alma a mi Señor.

221. Cuenta con María

Mi corazón, Señora, Santa María, está contigo.
Como el discípulo amado
yo también quiero tenerte en mi casa,
en mi vida, en mi trabajo,
en mis ilusiones, en los momentos duros.

Quiero, María, Madre de Jesús y madre mía,
que me acompañes hoy.
Contigo quiero vivir este día
llevando a Jesús en mi corazón;
contigo quiero caminar, paso a paso,
dejando huellas de su presencia;
contigo quiero hacer encuentro con los hombres,
hijos de Dios.

Quiero que alientes mi fe en Jesús
y mi adhesión a su evangelio.
Quiero, Santa María,

Señora del corazón profundo y silencioso,
que me ayudes a hacer camino
hoy en la presencia de Dios.

Enséñame a adorarle, a aceptarle,
a amarle momento a momento.
Enséñame a abrir mi corazón a su voluntad,
a su proyecto en mi vida.

Enséñame a vivir en este día
al ritmo de su palabra de vida.
Abre mi corazón a los hombres,
a la comunidad creyente.

Abre mi vida al compromiso
y comunión con la Iglesia de Jesús.
Quiero ser hoy constructor de su reino de verdad,
justicia y paz.

Quiero ser hoy servidor
de los hombres más necesitados.
Despierta en mi corazón, Madre buena,
la alegría y el gozo
para que deje semillas de esperanza
a mi paso por la tierra.

Sé tú, Señora de la comunidad,
como ángel custodio que cuide mis pasos;
se tú, Madre de la Iglesia,
como casa de puertas y ventanas abiertas
donde encuentre el calor de un hogar
con la lumbre encendida.
Cuento contigo hoy.

Permanece a mi lado
como estuviste fiel junto a la cruz de tu hijo.
Que tu amor de madre,
que tu bondad y ternura
me acompañen en los pasos de mi camino.
Yo te amo, te necesito y me entrego todo a ti.
Gracias, Madre,
por tu presencia en mi camino de cada día.

222. Buenos días, Señora

Buenos días, Señora.
Cuando amanece y veo la luz nueva
que alegra el universo,
pienso que te ha bastado entreabrir lo ojos
para llenar el mundo de alegría.

Toda esta luz es reflejo de tu mirada,
como toda tú eres reflejo de la luz del mundo, Jesucristo,
vencedor de la tiniebla y de la muerte.

Tus manos orantes me sosiegan y me dan confianza;
tu actitud de contemplación ante el misterio que te habita
me estimula a vivir en contemplación y en adoración contigo.

Te presento lo que soy y lo que amo.
Me presento yo mismo en unión con todos mis hermanos.
Tú nos conoces y nos acoges a todos.

Tu corazón es el hogar
en que cada uno tiene su sitio reservado.
Por eso, desde que amanece la luz,
aflora espontáneamente a mis labios
una palabra que es saludo gozoso
y compromiso agradecido.

En tus manos y en tu compañía queremos pasar este día, Madre.

223. Oración a Marcelino

Señor,
por medio de Marcelino, tu hijo,
te presentamos nuestras inquietudes y necesidades:

Que la caridad sea nuestro afán
y que nos amemos unos a otros como hermanos.

Que nos esforcemos
por vivir siempre en tu presencia
y que seamos hombres de paz
y constructores de paz a nuestro alrededor.

Que la humildad y sencillez

sean nuestra característica
en el apostolado y en el trato con las personas,
y que hagamos todo lo posible
por amar a María y hacerla amar.

Que sepamos amar a los niños y a los jóvenes
como la mejor forma
para ayudarles en su educación
y les inculquemos la devoción
a nuestra Madre común.

Que nos esforcemos por ser fieles
a nuestra vocación
correspondiendo a la fidelidad de Dios
para con cada uno de nosotros.

Que sepamos mantenernos
en el espíritu de pobreza y desprendimiento
propio de la vocación
a la que hemos sido llamados.

224. Alabanza y agradecimiento

Señor,
al recordar hoy el testamento de nuestro Fundador,
te damos gracias por habernos llamado a seguirte tras sus pasos.
Que la insistencia que nos hace para que vivamos en la unidad,
en la caridad y en el amor
nos impulse a crecer como hijos tuyos.

Gracias, Padre,
por la ilusión que has puesto en nosotros
para ser verdaderos apóstoles de los niños y de los jóvenes.
Te alabamos por ayudarnos a poner en práctica
su recomendación de amarlos intensamente
para que les podamos ayudar en su formación.

Te bendecimos, Señor
por haber inspirado a Marcelino Champagnat
la fundación de una familia de hermanos.
Gracias porque este rasgo de nuestro carisma
hace que nos sintamos como hermanos
y, en nuestras comunidades, se viva el don de la fraternidad.

Gracias, Señor, por habernos llamado
a vivir la virginidad por el reino de los cielos.
Bendito seas por este don.

Que sepamos vivirla con gozo
y que la amemos y guardemos con esmero.
Que, como signo de amor perfecto,
se convierta en fuente de fecundidad para el mundo.

Te damos gracias, Señor, y te bendecimos
por nuestra pobreza voluntaria.
Que con ella construyamos la comunidad fraterna
como un solo corazón y una sola alma.
Que nuestras formas de vivirla
constituyan un signo personal
y comunitario de evangelio.
Gracias, Jesús,
por habernos llamado a configurarnos contigo
en tu gozosa y, a veces dolorosa, obediencia
a la voluntad del Padre.

Te bendecimos, Señor, por permitirnos buscar,
conocer y realizar juntos esta voluntad del Padre.
Concédenos la disponibilidad necesaria
para realizar tu misión allí donde seamos más necesarios
para la implantación de tu reino.

225. Oración de alabanza

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que pertenece al grupo de hombres de fe,
que saben entregarse de por vida a ser testigos,
en un mundo, a veces hostil e indiferente.

Te bendecimos, Señor,
por Marcelino Champagnat,
que fue un hombre de fe,
que sin esperar recompensa material alguna,
no se cansó en su vida de compartir las fatigas y los problemas
de los hombres, de los niños y de los jóvenes de su tiempo.

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que a pesar de las dificultades que encontró en su camino,
optó por dar su vida en la entrega a los demás.

Te bendecimos, Señor, por Marcelino Champagnat,
que fue un hombre de familia
y que empeñó su vida y sus fuerzas
para hacer el don a sus discípulos,
los Hermanos, de una verdadera familia
en la que reinara la caridad,
la comprensión y el perdón.

226. Oración de la Familia Marista

Señor, Padre nuestro,
tú has querido que la obra de Marcelino
se distinguiese por la sencillez evangélica,
la fraternidad y la entrega filial,
presidida por María, la Madre buena.

Dígnate conservar entre nosotros
estas virtudes fundamentales
y aumentar el número
de los que hoy formamos la Familia Marista.

Que sepamos crecer como hijos muy queridos,
imitando al Padre Champagnat
en su amor por los necesitados.

Que una devoción tierna y filial a la Madre buena
consolide nuestros lazos fraternos
y nos ayude a crecer, cada día más, en el espíritu de hijos,
que es la esencia del Evangelio.

Te rogamos, Señor,
que sigas manteniendo y renovando la obra de Marcelino,
para que la sencillez y la educación cristiana marista,
logren un nuevo impulso entre la juventud. Amén.

227. Agranda la puerta, Padre

Agranda la puerta, Padre
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños.
Yo he crecido, a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad,
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.

228. Peticiones desoídas

Yo había pedido a Dios poder para ser amado,
y me he encontrado con el amor
para no necesitar ser poderoso.

Yo le había pedido la salud para hacer grandes cosas,
y me he encontrado con la enfermedad
para hacerme grande.

Yo le había pedido la riqueza para ser feliz,
y me he encontrado con la felicidad
para poder vivir en la pobreza.

Yo le había pedido leyes para dominar a otros,

y me he encontrado libertad para liberarlos.

Yo le había pedido admiradores
para estar rodeado de gente,
y me he encontrado amigos para no estar solo.

Yo le había pedido ideas para convencer,
y me he encontrado respeto para convivir.

Yo le había pedido dinero para comprar cosas,
y me he encontrado personas para compartir mi dinero.

Yo le había pedido milagros para creer,
y él me ha dado fe para hacer milagros.

Yo le había pedido una religión para ganarme el cielo,
y él sólo me ha dado a su Hijo
para acompañarme por la tierra.

Yo le había pedido de todo para gozar en la vida,
y él me ha dado la vida para que goce de todo.

Yo le había pedido ser un dios,
y él sólo pudo hacerme ser humano.

229. Oración por las vocaciones

Jesús, Buen Pastor,
suscita en todas las comunidades
personas consagradas y misioneros
según las necesidades del mundo entero,
que tú amas y quieres salvar.

Te confiamos en particular
nuestra congregación y nuestra provincia;
crea en nosotros el clima espiritual
de los primeros cristianos,
para que podamos ser un cenáculo de oración
en amorosa acogida del Espíritu Santo y de sus dones.

Asiste a nuestros superiores
y a todas las personas consagradas.
Guía los pasos de aquellos
que han acogido generosamente tu llamada
y se preparan para su consagración.
Vuelve tu mirada de amor
hacia tantos jóvenes bien dispuestos
y llámalos en tu seguimiento.
Ayúdalos a comprender
que sólo en ti pueden realizarse plenamente.

Confianto estos grandes intereses a tu corazón
a la poderosa intercesión de María,
madre y modelo de todas las vocaciones, te suplicamos
que sostengas nuestra fe en la certeza de que el Padre
nos concederá lo que tú mismo has mandado que pidamos.

230. Me estoy haciendo mayor

Señor, tú sabes bien que estoy en camino ...
Líbrame de la pretensión de poner en orden la vida de los otros.
Dame ser sabio; mas no agrío ni malhumorado.
Hazme atento y servicial, pero no autoritario.
Que no me crea necesario;
que no diga mi experiencia, si no se me pide.

Haz que sepa sonreír cada vez que nombro mis limitaciones.
Dame sed de seguirte, con una santidad sencilla y silenciosa.
Que busque espacios de silencio y oración
para decirte mi amor y sentirme tan amado.
Que no me domine la tristeza y que me habite la confianza.

Hazme capaz de descubrir el bien y la bondad donde estén.
Que vea en las personas sus cualidades y no sus defectos.
Señor, que no sea un gruñón, egoísta, descontento y criticón.
Que valore y agradezca las atenciones de los otros.
Que abra mi boca para la felicitación, la acogida y la alabanza.

Dame el regalo de la ternura en mis palabras y acciones.
Que tenga siempre en mis labios la gratitud a detalles y atenciones.
Que mi mirada y mi sonrisa digan mi paz interior
y la serenidad de mi alma.
Que mi amor a María avive la llama de mi felicidad.
Que su mirada serena y limpia me ayude a seguir luchando.

Soy tuyo y mis años te pertenecen. Te confío mi vida.
Me abro a tu confianza y amor de Padre.
Une mis sufrimientos a los de Jesús. Me amó hasta la muerte.
En su corazón tengo seguro refugio.
En su sagrario, su presencia viva.
En mi corazón le llevo. Su espíritu me da confianza,
y con mis labios paladeo: ¡Señor, Jesús, en ti confío! Amén.